

OCTAVIO ESCOBAR GIRALDO

Mar de leva



Lectulandia

Javier está cumpliendo quince años pero no le hace mayor ilusión. A Mariana, su madre, le ha parecido buena idea aceptar la invitación de Elena, su mejor amiga, a su “paraíso tropical”, y el plan, entonces, es pasar los tres un fin de semana de turismo. A Javier le pesa la prolongada ausencia de su padre, ya cuatro años secuestrado; además, preferiría no haber viajado y fantasear desde cerca con la piyamada mexicana a la que asistirá Daniela, su novia, en casa de las Valencia, el sueño erótico suyo y de todos sus amigos. Cree, en fin, que tendrá una celebración aburrida. No imagina lo equivocado que está.

Lectulandia

Octavio Escobar Giraldo

Mar de leva

ePub r1.0

Titivillus 02.12.2018

Título original: *Mar de leva*
Octavio Escobar Giraldo, 2018

Editor digital: Titivillus
ePub base r2.0

más libros en lectulandia.com

Para Liliana Patricia,
devota del marinero de Berdyczów

*—Luna clara, nocturnos horizontes
profundos de susurros y ecos—.*

—arenales, pitas, manglares, chumberas—

Ramón María del Valle-Inclán

UNO

Ni el ojo del mismo Dios podría descubrir qué está haciendo allí la mano del hombre.

Joseph Conrad

MD 83. Si en el futuro lo embarcaban en el mismo tipo de avión, exigiría que le asignaran silla en las primeras filas, lejos del estruendo de las turbinas adosadas al fuselaje. Volvió el folleto de seguridad al bolsillo y miró por la ventanilla: cuadrados y rectángulos cultivados, algunos de colores vivos, empujaban las márgenes del río; pequeñas colinas arboladas, estanques y descampados interrumpían las bananeras y los naranjales. Las nubes reverberaban por encima de una línea que parecía trazada para que los pilotos mantuvieran la altura. Encendido, el aviso de cinturón de seguridad impidió a Javier acercarse al baño y masturbarse. Quería hacerlo en vuelo, antes que Carlos Ricardo Valencia, que ya había polinizado Cinemark. Superar ese tipo de retos aliviaba las tensiones que Daniela le generaba. Gracias a las cámaras de computadores y celulares, estaba seguro de conocer la mayor parte de su ropa interior y casi la totalidad de su piel —le encantaban los hoyuelos que se le formaban apenas por encima de las nalgas y el lunar que tenía al lado derecho del ombligo—, pero nunca la había visto desnuda. En la piscina, se apretujaban con una mezcla de deseo y pudor que lo hacía sentir torpe, y el ritual se repetía en el colegio, con grave riesgo de ser sorprendidos y resultados cada vez más desesperantes para Javier, que dudaba de que sus erecciones pasaran desapercibidas. Una tarde, acompañados de otras dos parejas, jugaron pico de botella. La suerte determinó que Daniela debía quitarse el sostén. A sus caderas y muslos los cubría un bóxer que sorprendía por su longitud. Cuando declaró que no cumpliría con la penalidad porque Javier estaba presente, María José protestó mientras se ponía la blusa: “Lo tenías todo planeado”. A sus pezones, oscuros y endurecidos, apenas los contenía un encaje finísimo. Daniela maldijo y corrió escaleras arriba. Solo salió de su habitación después de muchos ruegos, tan tranquila como si nunca hubiera pasado nada, vestida y con un paquete de películas piratas en la mano, cuyos títulos fue enumerando mientras los demás, entre molestos y avergonzados, recuperaban sus ropas tan rápido como podían. Los seis terminaron viendo *Friends*, capítulos de una temporada en la que la madre de uno de los protagonistas seducía a otro.

Javier se tapó la nariz y presionó aire desde los pulmones hasta abrir sus trompas de Eustaquio, esos túneles de gusanito que según su madre van de la boca al oído, y que en la niñez se le obstruían cuando se agripaba y lo hacían gritar de dolor. La promesa de Daniela de la noche anterior, cuando le escribió antes de acostarse, irrumpía una y otra vez en sus pensamientos. Para olvidarla, se concentró en descubrir si las piernas de la azafata eran color canela o usaba medias veladas. La vio alejarse —blanca la nuca bajo el cabello recogido, la cadera buscando las sillas, un pliegue café entre la prominencia exterior del tobillo y el borde superior del zapato—, y volvió a mirar hacia fuera: la neblina flotaba sobre la costa, ocultando la unión entre tierra y mar. Conjuntos desiguales de casas, muchos alrededor de piscinas y campos deportivos, se desperezaban bajo la sombra de los árboles. La voz del capitán hizo las últimas recomendaciones y afirmó en español y en inglés que había comenzado el descenso hacia el aeropuerto internacional José Avellanos. Cuando

ajustó el cinturón de seguridad, recordó las hermosas manos de su padre, la demostración de que bastaba con levantar la tapa metálica para liberarse.

Las secuestradas manos de su padre.

Superada Inmigración, una morena vestida de rosa les entregó publicidad del lujosísimo hotel que levantaban en la península de Azuera. Su boca, muy grande y pintada de fucsia, recitaba costos y dividendos, y la promesa de que se preservaría el refugio para aves marinas que exigían los ecologistas y algunas autoridades municipales. Otra mulata, de menor estatura pero rostro más armonioso, repartía condones empacados en material sobre prevención de las enfermedades de transmisión sexual. “Lo más importante es tener una única pareja estable”, resaltaban las letras rojas. Javier sacó el celular de uno de los bolsillos de su pantalón corto; no registraba llamadas perdidas ni mensajes. Le comunicó a Daniela que estaba disponible y se alejó de la banda transportadora para contemplar a la rubia alta y de hombros anchos que había detectado durante el abordaje. La camiseta ombliguera también exponía la parte superior de sus senos. Se inclinó para atisbar por el agujero del que salían las maletas, lo que resaltó el volumen de sus nalgas, cubiertas por un pantalón amarillo, que no alcanzaba a ocultar la tanga apenas gris, adornada con un moñito rojo.

Cuando pensaba en tomarle una foto que sirviera para ilustrar la historia que inventaría para Carlos Ricardo, Javier escuchó el susurro femenino:

—Ese par de toronjas son operadas.

—Ya lo noté.

—¿Y no te molesta? —Mariana dejó que la expresión de su rostro sirviera de comentario. Se había quitado la chaqueta y los cristales de lapislázuli, granate y amatista del collar destacaban sobre su camisa blanca. El reloj dorado hacía juego con el anillo que abrazaba su anular izquierdo. Sonriente, respondió al timbre del celular. Menos de un minuto después cortó la comunicación—. Elena nos está esperando. ¿Te parece bien si salimos? —Se reacomodó las gafas de sol.

Javier descargó su morral sobre el resto del equipaje y empujó el carrito hacia los controles de aduana.

—Es un milagro que hayan aterrizado a tiempo —dijo Elena, indiferente a la gigantesca fotografía tomada desde una montaña rusa que se precipitaba por dentro de una cueva, y a la que acompañaban imágenes de las otras atracciones del Parque de Santo Tomé—. Hay un basurero al final de la pista y el itinerario de los vuelos es mejor consultárselo a los gallinazos. Y hay meses en los que la neblina amanece espesísima. El martes que yo llegué, los retrasos eran de tres y cuatro horas. ¡A tropical paradise! —aludió a la publicidad televisiva.

Su ronquera le pareció sensual a Javier, también la contaminación del inglés en la liberalidad costeña de su acento.

—Así que estás cumpliendo quince años. —Lo miró por el retrovisor.

—Sí señora.

—Tan educadito —se burló Elena—. Pues vamos a celebrar esos quince como se debe. ¿Cómo fueron los tuyos?

—Normales —respondió Mariana—. En esa época mi papá todavía estaba pagando la casa y la fiesta fue pequeña: unas primas y mis amigas más cercanas. La música la puso un tío que trabajaba en una discoteca. Nada más. Lo que sí es que la torta le quedó deliciosa a mi mamá, todavía le quedan riquísimas —movió la mano izquierda en círculos, como si batiera una mezcla—, y no era tan pequeña, porque me acuerdo que la gente podía repetir. Mis tías ayudaron mucho —recalcó—. Todos nos vemos muy contentos en las fotos.

—¿Y no había muchachos?

—Sí, claro que había. Fueron los que más comieron.

—Mis quince fueron un sueño —afirmó Elena con dejo contradictorio—. En el Hotel del Rincón, que estaba en su mejor momento, se esmeraron con las flores y las vajillas, y las cintas en los balcones, porque don Jacobo fue siempre muy generoso con las propinas, sobre todo con las de las meseras, y querían mucho a mi santa madrecita. Le tenían mucho pesar. No se imaginan el tamaño de la torta, era un rascacielos, y la cantidad de champaña que nos tomamos fue vulgar, y de la buena, legítima francesa. La orquesta sí era mala, *Los fabulosos de Tonoro* —elevó la voz—, y tenía un uniforme asqueroso: dorado y con flecos brillantes. Los vallenatos les sonaban más o menos bien, y los merengues, pero todo lo demás... Y uno de los cantantes se creía una combinación de Nino Bravo y Héctor Lavoe, y no dejaba de sonreír. ¡Horrible! —pronunció entre el español y el inglés y meneó la cabeza—. Lo malo fue que don Jacobo se emborrachó tan rápido que yo tuve que arrastrarlo mientras bailábamos el vals. Claro que en esa fiesta también me regaló mi primer automóvil, un Volkswagen: redoble de tambor —se palmeó el muslo varias veces—, y allí estaba al lado de la piscina, con todas las luces encendidas y un moño gigante pegado del techo. Desde entonces le soy fiel a la marca. Es la única fidelidad de la que me pueden acusar.

Mariana rio. Javier se quejó por internet de cómo empezaban sus vacaciones de quince años, mientras reproducía *Hate That I Love You* de Rihanna, su video favorito.

—Si tienen hambre, podemos parar en un Albergue Viola. Hay sucursales por todas partes. —Guió hasta el semáforo en rojo.

—Desayunamos en el aeropuerto, antes de abordar: huevos rancheros con arepa —explicó Mariana.

—Okey. Entonces les voy a mostrar de una vez sus camitas —mimó el diminutivo entre los labios. Vallas y setos altos se sucedían a lado y lado de la avenida. Con el aire acondicionado a su capacidad máxima, Elena conducía a más de

cien kilómetros por hora. Superó dos camiones de BOS, la multinacional de productos cárnicos, y cambió de carril. En seguida redujo la marcha:

—Esta no es la parte más bonita de la ciudad, o del Distrito, como le dicen ahora, pero sí es de las más costosas, y los condominios son exclusivísimos. Las familias se encierran con todas las comodidades y viven como si estuvieran en otro país, exiliadas —agregó sarcástica—. Hasta construyen islas. Más tarde les muestro la ciudad antigua y los shoppings. ¿Se piensan meter al mar?

Mariana y Javier se miraron sin responder.

—Lo pregunto porque para que el baño sea... higiénico, hay que ir a zonas que todavía no están contaminadas por el alcantarillado o por el carbón que sacan por el puerto. Las playas hacia Esmeralda son bonitas y mis hermanos y yo tenemos una cabaña en una de ellas. El agua parece limpia. Y si lo que les gusta es bucear, hay un pueblo de pescadores, Zapiga, donde es fácil y seguro hacerlo, y dicen que los corales son preciosos, de exposición, y llenos de peces de todos los colores, como las películas de Disney. Yo no los he visto: cuando floto boca abajo y no puedo hacer pie, siento que estoy a kilómetros de altura y me da un vértigo horrible, como si colgara de un paracaídas. En los restaurantes de los nativos se come muy bien: pescado frito, mariscos, ceviches, patacones, arroz con coco... Piénsenlo. La sazón de las negras es una cosa inimitable.

—¿A ti no te gusta bañarte en el mar? —preguntó Mariana.

—Qué te digo yo. A mí me gusta más bañarme en ginebra. Inside —aclaró satisfecha.

—¿Todavía?

—Todavía. Hasta donde me acuerdo, a ti te gustaba mucho con jugo de maracuyá. Y te ponías muy divertida —afirmó Elena, maliciosa. Reprimió el deseo de contar las audacias que hizo posible la ebriedad de Mariana. Recordaba especialmente la vez que convencieron a una compañera de curso de que su galán soñado la esperaba en una habitación a oscuras. Adentro descansaba de turno un futuro ginecólogo, famoso por su timidez. Por lo visto la chica se desnudó y se metió en la cama sin comprobar la identidad de su ocupante. En la mañana, los dos desayunaron muy sonrientes, sin quejarse de la broma, y siguieron juntos durante casi tres semestres.

—¿Sí? Yo no me ponía tan divertida.

—Claro que sí. Tenemos amigos comunes que se acuerdan de lo entretenida que podías llegar a ser.

Mariana sonrió, avergonzada:

—Esos fueron otros tiempos.

—Pero el buen gusto no se pierde, por lo menos para la ginebra. Tengo una Tanqueray enfriándose.

—No me tientes.

—No te estoy tentando, te estoy informando. —Elena encendió el estéreo. Shakira se quejaba de las veleidades del amor.

Javier le escribió a Carlos Ricardo que se aburría oyendo hablar a dos mujeres de la época en la que aún estaban vivas. “Jajajaja” fue la respuesta. Después de una larga discusión, habían concluido que cuatro “Ja” eran los adecuados para expresar una risa genuina.

Un edificio blanco, con hileras de balcones verdes en sus costados, se elevaba frente a una glorieta sembrada de algarrobos. Seguros Fianza repetían las letras rojas en varios puntos de la fachada. Elena evitó el atasco por un barrio de casas pequeñas, algunas muy adornadas.

—La devoción de los narcos es comparable a la de las beatas —afirmó con sorna, mientras recorrían la doble vía de kilómetro y medio de largo, en la que altares de distintas vírgenes ocupaban el separador central—. Cada uno intenta que su monumento sea mejor que el del otro, todos en busca del top del mal gusto, sobre todo en Semana Santa, cuando los llenan de velas y flores. Es el destino de las vírgenes —sentenció, y contó la historia de un reinado popular que terminó en tragedia precisamente porque la ganadora nunca había tenido relaciones sexuales y dos capos aspiraban a desflorarla—. Es que en el mundo de las drogas el tema de la pureza es muy importante —concluyó.

Mariana comentó el caso de una modelo de ropa interior que había quedado parálitica en un tiroteo entre bandas rivales. Recordaba muy bien a la muchacha, porque se portaba como si fuera incapaz de entender que nunca volvería a caminar y le pedía a su madre que le comprara zapatos de tacón alto y muy cómodos.

Un viejo puente de cemento, mordido por la vegetación y de apenas una calzada, se abría a una zona de lujosas casas de uno y dos pisos, rodeadas por jardines muy cuidados. En medio de los andenes había una franja arbolada con el pasto corto enmarcando círculos de flores.

—Este es el barrio El Rincón, uno de los pocos que alguien diseñó en esta ciudad de invasores y desplazados. Ya estamos llegando.

El silbido electrónico le avisó a Javier de la entrada de un mensaje. “Me encantan tus disponibilidades”, decía, y lo acompañaba la fotografía de una tanga azul estirada entre tobillos adolescentes. En uno reconoció las rosas silvestres que Daniela se había tatuado meses atrás. Todavía renegaba de todo lo que había sufrido durante el procedimiento y se burlaba de sus propias lágrimas. A Javier le pareció exquisito el dolor que sintió cuando le tatuaron el nombre de su padre en el brazo derecho. Mariana se encolerizó cuando vio las nueve letras tipo Constantine bajo la capa de vaselina y el papel film, y amenazó con demandar al tatuador por “cagarse” en la piel de un menor de edad. El resto de la tarde se encerró en el baño a llorar. Javier lo recordaba con remordimiento, consciente de la angustia que escondía cada uno de los actos cotidianos de Mariana. Era desesperante verla caminar de un lado al otro del apartamento como si estuviera perdida, incapaz de soportar la idea de que su vida se

derrumbaba, que solo él y una esperanza cada vez más lánguida le permitían seguir adelante. Peor aún era oírsele decir con voz de autómatas, las palabras convertidas en dolor, el rostro contraído para contener las lágrimas.

Javier agradeció el envío de Daniela abusando de los emoticones, imaginando la sonrisa maliciosa en el rostro juvenil.

A mitad de la cuadra, Elena parqueó frente a un edificio de cinco pisos.

—Mi humilde hogar. Esperen a que el portero nos ayude con las maletas —dijo mientras bajaba del automóvil—. ¡Manuel!

Un hombre delgado, que usaba camisa gris claro sobre camiseta esqueleto blanca, se paró frente a ellos. Debía de tener más de cincuenta años, pero su bigote era muy negro:

—A sus órdenes, señora. —Inclinó la cabeza para saludar a Mariana.

—En el baúl hay equipaje.

El hombre se apuró hacia la parte trasera del Jetta. Dos sofás de cuero se asentaban sobre el porcelanato de la recepción, adornada con acuarelas marinas y exuberantes ramos de flores. Detrás del mostrador de mármol, una pantalla se subdividía en ocho vistas de la fachada principal, el garaje y los jardines.

—¡Welcome! —dijo Elena. Guardó las gafas de sol en su bolso y abrió un abanico con ángeles renacentistas impresos y borde de encaje negro. Tenía grandes ojos verdes, con los que hacían juego las esmeraldas de los anillos, los aretes y el collar que usaba, y el vestido sin mangas que caía hasta poco más abajo de las rodillas—. La doctora Mariana y el joven Javier van a estar en mi apartamento todo el fin de semana. Los trata como a mí misma, o mejor —enfaticó—. Ella, además de bonita, es de verdad médica; ella sí se graduó. Y el señorito, ahí donde usted lo ve, está cumpliendo quince años.

—Mis felicitaciones, joven.

—Muchas gracias —respondió Javier, apenado.

—Manuel: no olvide contarle a Rigoberto que ellos están aquí, y que son mis huéspedes. Tendrán sus llaves y podrán entrar y salir cuando quieran, incluso con paquetes y cosas.

—Entendido, señora, se lo diré. —Acomodó las maletas dentro del ascensor.

—La piscina queda hacia allá —señaló un corredor con el abanico cerrado—. No es necesario que nos acompañe, Manuel, para eso vamos con un hombre. —Miró a Javier.

—Como usted diga, señora. Espero que la pasen muy bien aquí. Estoy a sus órdenes.

—Muchas gracias —sonrió Mariana.

Elena oprimió el cuatro en el panel de control y esperó a que las puertas se cerraran, para comentar:

—Un buen hombre. Muy servicial. Yo creo que se tiñe el bigote.

Los muebles de la sala y el comedor combinaban madera, cuero y metal en un estilo sobrio, de líneas rectas, que se repetía en los cuadros que colgaban de las paredes. En un rincón a salvo del sol, sorprendían los colores de una de las *Barracudas* de Alejandro Obregón. Plantas muy bien cuidadas, algunas florecidas, se erguían sobre macetas de barro esmaltado.

—Dejen la desempacada para dentro de un rato. ¿Una cervecita? —sugirió Elena, descargando el bolso y el abanico sobre la barra del bar.

—Sí, gracias. —Mariana se dejó caer sobre el sofá, se quitó los zapatos y levantó los pies como si estuviera agotada. Sus tobillos reflejaron una franja de luz que se colaba por entre las delgadísimas cortinas blancas, agitadas por el viento que entraba desde la terraza.

—¿Y tú qué quieres?

—Cerveza. —Javier miró a Mariana. Hasta entonces solo le había permitido tomarse una en un asado en la hacienda de los Guzmán, apenas días atrás, vencida por la insistencia de su suegro.

Elena abrió la nevera y sacó tres latas doradas. Sirvió el líquido en vasos largos y los puso en una bandeja.

—Le di libre el fin de semana a Obeida, the housekeeper, para que estemos más en familia. Hagan lo que hagan, déjenlo así, que ella limpia y ordena el lunes. Se siente la dueña de casa porque yo cada vez vengo menos. —Elevó el vaso como si brindara.

—¿Ya no organizas bodas? —Mariana se quitó las gafas de sol y las dejó sobre el vidrio de la mesa de centro, al lado de una revista *Anzani*.

—Muy pocas. Ahora contratan a profesionales, no sé en qué, pero profesionales. Ya nadie quiere a la empírica. Además, ahora está de moda casarse en el Hard Rock Hotel, en Punta Cana o en la Riviera Maya; anywhere. Es caro pero práctico. Una prima celebró sus bodas de plata en el de Orlando. Allá sí se consiguen buenas peonías; aquí siempre hay que importarlas. ¡Son tan bellas! Dicen que previenen las pesadillas —comentó y se sentó—. ¿De verdad es necesario que se regresen el lunes?

—Sí, a mediodía. Tengo el turno de la noche.

—Okey. Entonces, si les parece bien, vamos a Santo Tomé el domingo por la tarde, por ahí a las cinco, que ya no hay tantos niños y todavía están funcionando las atracciones mecánicas. Hay una montaña rusa escalofriante. —Cruzó las piernas, bien bronceadas. Javier se las miró con disimulo y sorbió espuma de su cerveza.

—Lo que tú digas —aceptó Mariana.

—Así me gusta, que mis decisiones sean acatadas. ¿Está bien el aire acondicionado?

—Perfectamente. ¿La mina ya no la explotan?

—Como en el pasado, no. Tal vez por algún lado saquen cobalto o níquel, si es que los sindicatos dejan —dudó Elena—. Es muy grande. Lo cierto es que hace años descubrieron que el parque de diversiones es mucho más rentable y consiguieron

socios que conocen el negocio, porque tienen parques similares en Texas. —Agitó la mano con desdén—. Rehabilitaron la cascada, reforestaron, hicieron jardines, sendero ecológico, canopi, hasta puedes intentar suicidarte en un parapente. Plata no queda ni para una aguja, las vetas se agotaron. Tal vez en las vitrinas del museo... ¿Vamos a entrar al museo?

—¿Vale la pena?

—Si se quieren aburrir, sí. También hay un serpentario. Las serpientes son más espectaculares en cine que en la vida real. En youtube hay varios videos buenísimos, de ambas cosas; los pueden ver en estos días y decidir. —Elena bebió de su vaso—. ¿Y cómo está tu maravillosa ciudad? ¿Siempre tan cosmopolita?

—Cada vez más; todos tomamos el té a las cinco, leemos el *New York Times* y usamos ropa de Armani —dijo Mariana. Las mangas cortas dejaban a la vista sus brazos esbeltos y pecosos—. Ahí va, como sale en las noticias: calles destrozadas, trancones, contaminación, inseguridad hasta en los mejores barrios, cinturones de miseria... Los políticos robando dineros públicos y el alcalde negándolo todo.

—Desde antes de que lo eligieran se sabía que eso era lo que iba a pasar, y lo eligieron. —Elevó los hombros—. Claro que el de aquí tampoco es que sea una belleza: los procesos de independencia no cambian la idiosincrasia. Imagínense que sus asesores tienen tan buena reputación que no les dan visa para los Estados Unidos, lo sé porque uno es primo mío, y a los empresarios a los que les adjudicó la alimentación de los niños de los colegios públicos los tienen demandados porque incumplieron con la construcción de los espolones que evitan que el mar se lleve la poquita playa que nos queda. —Fingió asombro—. ¿Les molesta si fumo?

—No hay problema —dijo Mariana.

Elena aspiró el Pall Mall mentolado:

—Como ves, no aprendí nada en la facultad de medicina. —Expulsó el humo por las fosas nasales, satisfecha.

—La mitad de nuestros profesores fumaba.

—Sí, pero es que cuando tú y yo estábamos en la facultad, long time ago, el cigarrillo no era tan mal visto, o no era tan canceroso —sonrió—. Pero ahora... Kimberly lo detesta.

—Fuma tranquila, estás en tu casa.

—En mi apartamento, porque mi casa era la que había antes aquí, la de mi vieja, que tenía un patio enorme, lleno de árboles, con mi columpio y mi casa de muñecas, pero mis hermanos insistieron en construir este edificio y en que cada uno se quedara con un piso, y ya ves, yo soy la única que sigue viviendo aquí, y cada vez menos. René nos dejó —la voz compungida— y Ernesto nunca volvió de Buenos Aires. Ni pasa por aquí cuando va a inclinarse ante sus jefes en San Francisco, y Luciano ahora construye condominios rurales y le dice a quien quiera oírlo que no puede vivir cerca de su queridísima hermana. So complicated. —Flanqueó la expresión con comillas de

los dedos índice y medio de sus manos—. Además, pasa más tiempo en Santa Marta que en este paisito de mierda.

—Los dos son paisitos de mierda —aclaró Mariana, y añadió—: Luciano tiene tres hijas preciosas.

Javier asintió. La mayor era contacto suyo en las redes sociales y las últimas fotos que había publicado eran bastante atrevidas, también los comentarios que las acompañaban. Las imágenes de Daniela en internet eran más imaginativas y aún más audaces; a veces lo avergonzaban. Sembró su quinto girasol: estaba convencido de que era el número preciso para cosechar los soles necesarios para ganar en *Plantas contra zombis*.

—Sí, son preciosas —convino Elena—. Es que su mujer es muy bonita. Fue reina o algo así, en Entremontes, y tiene una mezcla muy rara: medio turca, medio italiana, medio vasca, medio francesa, y también tiene algo autóctono; el culo, supongo yo. ¿Y tú qué? Cuéntame.

—Sigo en el Hospital de La Misericordia, como siempre. Salí de turno esta madrugada.

—¡Qué esclavitud! Siquiera no pasé de quinto semestre. Eso sí se lo agradezco a don Jacobo, que se muriera tan a tiempo. ¿Y tus padres?

—Perfectamente. Papá está a punto de jubilarse y su única preocupación es que se le está cayendo el pelo, y mi mamá se dedicó a trotar con las mismas señoras con las que antes cosía, y ya se ve más joven que yo. Los dos muy en su mundo, como siempre. Cada vez más. Y los dos empeñados en malcriar a Javier.

—Y con la carita que tiene, no debe ser nada difícil. Tus tías paternas también te deben mimar mucho.

—Claro que lo miman —se adelantó Mariana.

Javier sonrió, pendiente de sembrar una planta que cuando explota carboniza a los zombis que la rodean.

—¿Son cuántas?

—Cinco.

—¡Cinco! —Elena contrajo la porción inferior de la cara y los músculos del cuello, simulando pánico—. ¿Y son muy brujas? La que es periodista sale a veces en CNN.

—Ángela. Es la menos bruja de todas —afirmó Mariana—. Se la pasa viajando. Es muy exitosa y habla un inglés precioso, bostoniano, dice mi suegra.

—Me imagino lo bostoniano que será.

—Habla muy bien, en todo caso. Compró un apartamento en Manhattan, dicen que muy pequeño.

—¡Qué desgracia de vida! Y su cirujano plástico debe ser el mejor del mundo porque cada vez se ve más joven y con los ojos y los dientes más grandes. —Elena anió la voz y juntó las manos—: Dile que te diga quién es, please.

—No creo que me lo diga. Pero en Miami hay muy buena medicina estética.

—¿Tú crees? Yo he visto unas narices que no las quisiera ni Michael Jackson. Además, Kimberly no va a dejar que me haga nada, te lo aseguro. She's so natural.

—¿Cómo está?

—Muy bien. Vivimos muy bien. A las dos nos encanta Coconut Grove y ya me acostumbré a tener gato. Se llama Valentino y es un angora blanquísimo, ojiazul, puro pedigrí, la reina de Inglaterra no es de tan buena familia, pero no me quiere mucho. Todos los días me huele, yo creo que con la esperanza de que me haya muerto. Kimberly y yo solo nos peleamos por él y porque no le gusta venir aquí.

—¿No?

—No. Dice que este es el golfo más fotogénico y más aburrido del universo conocido. —Elena aspiró por última vez y aplastó la colilla en un cenicero de cristal.

—Pero mantiene lleno de turistas.

—El mar llega a todas las playas —repuso Elena.

Mariana bebió un trago largo, satisfecho:

—Pues nosotros te agradecemos mucho la invitación. Es maravilloso estar aquí.

—No tienen nada que agradecer, me hace falta venir. ¿Y qué chismes tienes para contarme?

—¿Chismes? ¿Cómo? Yo me la paso encerrada en el hospital. Ahora, para ganarse la vida como médica, hay que trabajar treinta horas al día. Casi nunca me veo con nadie. Sé más de Jennifer López que de mis vecinos. Los chismes que yo conozco son los que cuentan en los noticieros.

—Tuvo gemelos, ¿no?

—¿JLo? Sí.

—Claro que siempre ha tenido un par de gemelas —Elena abrió las manos a lado y lado de su cadera—, que sacan la cara por ella. Esas gemelotas te deben encantar —dijo con picardía.

—Están bien —respondió Javier sin entusiasmo. Estaba pendiente de una nueva horda de zombis.

—¡Qué muchacho tan discreto! ¿Qué piensas estudiar cuando seas grande? ¿Diplomacia?

—No sé.

—Es como el papá: le gusta todo y nada —anotó Mariana.

—Como el papá —asintió varias veces Elena. Recompuso el cuerpo y bajó el volumen de la voz—. ¿Se sabe algo de Alejandro?

—... Nada.

—¿Hace cuánto lo secuestraron?

—Cuatro años.

—¡Cuatro años! ¡My God! Una eternidad. —Acabó su cerveza pero retuvo el vaso. Recordó que en su momento vio la noticia en el televisor sin sonido de un centro comercial, atenazada por una angustia que nadie compartía a su alrededor.

—El quinto año se cumple en tres meses, el 29 de septiembre. Hace dos años le mandaron unas fotos a su madre, pero es imposible saber cuándo se las tomaron. Se le ven canas en la barba y parece más delgado. Debe estar furioso porque le pusieron una camiseta de Boca Juniors y él siempre detestó a los argentinos —sonrió con tristeza—. Cuando eso se les dio una plata.

—¿Tú?

—No. Un negociador que consiguieron sus padres. Es periodista y profesor universitario. Un experto. Nos trata como si fuéramos retrasados mentales. Punto uno: lo más importante es la paciencia. Punto dos: yo soy el único que habla con la contraparte. Punto tres: todo lo que estoy diciendo se cumple estrictamente —Mariana disparaba un dedo tras otro mientras imitaba una voz nasal, desagradable—. No podemos violar los protocolos... Atención, recapitulemos... Siempre lo mismo. Odio sus explicaciones, pero dicen que es el mejor. Los que realmente han manejado todo son sus padres, que tienen el dinero y el poder. Y los contactos. —Mariana parpadeó un par de veces y miró a Javier, que concentraba su atención en la pantalla del celular.

—Creo que estarás cómoda aquí. —Elena les mostraba un cuarto amplio, muy iluminado, la cama doble cubierta por una colcha blanca, un jarrón repleto de rosas amarillas sobre la cómoda—. El baño lo remodelé hace poco y uno de los botones de la orquídea va a abrir hoy o mañana: es rosado con manchas moradas, como las de los test psicológicos —sumó a su comentario un gesto de desprecio—. Entra y míralo, pero no vayas a tomar agua de la llave, que los del acueducto se roban cualquier centavo que les pagamos y nadie cree que por la tubería venga algo potable. En las mesas de noche hay toda la que quieras. —Señaló las botellas con el índice.

—Gracias. —Mariana abrió la puerta del baño y desapareció dentro.

—A ti te reservé el estudio. Ven. —Elena tomó la mano de Javier.

Un escritorio de cedro y su silla de cuero ocupaban buena parte del generoso espacio. Los libros, muchos de ellos empastados, con título y autor en letras doradas, descansaban sobre entrepaños blancos. A algunos lomos los ocultaban fotos de un hombre delgado y sonriente que vestía ropas claras y usaba gafas metálicas. En dos o tres parecía leer en público. En otras fumaba tabaco con expresión ensimismada. Resguardadas de la luz se alineaban las fotos de una mujer muy parecida a Elena. En una columna tenía la expresión abierta y confiada de una niña; en la otra su rostro era más severo. Las partes bajas de la biblioteca estaban acondicionadas para guardar discos de acetato.

Elena sacó mantas y sábanas del armario y maniobró hasta abrir el sofá, recostado a una pared en la que las tortuosas manos de Guayasamín amenazaban con rebasar el marco.

—Casi nunca refresca, pero a veces baja la temperatura cuando llueve. Ayúdame.
—Ajustaron el elástico de la sábana a los bordes de la colchoneta forrada con microfibra negra. Los ojos de Javier apenas se apartaron del escote de Elena—. No creo que te vaya a dar frío. —Lo miró fingiendo reproche.

Mariana entró casi de inmediato:

—Ese baño es una delicia. ¡Qué tina! ¡Qué apartamento!

—De algo tenía que servir todo lo que trabajaron los pobres obreros a los que don Jacobo explotó durante toda su vida —entornó los ojos Elena—. Aunque, para ser justos, él solo dejó las cosas como las organizó mi abuelo, que era un negrero, pero sabía muy bien cómo producir buen chocolate y sobre todo cómo exportarlo, que resultó ser lo más importante. Mi padre era tan vago, tan bebedor... Tan mal poeta —agregó—. Aquí conservo sus libros, los que mis hermanos no regalaron, sobre todo René, que era muy generoso, pobrecito. —Calló unos segundos—. No soy aficionada a la lectura pero los quiero tener... Con este aparato fue que te encontré. —Apoyó la mano sobre el computador negro y plata que reposaba sobre el escritorio.

—Me alegro de que me encontraras.

Meses atrás, Elena había buscado a Mariana en Facebook y comenzaron a escribirse, recuperando una amistad que fue muy estrecha durante los tres años que estudiaron medicina juntas. La crisis personal que hizo que Elena renunciara a la universidad, semanas después de la muerte de su padre, también las separó. Al principio, Mariana se esforzó por preservar los lazos, incluso después de que Elena asumiera su homosexualidad, pero poco a poco cejó en el empeño. Alejandro Guzmán —se habían conocido en una fiesta en “Enbajada”, como le decían sus compatriotas al apartamento de Elena, sobre todo los más alcohólicos de los que estudiaban en Santa Marta— se impuso en su vida y llegaron el matrimonio, el embarazo y el nacimiento de Javier, copando sus días de manera que excluía a Elena y a muchas de sus otras amistades y, en cierta medida, hasta a su propia familia, incómoda por la altanería de los padres y las hermanas de Alejandro, convencidos de su riqueza y su prosapia.

Elena dispuso la otra sábana y las mantas.

—Bien: misión cumplida. Al frente hay otro baño. Cualquier cosa que necesiten... —sonrió como si fuera una niña inocente.

“Esto sí son vacaciones”, decía el mensaje de Carlos Ricardo. Adjuntaba una escena lésbica entre dos rubias, en las bancas húmedas de una sauna. Javier respondió con un “Qué asco” rodeado de emoticones, y en último momento decidió no enviar la foto de los muslos abiertos de Elena, muy poco nítida. Entró al estudio y cuando pensaba en desocupar su morral, una caja de madera llamó su atención. De apenas cinco centímetros de altura, su tapa de vidrio dejaba ver un par de monedas plateadas. Representaban los perfiles de un hombre y una mujer. “Martin Decoud” y “Antonia

Avellanos”, leyó. Tales nombres no le decían nada. Las devolvió a su sitio sobre el escritorio, al lado de dos tabacos envueltos en celofán. Su abuelo y su padre acostumbraban a fumarse uno, compartido, muy de vez en cuando, casi siempre en la finca y disfrutando de un trago de whisky. “Lo nuestro es placer, no es vicio”, le había escuchado decir a su abuelo frente a familiares y amigos. Alejandro Guzmán no fumaba en ninguna otra circunstancia.

Acomodó su ropa en el armario e imaginó el tiempo que tardaría Mariana en vaciar sus maletas, en buena medida llenas de zapatos apropiados para ocasiones que nunca se iban a presentar. Se asomó a la ventana; de las cuatro casas de la acera de enfrente, rodeadas de jardines, en solo una parecía vivir una familia: las cortinas estaban cerradas y una bicicleta yacía sobre el césped. En dos funcionaban empresas de telefonía celular y en la otra, de un estilo que quería parecer árabe —azulejos, ojivas, filigrana de madera—, la sede de un candidato a la alcaldía. La pancarta la llenaba un rostro abotagado y sonriente bajo el cabello que arrancaba casi desde las cejas. Al eslogan “Con López Bento, Familia y Progreso” lo subrayaba una línea amarilla muy gruesa, que aludía a su partido político.

Javier tomó una foto del paisaje urbano, más bien gris, con edificios y nubes de fondo, y se la adjuntó a Daniela. “Aquí me estoy aburriendo sin ti”. En seguida grabó un corto video de la habitación y también se lo envió.

“Yo no sería capaz de dormir en medio de tantos libros”, respondió ella.

DOS

Los puestos de venta callejera asfixiaban las entradas de las casas, algunas con aleros, columnas, balcones y ornamentos que hablaban de un pasado glorioso, lo que obligaba a los peatones a descender a la calzada, bajo el implacable sol del mediodía. Muchos de los vehículos exhibían un adhesivo en el que el perfil de la Virgen María acompañaba una camándula; en otros una silueta masculina sodomizaba un equino. En un parque triangular, presidido por la estatua del general Montero, un mármol enorme festejaba su victoria en la batalla de Río Seco. A la superficie amarillenta la ensuciaban trazos rápidos de pintura roja: “Si el hambre es ley, rebelión es justicia”.

Elena trató de huir del trancón por un pasaje oscurecido por edificios, pero una camioneta de la que descendieron seis policías cubiertos con cascos y chalecos antibalas, y armados con fusiles, interrumpió la marcha, casi al mismo tiempo que un helicóptero sobrevolaba la zona.

—Quedamos en primera fila para la bala perdida —dijo Elena, malhumorada, y saludó al uniformado que vigilaba en medio del callejón—. Estos operativos son permanentes. El mercado de Matatigres queda cerca y, según las autoridades, está tomado por la guerrilla, el narcotráfico, los contrabandistas... Por todos los archienemigos de la sociedad. Mejor oigamos a doña Madonna. —Subió el volumen del estéreo. Comenzaba *Vogue*—. La vi en Miami, ¿sabes? ¿Todavía te gusta tanto?

—Sí, claro que sí.

—Es que es impresionante. Ella está en lo suyo, por supuesto, pero uno siente que de verdad se interesa en el público, que se esfuerza por que todo el mundo se sienta bien. Very cool. Y canta. No es como esas niñas caribonitas a las que les arreglan la voz en el estudio, no, madam. Cantó a capela *Express Yourself* y se oía perfecto. Para mi gusto está un poco flaca, con los músculos muy marcados, y se exhibe demasiado para su edad, pero en general se ve bien, energetic. Es ella la que les pone el ritmo a los bailarines.

Javier sembraba unas plantas que disparan balas de hielo y lentifican a los zombis. Su paso al siguiente nivel confirmó que había sido la mejor estrategia.

—Madonna es maravillosa, the very best, ¿pero sabes qué me molesta? Que se irrite cuando la llaman *Material Girl* —comentó Elena sin esperar respuesta—. No importa si ella no compuso la canción, ¡es su canción! Y tampoco le gusta que la comparen con Marilyn Monroe.

—Pero hizo el video de *Like a Virgin* —sentenció Mariana.

—¡That’s right!

Poco después de que comenzara *Borderline*, los agentes salieron del edificio, algunos con el casco metálico en la mano. Uno de ellos piropeó las caderas de una negra que equilibraba sobre la cabeza una olla cargada con dulces de coco. Tras conseguir una respuesta falsamente desdeñosa y una sonrisa, tuvo que correr bajo las fachadas ennegrecidas por la humedad y el hollín, para alcanzar la camioneta policial ya en movimiento, mientras sus compañeros lo hacían objeto de sus burlas.

—En una época las cosas mejoraron por acción de los paramilitares, que tampoco es que sean unas joyas. Son malignos, y las autoridades los dejaban actuar impunemente —enfaticó Elena—, pero el alcalde anterior posaba de demócrata mientras robaba y robaba, y los persiguió tanto que se retiraron y la normalidad volvió —dijo con ironía y condujo fuera del pasaje.

—No se sabe qué es peor —concluyó Mariana. Recordaba su conversación con un líder paramilitar allegado a la familia de sus suegros. La citó en una cafetería cercana al hospital y luego de que le explicó que su grupo defendía a ganaderos y empresarios de las extorsiones y los ataques de la guerrilla, lo que le quedó claro fue que el hombre, de unos cuarenta años y baja estatura, con una medalla de la Virgen María en la solapa de la chaqueta, lo que buscaba era una justificación para irrumpir disparando en un barrio marginado. Cuando Mariana insistió en que no quería ese tipo de ayuda, el hombre esgrimió ideales patrióticos y normas morales para recalcar que es muy inconveniente ser neutral en un país en conflicto. Esa advertencia velada agudizó la desazón y el insomnio de Mariana, y reforzó su rechazo a las acciones armadas de cualquier tipo, una posibilidad que consideró en el desespero y la impotencia de los días posteriores al secuestro de Alejandro.

—En eso tienes toda la razón. —Elena rebasó al camión que los antecedía—. Si logramos salir de aquí, les aseguro que van a disfrutar de uno de los mejores almuerzos que se hayan comido en sus vidas, y no se imaginan lo que va a ser el postre. El chef se llama Cristian y toda la vida se llamó así, pero ahora quiere que le digamos Cristiano, Cris-tia-no, creo que porque está enamorado, como una adolescente, del futbolista ese, ¿lo conocen? El del Real Madrid.

—Cristiano Ronaldo —intervino Javier y de inmediato se avergonzó de su propio entusiasmo. Hundió la vista en la pantalla del celular y se enfocó en contactar a María Antonia Valencia.

Había tenido una larga conversación con Daniela, en la que se quejó una y otra vez de cómo transcurrían sus quince años. La muchacha le contó que ella y sus amigas pensaban organizar una piyamada mexicana y que estaban recogiendo dinero para comprar las botellas de tequila. Cuando Javier le preguntó en qué casa la pensaban hacer, le respondió que donde las Valencia. “Sus padres están de vacaciones en Panamá”.

Javier maldijo sin pronunciar ninguna palabra:

—¿Y va a estar María Antonia?

—Claro. Las dos van a estar: María Luisa y María Antonia.

En su calidad de hermana mayor, diecinueve años, María Antonia sería la anfitriona. Estudiaba ingeniería de sistemas y todo el mundo la consideraba muy seria. Tenía una larga cabellera rubia y ojos claros con chispas violeta. Mientras ella estuviera a cargo, Carlos Ricardo no tendría posibilidades de participar en la piyamada. Seis meses antes había llevado unas tangas usadas al colegio, afirmando que eran de su hermana mayor, y trató de subastarlas. Los profesores se dieron cuenta

y llamaron a sus padres. María Antonia terminó enterándose del asunto y desde entonces apenas le hablaba. Estaría mucho más furiosa si supiera que una vez, borracho, su hermano planteó que el coito anal con una hermana no podía ser considerado incesto, ya que no habría riesgo de polinización y, por tanto, ninguna posibilidad de calamidades genéticas. Aunque era consciente de que buena parte de los estudiantes del colegio, sobre todo los mayores, molestaban a Carlos Ricardo por tener dos hermanas tan bellas, y del mal gusto de los comentarios que le hacían, a los que él, cansado de disputas verbales y físicas, se acostumbró a responder con exabruptos peores, Javier evitó discutir semejante barbaridad, que hizo las delicias del resto de sus compañeros. Tenía que reconocer que le gustaba mucho María Antonia, tanto que buscó en varios portales a una actriz porno que se le pareciera y la halló: Freya Isles. De origen danés y escritora de historietas de ciencia ficción protagonizadas por mujeres muy voluptuosas, prefería sus escenas a la hora de masturbarse.

—¿Y qué van a comer? —preguntó a Daniela.

—Vamos a hacer tacos y burros.

—¿Tacos y burros?

—Sí. Tacos y burros —repitió animada—. Y vamos a comprar muchos nachos.

Javier no pudo evitar la sonrisa. Cuando Daniela hablaba en plural significaba que no iba a hacer absolutamente nada. Se imaginó a las seis o siete muchachas con las pijamas arruinadas por el guacamole y el fríjol macerado, coreando a Paulina Rubio con voces alcoholizadas. Por un momento las vislumbró en la ducha, semidesnudas, limpiándose las unas a las otras, lamiéndose. De inmediato recordó la foto que le había enviado Carlos Ricardo.

Elena adelantó el Jetta dos metros:

—Cristian estudió en París, quién sabe con quién, es mejor no preguntárselo, y era el chef del Club Aristocrático, que es el único club de acá que vale la pena, aunque yo no haya conseguido que quitaran de la entrada la estatua de un arzobispo que lleva como doscientos años estorbando en las escaleras.

—¿Un arzobispo?

—Un arzobispo. Yes, madam. Este es un puerto muy religioso, católico y protestante casi por igual, excepto en el barrio chino. Aquí las prostitutas, que se reconocen porque usan peinetas doradas en el pelo, no te vayas a poner una —levantó el índice derecho del timón—, no se pierden la misa del mediodía, muchas de ellas en la catedral. A veces hasta se ponen mantillas. Y son multiétnicas, como mi cuñada. De allá salen puritas y atraviesan la plaza como si fueran reinas de belleza, listas para ejercer su oficio.

Acercándose mucho al andén, Elena se descolgó hacia la avenida paralela a la línea férrea, y aceleró por una zona de bodegas, concesionarios de vehículos terrestres y acuáticos, talleres, ventas de piscinas, grandes almacenes de materiales para la construcción y edificios gubernamentales. El tráfico se lentificó cerca de una

estación de buses articulados. De su cuerpo aplastado se desprendían las patas de araña de los puentes peatonales.

—Este sistema lo acaban de inaugurar. Se llama TransLitoral y esos buses atraviesan la ciudad por carriles exclusivos. Se supone que va a solucionar todos nuestros problemas de movilidad —exageró Elena y se desvió hacia el norte—. Por fortuna todavía no llega hasta Corbemar. ¿Tienen hambre?

—Un poco —admitió Mariana.

—Just ten minutes, please.

Después de una curva amplia y en ascenso, Elena avanzó entre el bulevar sombreado por palmeras y el borde de la costa, hasta que se hundió bajo el gigantesco aviso de Falabella.

—La fila no está tan larga —suspiró y se quitó las gafas oscuras—. Aquí antes quedaba el parque Corbelán, que es donde ha terminado la ciudad desde que yo tengo memoria. Los Corbelán son una familia muy poderosa y la zona entre el mar y las estribaciones del Higueroa siempre fue de ellos y decidieron que la iban a conservar sin urbanizarla. Lo único que hay es la carretera hasta Zapiga, que es poco más que un camino. Ahora, un exalcalde y sus socios consiguieron, quién sabe cómo, la autorización para construir una torre en la península de Azuera, un peladero a la salida del golfo que les encanta a las gaviotas y los pelícanos, y están vendiendo participaciones de todo tipo. Algunos piensan que un proyecto tan grande no se hace si no es para lavar dólares, y tal vez tengan razón. Otros temen que ahora las cadenas hoteleras se apoderen de la costa, que es muy bonita, y que la gente usa para paseos familiares y para acampar desde antes de las guerras de independencia. Claro que se supone que forma parte del Parque Natural del Higueroa, pero muchos de esos terrenos son propiedad privada, y los Corbelán de ahora son mucho menos bucólicos que los de antes. Por lo pronto, me imagino que harán ampliar la carretera y algún idiota le pondrá un peaje. Ni los periodistas de *El Porvenir* logran detener el futuro —jugó con el nombre del diario más influyente de la ciudad—. Tampoco Greenpeace. —Esperó a que el dispensador automático escupiera la tarjeta plástica. Encendió las luces y buscó un lugar libre en el parqueadero.

Javier miró su celular y decidió que lo cambiaría: pocos metros bajo tierra y ya se había quedado sin señal.

Tras asegurar el vehículo, Elena guio a Mariana y Javier por senderos de franjas amarillas hasta las escaleras eléctricas:

—¡Welcome aboard! —abrió los brazos—. Se supone que este lugar está inspirado en las carabelas que vinieron a América, entonces no tiene pisos sino cubiertas, y cada cubierta tiene un color distinto. Aquí, en la sub 4, están los cinemas, la bolera y una pista para patinaje sobre hielo. La cubierta 0 es a nivel de la calle, una plazoleta muy agradable; ya la van a ver. En las sub 1, sub 2 y sub 3 funciona el Shopping. —Estiró la mano hacia los corredores profusamente iluminados, con pisos alusivos a olas.

Mientras Elena hablaba, Mariana y Javier iban descubriendo la sinuosa construcción, sujeta a la roca erosionada por siglos de brisa marina. Las tiendas estaban dispuestas de manera que la mayoría mirara hacia el mar, algunas como flotando en el vacío. Paredes, escaleras y pasamanos lucían detalles en hierro y madera que rememoraban viajes oceánicos: anclas, catalejos, sirenas, mascarones de proa, diversas figuras de piratas. Aquí y allá flechas en forma de sable indicaban la situación de los baños y las salidas de emergencia. Los bares, heladerías y cafés que se distribuían en las terrazas funcionaban bajo lonas que simulaban velas de barco.

—Todo esto es muy bonito —dijo Mariana y tomó del brazo a Javier, interesado en una falsa rubia, enfundada en un vestido de dril que se acababa casi en el nacimiento de sus muslos, que trataba de dirigir a los transeúntes hacia un restaurante de comida de mar.

—Y las tiendas son buenas; algunas muy costosas. La publicidad afirma que BOS Gourmet y el Albergue Viola Presto son los sitios de comida rápida más modernos de Latinoamérica. Subamos hasta la cubierta 0. Fast, fast, fast. —Se movió como si tuviera una espada en la mano.

Tubos que recordaban mástiles atrapaban el aire que ventilaba los niveles subterráneos de la edificación. Hacia la avenida, dos pisos encristalados, de construcción y mobiliario minimalistas, ofrecían sushi bajo el nombre de El Puente. Los senderos confluían en una estructura de cinco metros de alto por diez de ancho, que a través de cientos de eyectores situados en la parte superior del rectángulo mantenía una cortina de agua. Gracias a aperturas y cierres computarizados, el dispositivo producía movimientos, figuras y mensajes que la multitud seguía con asombro, sobre todo los niños.

—Esta es la atracción más reciente. De noche la coordinan con luces de colores y música. Tenemos que venir.

Por un momento Javier temió que Mariana pidiera en administración que programaran un mensaje sobre su padre. En una época no despreciaba ninguna oportunidad, ninguna. Podía ser muy vergonzoso.

—Todo esto es un gran negocio, que crece —apuntó Elena—. Hay una línea de barcos que existe desde el siglo pasado, Cerberos, que recorre la costa hasta Cayta. Los más grandes son shoppings flotantes. Cerberos acaba de firmar un acuerdo para construir un embarcadero aquí abajo, en lo poco que hay de playa, para que la gente no tenga que ir a abordar al puerto, que es incómodo y limita con el muelle carbonero. Incluso es posible que instalen ascensores panorámicos. —Le dio la espalda al viento para encender un cigarrillo—. Después del almuerzo podemos ir al extremo sur, a un pequeño fuerte español que restauraron. Hay un Juan Valdez.

Mariana se acercó a la baranda y, haciendo sombra con la mano, recorrió el horizonte. Un carguero atravesaba el golfo.

—¿Cómo se llama esa isla? —señaló una pequeña porción de tierra que sobresalía al occidente.

—Es la Gran Isabela. En realidad son dos islas, pero una casi no se ve. Bueno, a veces no se ve ninguna, por la neblina. Hasta hace cincuenta años eran tres, pero el mar se tragó la más pequeña, La Hermosa, que ahora es una especie de plataforma para buceadores. En la más grande hay agua potable y tres pequeños hoteles frente a una playa preciosa, con un muelle de filigrana, largo y blanquísimo, lleno de tiendas de artesanías que venden a precio de oro cualquier chuchería. También hay un viejo faro que ya no funciona, pero que es monumento nacional. Lo pintaron con colores vivos y se inventaron un museo para poder cobrar la entrada. En año nuevo el distrito lanza de la terraza un espectáculo de juegos pirotécnicos que dicen que es comparable al de Río de Janeiro, y más largo. —Arrojó la colilla al mar—. Yo lo dudo.

El restaurante extendía balcones triangulares sobre el acantilado. Dividido en salones, de sus paredes colgaban cabezas y pieles de animales salvajes, y sobre las sólidas mesas de madera había individuales de papel con fotografías numeradas de las cien piezas de caza que componían la colección, acompañadas de sus respectivos nombres, todos en inglés. El mesero los situó bajo la cabeza de tres antílopes africanos: Southern Impala, East African Impala y Thompson Gazella, a pasos de un piano vertical de caoba.

—Cristiano —Elena recalcó la última sílaba— es el chef, pero el dueño es un sudafricano de casi cien años que se enriqueció construyendo urbanizaciones en Los Hatos, un sector muy elegante de la ciudad. El tipo dice que cazó todos estos animales él mismo. —Torció la boca para expresar sus dudas—. También piensa que su mujer, una polaca elegantísima y muy bella, y que si acaso pasará de los treinta años, solo se acuesta con él. Vanidades masculinas —agregó sonriendo—. Ahora no me vayas a decir que eres vegetariana.

—Todavía no.

—Qué buena respuesta. ¿Y el quinceañero?

—Tampoco —respondió Javier, que seguía tratando de que María Antonia le respondiera.

—Me alegro. Res y cerdo son las especialidades de la casa, pero Cristiano también es bueno con el pescado. Hay un plato, lo verán ahora que traigan la carta, en el que lo sirve sobre puré de plátano aliñado con especias. Es una delicia. Lo hace con mantequilla picante. —Levantó sus índices—. Dicen que su codorniz con chocolate y brandy es sublime. A mí no me gustó.

Las notas de *Para Elisa* llegaban desde otro de los salones. El mesero, ataviado con camisa blanca y corbatín estampado con jirafas diminutas, se acercó y les entregó los menús forrados en cuero. Las dos mujeres se antojaron de aperitivos a base de ginebra. Javier pidió jugo de melón.

—Por si te nos quieres volar esta noche —Elena lo miró—, en el nivel más bajo, al lado de los parqueaderos, hay una discoteca espectacular —acentuó en inglés—.

Después de medianoche, me contó Manuel, el portero, presentan un show de bailarinas a las que les pintan la ropa, y que termina cuando las someten a poderosos chorros de luz y de agua. ¿Qué te parece?

—Bien.

—¿Bien? Ustedes dos se están especializando en las mejores respuestas del mundo. Si les parece, les propongo que después de la siesta vayamos al centro histórico. Hay varios sitios allí que son obligatorios para los turistas. Les gustarán.

Una llamada al teléfono de Javier interrumpió la charla. Con expresión de disculpa, apartó la silla y se paró de la mesa.

—Tiene buen culo —comentó Elena sin bajar la voz.

El segundo coctel desató la lengua de Mariana. Miraba a Javier sonrojada, como pidiéndole disculpas por los exabruptos de Elena, pero poco a poco la prudencia la fue abandonando. Se detuvieron en la descripción de la fiesta de final de segundo semestre.

—¿Y lo que le pasó a Andrés Rivera?

—¿Qué le pasó a Andrés Rivera? —preguntó Mariana.

—¿No lo supiste?

—No. A Andrés nunca le pasaba nada malo.

—Eso crees tú —se rio Elena—. Esa noche andaba con una estudiante de agronomía muy voluptuosa, ¡gorgeous! ¡Cómo lo envidié! —admitió sin tapujos—. En determinado momento se sintió mal por todo el aguardiente que había tomado y le dijo a la muchacha que se iba a acostar un rato. Subió a una de las habitaciones y se tendió en la cama. A los diez minutos sintió que una mano acariciaba su muslo y su famoso miembro viril, y pensó que su hormonada acompañante había decidido tomar la iniciativa. Abrió los ojos y se encontró con que uno de nuestros compañeros le sonreía muy amoroso.

—¡No!

—¡Yeah! Nuestro macho alfa a punto de ser violado.

—¿Y qué pasó?

—¿Qué pasó? Andrés se levantó de un salto, empujó a su pretendiente, bajó las escaleras corriendo, agarró a la sex bomb y se fueron de la fiesta. Eso ocurrió.

—Con razón siempre pensé que él no había estado en esa fiesta, que por eso había sido tan buena —sonrió Mariana—. ¿Y quién era el violador?

—Nunca lo quiso decir.

—¿Andrés Rivera podía ser discreto? Me da trabajo creerlo. —Mariana levantó su copa y bebió—. En esa fiesta pasaron muchas cosas raras.

—Muchas cosas, tienes razón, se destaparon casi todos los romances ocultos. Estábamos muy borrachos. Pero yo me acuerdo más de una fiesta de disfraces que

hicimos después. Tú te perdiste con Ricardo Saldarriaga —anotó Elena a modo de acusación.

—No nos perdimos, simplemente nos fuimos.

—¿Y qué pasó con Ricardo?

—Nada.

—Pues se veían muy acarameladitos.

—No tanto, exageras. Él me llevó a la casa y ya. Nos despedimos y a dormir.

—No te creo.

—Créeme, yo era virgen.

—¿En cuarto semestre?

—Sí. —Mariana llegó casi al grito.

—Te voy a creer porque nunca has dicho mentiras. —Elena bebió un poco de su coctel—. ¿Y en qué semestre dejaste de ser virgen?

—No voy a contestar eso. —Puso el índice izquierdo sobre sus labios.

—¿Y si lo adivino?

—Y si lo adivinas, ¿qué? —se rio.

—Si tengo razón, ¿me vas a decir que tengo razón?

Mariana miró a lado y lado, como si se estuviera ocultando de alguien, y durante unos segundos tarareó la balada que reproducían los altavoces, en versión orquestada con muchísimos violines. Asintió varias veces:

—Es posible. —Se mordió el pulpejo del pulgar como si fuera una niña.

—Quinto semestre.

Mariana enrojeció y miró a Javier.

—Cortesía del doctor Becerra —remató Elena, y con gesto triunfal elevó la copa y la bajó muy despacio, para beber un trago lento, satisfecho. En seguida la dejó sobre la mesa.

Mariana tardó en reponerse:

—¿Cómo lo supiste? —preguntó por fin.

Elena sonrió de oreja a oreja:

—Los vi un día en ese restaurante tan costoso que había al frente del Banco Nacional. ¡Cómo te miraba! Nadie me ha mirado nunca así —se lamentó—. Ese hombre era una belleza. Si nuestras compañeras se hubieran enterado, las mata la envidia, y algunas hasta hubieran intentado sacarte los ojos. Rico, simpático, culto, de buena familia. A gentleman.

—Sí. —Mariana cerró los ojos, todavía sonrojada.

—¿Y entonces?

—¿Y entonces qué?

—¿Por qué no seguiste con él?

—Porque no, porque era nuestro profesor.

—Pero en esa época no estaba casado.

—No. Tenía una novia muy bonita, que no es su esposa actual, pero lo que pasó entre nosotros no era de noviazgo, no, y menos de matrimonio.

—Just sex —concluyó Elena.

—No digas eso —pidió Mariana, apenada con Javier.

—Está bien —sonrió—. Digamos que era un inocente y sublime deseo. —Estiró el cuello, burlona.

—Un sublime deseo está bien, aunque lo digas en broma.

—Por los sublimes deseos. —Elena propuso el brindis.

Javier se unió, dubitativo. Por razones que no sabía precisar, que tenían que ver con alusiones y confidencias entreoídas, podía aceptar que su padre no hubiera protagonizado la primera experiencia sexual de Mariana. Era algo que Alejandro Guzmán aceptaba con tanta tranquilidad, que a veces, por molestar, decía que se había resignado a ser el último de la fila. Su expresión compungida se transformaba en carcajada cuando recibía la protesta de unos puñetazos inofensivos. Al levantar su vaso, Javier quiso, sobre todo, ayudar a Mariana a superar un momento que le parecía muy vergonzoso. La vio sonreír, apenada, tal vez agradecida, y pasó un sorbo de jugo con la cabeza baja. Aunque no esperaba enterarse de algo tan íntimo en semejante circunstancia, ser testigo del diálogo de las dos mujeres y parte de su evidente complicidad lo complacía. Era como si de pronto lo estuvieran tratando como a un igual, como adulto, y él quería demostrar que lo era, asimilando la revelación con madurez, sin escandalizarse. Por un momento jugó con la idea de que poseía información que su padre nunca tuvo. Descartó esa posibilidad y se obligó a volver a la pantalla del celular. Quería lucir normal, conforme con lo que había escuchado.

—Yo al que siempre detesté fue al doctor Ospina. Viejo morbosos. An asshole —gritó Elena y siguió burlándose de ese y de otros profesores de la facultad de medicina.

A la mesa de al lado, situada bajo la cabeza de un elefante, llegó un hombre alto y canoso con dos jóvenes muy maquilladas, ambas vestidas con minifaldas brevísimas y camisetas de escote generoso, que reían una y otra vez, como si las palabras que no entendían fueran humorísticas. De más de setenta años, el hombre hablaba un inglés repetitivo, intercalado de *youknows*, y las tocaba sin recato, seguro de que la respuesta a sus caricias sería una sonrisa. Javier pausó un nivel nocturno de *Plantas contra zombis* y se dedicó a mirar a las dos muchachas y a decidir cuál le gustaba más. Una era una mulata delgada y con implantes de silicona en el pecho. Su mímica facial, excesiva, le molestó muchísimo, tal vez por lo torcidos que tenía los dientes, pero abría los muslos al ritmo del sonido ambiente, que después de una interpretación de Frank Sinatra era música tropical orquestada. La otra tenía rostro aindiado, muy pálido, y aunque comenzaba a engordar, había algo en sus ojos achinados que hacía pensar en que tenía hambre. Conservaba unidas las rodillas, bajando el borde de su minifalda cada tanto. En la cara interna de la pantorrilla derecha tenía un óvalo

oscuro, cicatriz de la quemadura causada por el escape de una motocicleta. No pudo decidirse por ninguna de las dos; ambas lo atraían, ambas le daban asco.

—Esa manteca se te está yendo directo a las arterias del miocardio.

Mariana tragó su bocado:

—Por eso empecé a ir al gimnasio. —Levantó los brazos. Había pedido punta de anca, enfatizando que quería un corte con buen borde graso. Las partes hondas de su plato estaban a punto de completar el círculo de aguasangre.

—Con razón te ves tan bien. ¿Hace cuánto te estás torturando?

—Siete meses, y no es ninguna tortura —respondió firme—. Me relaja mucho y entro en contacto con gente distinta a la del hospital, que me habla de otras cosas. Me encanta el spinning, y cuando tengo tiempo me quedo en el baño turco un rato.

—Pues se te notan los siete meses.

—No me mires así. ¡Morbosa! —protestó, sonriente.

—Solo estoy diciendo que estás muy bien, nada más. Tú ya no me gustas: eres un vejstorio, te pintas las canas y tienes un hijo de quince años —Elena arrugó la nariz—. Te elogíé porque quiero mejorar las relaciones entre nuestros países hermanos —agregó burlona.

—¿Qué tal está el pescado?

—Wonderful. —Elena levantó la mano derecha con el pulgar y el índice formando un círculo—. Pruéballo.

Mariana hundió su tenedor en la carne blanca.

—Delicioso —asintió—. El pescado le encantaba a Alejandro —dijo. De pronto, consciente del tiempo verbal que había usado, cerró los ojos. Cuando levantó la cabeza, evitó la mirada de Javier.

—Sí. El pescado es delicioso en todas sus presentaciones. Y si es fresco, mucho mejor —afirmó Elena, tratando de aligerar la situación.

—Sí. Cuando Alejandro vuelva, es lo primero que querrá comer. Se lo voy a preparar tal como le gusta, con ensalada de mango y sus buenos patacones.

—O lo traemos aquí a comérselo. Yo pago los tiquetes. Pueden volverse a casar —propuso.

Mariana trató de contestar, pero se contuvo para evitar el llanto.

—Yo lo organizo todo. Celebrarían sus bodas de... ¿Cuántos años llevan casados?

—Diecisiete. —Trató de sonreír.

—Dieciocho años. Bodas de cuarzo. Excellent. Ponemos la playa a brillar y la llenamos de rosas, hortensias, lirios y orquídeas, que hacen las mejores combinaciones. Antes me complicaba con miles de cosas, pero ahora me gusta trabajar con lo esencial. Y como siempre: algo viejo, algo nuevo, algo prestado, algo azul, como recomendaba la reina Victoria. Este muchacho ya puede ser lo viejo.

Mariana le agarró el antebrazo a Javier.

—Y lo nuevo tendrá que ser la lencería. Toda delicada, sexi, bien perfumada. —Cerró los ojos unos segundos, antes de volver a hablar—. Esta situación no puede durar mucho más.

—No sé. —Mariana sacudió la cabeza varias veces—. Mi suegra me jura que siempre hay alguien intentando negociar. Claro que a ella, y a todos, lo que más les preocupa es mi castidad —sonrió con amargura—, que yo le siga siendo fiel a Alejandro. Es una pesadilla eterna. Nuestra pesadilla. —Su mano sostenía la tenaza.

—Shit. ¿Y las autoridades qué?

—A estas alturas, nada. Al principio se interesaron mucho, yo creo que porque mi suegro ofreció una buena recompensa. Y por la hermana periodista. Pero ahora... Nada. Cuando llega el aniversario el comandante lee un comunicado en la radio. Nada. —Liberó el antebrazo de Javier.

Elena asintió muy despacio, varias veces.

—Okey. —Frunció la boca como si estuviera contrariada—. Lo cierto es que yo no hubiera sido capaz de hacer lo que hiciste tú.

—¿Qué?

—Lo de la llamada.

Mariana tomó su copa con las dos manos y bebió hasta acabar.

—Pero yo ni pensé en lo que estaba haciendo. Además yo no hice nada, solo oí... Oía —reiteró y compuso el cuerpo para acometer un relato que había repetido varias veces—. A Alejandro lo secuestraron en la carretera que va hacia la finca de sus padres, La Verbena. No iba a nada, por un racimo de plátanos o unas mandarinas. Por algo así. A veces hacía eso, solo por el placer de manejar la camioneta. Le gustaban la carretera, el paisaje, y parar por ahí a tomarse una cerveza y saludar a los vecinos. En esa vereda se conocen todos y la gente lo quiere.

—¿Y qué decía?

Mariana suspiró:

—Al principio creyó que los que lo detenían eran de la policía o el ejército y me iba a cortar, pero algo sospechó y dejó el teléfono funcionando. Después lo empezaron a insultar.

—¿Y por qué?

—Porque sí, porque no se bajaba rápido de la camioneta. Porque no les confirmaba que era Alejandro Guzmán. Porque encendió el motor... Porque no se quería dejar agarrar. Le pedían la billetera, que les mostrara los documentos, y él hacía preguntas, las mismas preguntas una y otra vez: ¿quiénes son ustedes? ¿Qué quieren? Una y otra vez. Una y otra vez... Y se resistía, y también los insultó. Mucho. Uno de ellos lo conocía. Fue el último que le habló, o más bien el último que yo oí que le habló. Primero le ordenaron que se dejara vendar y Alejandro protestó, protestó mucho. Yo me imaginó que movía la cabeza con violencia. Pero lo vendaron, y después el tipo le dijo: “Tranquilo, doctor. Solamente vamos a caminar un rato”.

Así le dijo, como si fueran viejos amigos. Por eso los investigadores se concentraron en los trabajadores de la finca, en los que salieron mal salidos. Pero no averiguaron nada que sirviera. Se dieron cuenta de que Juan Bautista, el capataz, un tipo simpatiquísimo y muy servicial, al que todo el mundo quería, robaba abono y otras cosas. Escondía una fortuna en una caleta en la parte alta de la finca, cerca del cafetal, pero lo único de lo que se lo podía acusar era de eso, de robo. —Levantó los hombros—. Interrogaron mucho a los campesinos que habían crecido junto a Alejandro, pero tampoco descubrieron nada, por lo menos que yo sepa —añadió Mariana. Evitaba mirar a Javier.

—Fuiste muy valiente. —Elena había tomado el cuchillo y lo movía sin razón, como si algo le impidiera soltarlo.

—Yo no hice nada, solo oía —dijo Mariana, inconforme—. Ni siquiera grité. No sé por qué no grité. Alejandro los interrogaba, tratando de que le revelaran si eran de la guerrilla... No sé, algo, pero le respondían con insultos, sobre todo cuando les decía que él no tenía dinero. Y no tenía. No tenemos. Todo es de sus padres, y yo creo que no es tanto. El doctor Guzmán es de esos negociantes que siempre deben mucho. Una de mis cuñadas está casada con un industrial y las otras trabajan en sus profesiones, como yo, por un sueldo. Ángela gana mucho, y en dólares, pero nosotros no tenemos nada. Nada. —Su gesto era de impotencia—. Alguien se enfurecía mucho cuando se los decía y yo me fruncía, segura de que iba a oír el disparo. —Contuvo el llanto—. Los momentos de silencio fueron los más duros. En los primeros pensaba de todo: lo golpearon hasta dejarlo inconsciente, descubrieron el celular y lo apagaron, se acabó la batería... Y de pronto su voz, alterada, temblorosa... O cualquier ruido, cualquiera. Cualquier ruido se me volvía una ilusión, la fantasía de que todo iba a terminar ahí, en ese instante.

—... Okey.

—Alejandro debía tener la esperanza de que yo oyera algo que pudiera servir para ubicarlo, para salvarlo. Pero no. No. No serví de nada —enfaticó—. Yo estaba ahí, pegada del celular, pidiéndole a uno de mis compañeros de trabajo que llamara a la policía por su teléfono, sin atreverme a apagar el mío, aunque ya no oyera nada. Oí hasta lo que dijeron los que encontraron la camioneta, que no podían ser más brutos ni más imprudentes. —Se endureció su rostro.

—¿Y qué pasó después?

—Todo. Todo y nada. —Miró a Javier—. Su padre se pasó una semana exigiéndome que me acordara de algo útil, algo que guiara a los investigadores a cualquier parte. Una pista. Una pista —elevó la voz y se puso la palma de la mano sobre la boca—. Es una persona acostumbrada a mandar, a imponerse. Me pasé días y días en vela, recordando, pensando. Al final yo creo que me inventaba cosas que no había oído. Lo que recuerdo con claridad es la cara de asombro de mi compañero de turno, y que una de las enfermeras trataba de que un anciano herido se sentara en una silla de ruedas para llevarlo a rayos X. Recuerdo lo que veía. Puedo decir quiénes

fueron llegando a Urgencias y cómo estaban vestidos. Cosas que no sirven para nada. Para nada. —Guardó silencio durante unos segundos—. Quince días después, su madre y yo fuimos a una fonda tradicional de la región, un negocio de esos en los que venden de todo, para campesinos, con la esperanza de que alguien nos dijera algo. Tomamos café durante horas, hablando, calladas, esperando que alguien se acercara por piedad, o por lo que fuera, por dinero, y nos diera una pista. Y mucha gente se acercó, gente que conocía a Alejandro o a sus familiares, y nos dijeron que sentían lo que había pasado y que nos deseaban lo mejor. La dueña del sitio hasta lloró con nosotros. Ya. Eso fue todo, una decepción. Volvimos tristes, muy tristes. —Trató de serenarse—. Por esos días fue un psicólogo a ayudarnos a Javier y a mí.

—¿Y sirvió de algo?

—Sí. A la larga, sí. Hablamos mucho. Fue muy solidario. Convenció a mi suegro de que me dejara volver a trabajar. El doctor Guzmán —pronunció con solemnidad que era desdén— quería encerrarme, no sé, que me dedicara a tejer o algo así, enterrada en la casa, esperando.

—Machista.

—Y posesivo, y dominante —suspiró—. Una hora y media después del secuestro, la policía me llevó a donde ocurrió todo. Es una curva en la carretera. Un sitio bonito, muy arbolado. Hay una quebrada a cien metros. El celular de Alejandro estaba sobre el asiento del conductor. Muerto. La policía revisaba huellas en la tierra y en el pasto. Decían que se lo habían llevado hacia la cordillera, por uno de los viejos caminos de arriería, pero unos días después uno de los investigadores me aseguró que tenían indicios de que tal vez no salieron nunca de la carretera. Quería saber si Alejandro había mencionado algo de otro vehículo.

—¿Y lo hizo?

—No. Y yo no recuerdo haber oído el sonido de un motor. Él se pasó todo el tiempo tratando de que los secuestradores le dijeran quiénes eran. Les gritaba. Yo lo oía cuando ya estaba lejos de la camioneta. Los insultó mucho —repitió y cerró los ojos—. Yo no grité en ningún momento.

—Okey. —Elena asintió y levantó la cabeza—. Okey. Yo creo que ya es hora de que sigamos adelante —propuso sonriendo.

—¿Qué quieres decir? —preguntó Mariana, desconcertada.

—Tranquila... —Elena adelantó la mano derecha hasta alcanzar el antebrazo de su amiga.

Una de las meseras se acercó con una torta de chocolate. Javier recordó que también era la preferida de su padre.

—Feliz cumpleaños —dijo Elena, sonriente.

—Feliz cumpleaños —repitieron las tres meseras empujándose, jugando un poco, listas para cantar.

Un hombre joven, vestido con ropa de safari, se acomodó en el banco del piano y se dispuso a tocar *Happy Birthday*.

TRES

Javier cruzó el pasillo, se lavó la cara y le aplicó una capa generosa de protector solar. Pensaba exagerar las felicitaciones recibidas en El Safari, hacerlas más entusiastas para Carlos Ricardo. Afirmaría que una de las meseras, la más alta —Marisol, decía en el gafete—, lo había sorprendido con un beso en el ángulo de la boca. También inventaría algo sobre las prostitutas, aunque, al besarlo, evitaron cualquier contacto distinto al de la mejilla. Le extrañó que profesionales del trato venéreo —le gustaba ese término desde que el profesor de español explicó lo que significaba— fueran tan cuidadosas. El extranjero aplaudió sin levantarse, sonriendo con su dentadura imperfecta. Sobre la servilleta de tela había dejado la peineta dorada de la que se sirvió para trincar las chuletas de cerdo.

Mensaje de Carlos Ricardo: “Esta noche habrá pijamada en mi casa”. Consideró varias respuestas pero no se decidió por ninguna. Tenía claro que se tardaría en revelarle que sabía que le estaba vedado el acceso. Se quedó mirando el rostro de su padre. También aparecía en su computador y en varios sitios del apartamento en el que vivían. Casi siempre se trataba de una foto en colores en donde se veía con el pelo más bien largo, barba de dos días y los ojos entrecerrados por el sol; parecía reírse de una maldad que acabara de hacer. Se la habían tomado en La Verbena, el día que le celebraron los cuarenta años, siete meses antes del secuestro, contagiosa su expresión de alegría. Tal vez por eso era la imagen que preferían en los periódicos y en la televisión. Había sido una fiesta muy especial porque, como a todos los nacidos el 29 de febrero, cada cuatro años le festejaban con particular entusiasmo. Además, estaba feliz de llegar al “cuarto piso” tan sano y con tantas ganas de vivir. “Ya me puedo alargar el pantalón”, repitió varias veces, mirando a su padre, que no dejó de acariciarse la barba entrecana. Sus siguientes cumpleaños, incluso el último, otro 29 de febrero, los conmemoraron con una misa y grabándole mensajes que terminaban en un canal regional, youtube y una emisora. Javier había escogido para su mesa de noche una fotografía en blanco y negro: recostado a un árbol, muy delgado, el sombrero de iraca echado hacia atrás, la camisa abierta, el pecho y el abdomen velludos, sostenía el cabestro de su yegua, Hipotenusa. Debía tener dieciséis o diecisiete años y se veía relajado, retador. Era el adolescente caprichoso que le había puesto semejante nombre a una potranca recién parida. Quería recordarlo así, alejado de cualquier compromiso, de la rutina. Alejandro Guzmán era un hombre muy entregado a su trabajo de venta de materiales e insumos agrícolas, y por gusto distribuía sillas para montar, que confeccionaban pequeñas empresas familiares de la región, a las que incluso subsidió. Con idéntica responsabilidad trataba los asuntos domésticos, y Javier tuvo que aceptar su acompañamiento a la hora de cumplir con los deberes escolares, sobre todo los de física y química, cuando sus resultados en las evaluaciones periódicas fueron deficitarios. Y era un excelente profesor: avergonzaba entenderlo todo después de que él lo explicaba de una manera tan sencilla, convencido de la importancia de aprender. Solo cuando jugaba con Javier se daba la posibilidad de regresar a la niñez y olvidarse de lo que era normal y práctico en su

vida, como cuando despegaba en su modelo del Halcón milenario e inventaba aventuras derivadas de *La guerra de las galaxias*, siempre protagonizadas por Han Solo, o cuando arruinaba sus zapatos en la cancha múltiple del conjunto residencial, reeditando sus años de futbolista aficionado. En diversas oportunidades los periodistas le habían preguntado por él y Javier se acostumbró a dar una respuesta que sonaba bien cuando la reproducían, en la que siempre resaltaba que era un hombre sencillo y trabajador y un gran padre, y pedía su liberación tan pronto como fuera posible, pero le gustaba más acordarse de sus días en la finca del abuelo, recorriendo los pastizales, nadando en el río, montando a caballo o jugando fútbol. Su padre narraba las acciones con exagerado acento porteño y vocabulario rimbombante, como si fueran un episodio más de ese partido al que habían asistido en el estadio de Boca Juniors, mientras Mariana se entretenía en un centro comercial con amigos comunes, entre ellos Ernesto, el hermano de Elena. También lo emocionaba recordarlo acercándose al trapiche de caña de azúcar para disfrutar de la melaza antes de que la convirtieran en panela. Le encantaban los dulces y las frutas, y compartirlos con él, descontrolada su glotonería. Cuando comían zapote, dejaban que las jugosas fibras les tiñeran las manos y la cara. A veces Mariana se les unía, pero movía los dedos con esa exactitud médica que huye de la mugre.

—Van a manchar las camisetas —advertía sin hostilidad, solo por hacerlo, y Alejandro la perseguía por el corredor enchambrado.

—Te atrapó la momia —le decía con voz cavernosa, asiéndola por la cintura.

Mariana se liberaba con fingida brusquedad y se quitaba la camisa para golpearlo con ella. Lo correteaba unos segundos y de pronto, consciente de su relativa desnudez, iba a cambiarse.

—Y a ti también te va a agarrar Ale-Jan Dronk, el temible faraón de la dinastía Gu-Guz-Man, que revive cada cuatro años. —Levantaba los brazos.

Así quería y podía evocarlo Javier, siendo padre y jugando. Así le gustaba hacerlo.

—Hello —saludó Elena desde la puerta. Se había puesto un overol verde y una camiseta amarilla de mangas cortas. Tenía el cabello mojado y usaba menos maquillaje que en la mañana—. ¿Todo bien?

—Muy bien —sonrió, tratando de complacerla.

—Creo que es verdad que Mariana ya no toma ginebra. —Entró al estudio despacio, como si esperara ser autorizada.

Javier asintió:

—Lo único que hace es trabajar. Se deja programar casi todos los trasnochos y últimamente hasta ayuda en las cirugías de emergencia.

—Siempre ha sido una mujer muy juiciosa, perfeccionista. The very best —dijo Elena con admiración, pero también como si en el fondo lo considerara un defecto—. ¿Te han felicitado mucho hoy?

—No, no mucho. Hace un rato me llamó la tía Ángela de Nueva York.

—Te quiere.

—Sí. Dice que le recuerdo mucho a mi papá. Mis compañeros del colegio se mueren por ella. —Alguna vez Carlos Ricardo silueteó su rostro de la publicidad de un noticiero, se lo acomodó al cuerpo de una actriz porno e instaló el resultado como fondo de pantalla en su teléfono móvil.

—Natural; she's so pretty.

—Sí —asintió varias veces—. Me dijo que me tiene un regalo.

—¡Qué bien! Hoy yo tengo que esforzarme para encontrar algo que te guste.

—No es necesario. —Sus ojos derivaron hacia el vacío que dejaba el overol entre la espalda y la cadera, toda una invitación para las manos.

—No sabía que te gustaban los quinceañeros —dijo Mariana desde el corredor, sobresaltándolos.

—Ni yo —respondió Elena, sonriente, y abrazó a Javier—. Te ves maravillosa.

—Gracias. —Mariana dio la vuelta con expresión satisfecha en el rostro, pero en los movimientos de su cuerpo había algo tímido, de niña inexperta. Una camisa blanca se alargaba sobre el pantalón corto color caqui. Las sandalias cafés tenían correas delgadas y muy poco tacón.

—Pareces descalza; una adolescente en vacaciones —concluyó Elena.

—Soy una adolescente en vacaciones. —Mariana se puso las gafas oscuras y los miró por encima del borde superior—. ¿Para dónde vamos?

—Creo que es una buena hora para ir a la ciudad antigua; ya pasó el bochorno. ¿Les parece si salimos ya?

—Me parece muy bien —exclamó Mariana, exultante. De su hombro colgaba un pequeño bolso de tela cruda.

Javier se resignó a que su mano perdiera contacto con la cintura de Elena.

—De muchas de estas casas no quedan sino las fachadas. Están huecas, esperando a la estrella de Hollywood que las quiera comprar —afirmó Elena ya dentro del conjunto amurallado. Los amplios caserones coloniales, muchos restaurados y con balcones llenos de flores, otros a punto de derrumbarse, angostaban las calles empedradas—. El sitio les va a encantar —dijo Elena, y se puso al final de la fila—. Casa Gould es una reliquia y han hecho todo lo posible por conservarla. —Oprimió el botón rojo y el aparato expulsó la tarjeta de parqueo—. Durante mucho tiempo perteneció a los dueños de la mina de Santo Tomé, pero ahora es de una corporación con capital privado y dineros públicos. —Buscó un lugar para estacionar y retrocedió el vehículo hasta que las llantas rebotaron en los topes de cemento. El timbre de un mensaje de texto hizo que abriera su bolso y sacara el celular. Revisó la pantalla y lo volvió a guardar—. Este programa te hubiera encantado; creo que a ti también —miró a Javier—. Aquí a la vuelta queda la sede principal del Bazar Anzani, una tienda exclusiva que vende... ultramarinos, hubiera dicho mi padre. Cosas importadas, sobre

todo cristalería, cubiertos finos, ropa y lencería. Tienen almacenes por toda la ciudad, uno grandísimo al norte, en Los Hatos, donde también exhiben muebles. Cada mes y medio o dos, organizan desfiles de ropa interior femenina que se han vuelto solicitadísimos. Acondicionaron una sala con gusto un tanto decadente, en mi opinión, y contratan modelos top, con esos cuerpos perfectos que solo tienen las mulatas. Son muy estrictos con las invitaciones.

—¿Y es hoy?

—Sí, en media hora —consultó su reloj plateado—. Hay música y pasabocas, buenas bebidas. A veces regalan perfumes, pañuelos, productos de aseo íntimo.

—Si quieres, nosotros te podemos esperar aquí, mientras te desocupas. Perfectamente.

—No, no te preocupes. No me conviene ir hoy por allá. Hay... Hay una modelo con la que tuve un pequeño malentendido y le quiero dar largas al asunto, que se enfríen los ánimos. Si les parece bien, demos una vuelta por Plaza Mayor y después venimos a tomarnos algo. —Tomó su bolso y bajó del auto.

—Claro que nos parece.

Al amplísimo parqueadero lo dividía un paseo peatonal cubierto por una pérgola tomada por las enredaderas. En la glorieta central tres naranjos sombreaban los macizos de adelfas.

Habituado a entrenar con el equipo de fútbol de su colegio, Javier extrañó el agotamiento que sintió durante el paseo por Plaza Mayor y sus alrededores. Elena los llevó de un lado a otro tratando de hacer interesantes las fachadas de estilos neoclásico y art nouveau con historias —conspiraciones, asesinatos, batallas— condimentadas con apuntes irónicos. Después de caminar por encima de un sector de las murallas, la superficie pavimentada sin mucho decoro, y contemplar desde allí las edificaciones del centro histórico y un horizonte lechoso en el que apenas se adivinaba el mar, el capricho los llevó a la recepción del hotel boutique que se había tomado el antiguo convento de los dominicos, más severa de lo que esperaban, y también más fría, y a curiosear bajo los arcos del ayuntamiento, ocupados por puestos ambulantes en los que se vendían dulces de papaya, melón, coco, tamarindo y corozo. Elena despidió a los promotores turísticos, incluso a uno que ofrecía descanso en armonía con la naturaleza en las estribaciones del Higuerota, visitando los poblados indígenas. También rechazó las bolsas de agua con las que querían atraerlos a una carpa instalada en uno de los costados de la plaza, en la que amarraban a los incautos a un programa de vacaciones compartidas en un complejo hotelero que estaban construyendo a diez kilómetros de Esmeralda, frente a una playa que se atrevían a catalogar de “virgen”.

—Tampoco debes comprar los abonos para la temporada taurina —se burló Elena, cuando pasaron frente a la plaza de toros, pintada de blanco para resaltar los arabescos en ladrillo rojo de la fachada y las almenas.

—Ni apostar en las riñas de gallos, supongo —replicó Mariana, en el mismo tono.

—Que también las hay, no lo dudes.

—Casi nunca compro nada de lo que me ofrecen —explicó—, pero me siento mal cuando me niego a escuchar a la gente. Lo mismo me pasa con los pordioseros, y me gano tremendos problemas. Uno me sentó frente al apartamento, en Navidad, a sus cinco hijos, para que yo fuera su Santa Claus. —Mariana negó con la cabeza—. Y a otro al que le daba una moneda cada que me lo encontraba, tuve que quitármelo de encima porque le pidió al mesero de un restaurante que me llamara a la puerta porque tenía una urgencia. Yo estaba en un almuerzo con las directivas del hospital, me vio por el ventanal y se sintió autorizado para exigir que yo saliera. ¿Te imaginas? Mis compañeros se morían de la risa y yo me enfurecí.

—Eso me gustaría verlo: tú furiosa.

—Te aseguro que no te gustaría verlo. Alejandro dice que no conoce a nadie que se transforme de manera tan dramática. Que yo soy su Hulk.

—Eso sí es una belleza de piropo. ¿Y te pones verde y todo? —preguntó Elena.

—Cuando paso mucho tiempo de turno, sí. “Verde trasnocho”, le dicen mis compañeros de trabajo.

Javier volvió la cabeza hacia las imponentes puertas de vidrio esmerilado del Bazar Anzani, empotradas en una estructura de cemento burdo. Esperaba ver a las modelos que desfilaban la ropa interior. Tenía la ilusión de poderles tomar una foto que se uniera a las de las turistas que le habían llamado la atención durante la caminata. Estaba descubriendo que el calor y el hecho de estar lejos de sus casas hacían que las mujeres dejaran de lado mucho de su recato. Paseaban en diminutos bikinis por entre los viejos edificios ocupados por oficinas públicas, o usaban con toda tranquilidad prendas que nunca se pondrían en sus ciudades: camisas traslúcidas o escotadas, minifaldas, pantalones cortísimos. Mujeres que él imaginaba muy pudorosas vagaban por la plaza abrazadas, riendo sin medida, con los cordones de las piezas superiores de sus vestidos de baño desatados, a punto de exponer la blancura de un seno. Desprevenidas, se olvidaban de ocultar la barriga o la grasa que les colgaba en la parte baja de la espalda, la piel de naranja que afeaba sus nalgas y muslos. Era una conducta que a veces observaba en el club, cuando iba a nadar, y que siempre lo impresionaba. Cuando la comentara con Carlos Ricardo la llamaría “La teoría de la relatividad”, y la atribuiría a la conjunción del sol y el agua.

Un bullicioso grupo aplaudía el relato de su guía sobre la mina de Santo Tomé y los carros con lingotes de plata que salieron de sus entrañas. Los animaba el cálculo de los millones de dólares que significaban cada uno de esos carros, multiplicados por el número de carros que arrastraba cada tren, a su vez multiplicado por la frecuencia de los trenes que llegaban cada semana hasta el puerto y la cantidad de barcos que abandonaban el golfo Plácido un mes tras otro con su valioso cargamento, rumbo a San Francisco.

Desde lo alto de la escalinata que conducía a la recepción del periódico *El Porvenir*, Javier hizo una panorámica de la plaza, tan grande como cuatro o cinco

campos de fútbol. Una súbita ráfaga de viento hizo que restallaran las banderas blancas con flor amarilla en el centro, rodeada por una corona de laurel, que pregonaban patriotismo a lo largo y ancho de la plaza. Elena se rio de una de sus propias ocurrencias y les hizo señas para que se acercaran.

—Si quieren comprar artesanías u objetos de arte, podemos caminar un rato por aquí —señaló una calle que ascendía en curva—. Esta es la Calzada de la Virreina, y termina en una plaza muy bonita, en la que hay cafés, restaurantes, centros culturales, hasta hay una catedral del té y un museo del jade. El año pasado reinauguraron la Alianza Francesa. En esa casa hay un jardín precioso, muy bien cuidado y tranquilo, al que le dicen el Espejillo de la Virreina.

—¿Por qué?

—No recuerdo... Es una leyenda tradicional de esas románticas, con heroína lánguida y amante secreto —sonrió—. Los bares que le gustaban a don Jacobo también quedan en el vecindario, en una calle que ahora llaman De los Anarquistas, porque a principios del siglo xx por ahí vivían unos asturianos y unos vascos que tenían fama de eso, de anarquistas, y que ayudaron a que se formara el sindicato en la mina de Santo Tomé. La zona está llena de hostales para extranjeros —concluyó, y movió la cabeza a lado y lado, como si algo escapara de su descripción—. Creo que no soy muy buena guía, ni la más informada. La historia de este país es como la de cualquier otra banana republic: tragedia y folclor, ricos muy ricos y pobres muy pobres. —Levantó los hombros.

Un carruaje tirado por mulas blancas los superó por la Calle de la Constitución y Javier vio que una de sus ocupantes era la rubia con la que habían volado. Un crucifijo dorado colgaba de su cuello y le rozaba los pezones, muy sensibles bajo la camiseta esqueleto. Llevaba el cabello recogido en trenzas, a las que tensaban pequeñas esferas plásticas.

—Qué chica tan alegre —dijo Elena, burlona—. Debe estar buscando un negro bien dotado que la suba al Valhalla.

—¡Elena! —protestó Mariana, y le clavó un codo en el costado.

—¿Y tú a qué crees que vienen estas chicas nórdicas? Una cosa sí te voy a decir: las que quedan en embarazo y lo llevan hasta el final tienen unos niños preciosos, que al cabo de los años vienen a buscar a sus padres, y lo que encuentran es una mulata que los hace muy felices y los obliga a casarse para conseguir el pasaporte europeo. —Los invitó a subir las escaleras de piedra. Desde un zaguán abovedado, la casa del siglo xvii abría sus salas hacia ambos lados.

—Buenas tardes y bienvenidos a Casa Gould, patrimonio cultural de la humanidad —los recibió una mujer de elevada estatura y piel canela, vestida de blanco bajo un liviano chaleco gris—. ¿Mesa para tres?

—Sí, por favor.

—En el ala derecha hay una reunión con sonido amplificado, así que puede ser más cómodo que elijan mesa del lado izquierdo. ¿Les parece bien? —preguntó con la

veloz cadencia de las costas, que suprime letras.

—Okey —respondió Elena y se quitó el sombrero de iraca. Mariana la imitó. Javier decidió conservar la cachucha del Real Madrid.

Caminaron por una galería que miraba al patio cuadrangular, enmarcado por los amplios arcos de la construcción. Adosados a la barandilla de hierro forjado había materos altos, en su mayoría colmados de flores blancas, rojas y lilas.

—Tomen asiento, por favor —se acercó un mesero—. En seguida les traigo la carta.

—Muy bien, pero adelántenos tres ginebras con tónica.

—Cómo no, señora. ¿También para el joven?

—Es carebonito, pero no es tan joven —afirmó, aguardando la protesta de Mariana.

—Correcto, señora —se inclinó el mesero, que parecía reconocer a Elena. Su uniforme: camisa blanca, chaleco gris, pantalón ancho y polainas de cuero, hacía pensar que se acababa de bajar de un caballo—. Tres ginebras con tónica. Permiso.

Elena sonrió, triunfante:

—En la carta solo hay pizzas y creps, y pocas cosas más. —Se acomodó en la pesada silla de madera y cuero—. Los mejores de la ciudad, eso sí. Se supone que desde hace siglos funciona una panadería aquí debajo y que las fórmulas secretas vienen desde entonces —dijo incrédula y se recostó en el respaldo, muy recto, con expresión satisfecha—. Lo cierto es que lo que de verdad vale la pena aquí son los postres y los dulces. Muchos los preparan según las tradiciones árabes, con hojaldre, pistacho, nueces, ajonjolí, miel de azahar. Deliciosos —recalcó.

Javier se alegró de tener puestas las gafas oscuras. Sus ojos escrutaban a la pequeña multitud que se aglomeraba en el patio. Más allá de las alambicadas rejas de la casa, en medio del adoquinado de la Calle de la Constitución, brillaban los rieles de un tranvía pintado de blanco y verde que cada cinco minutos se detenía para dejar a una veintena de personas. Guías de todos los tipos trataban de atraer a los turistas.

Con mucha ceremonia, el mesero sirvió los tres vasos y un recipiente cónico con trozos de mango maduro. Cuando se retiró, Mariana apuró buena parte del trago de Javier:

—Te estoy protegiendo —se rio.

Un grupo de muchachas, la mayoría de ellas usando pantalones cortos y minifaldas, armaban algarabía mientras se tomaban fotos. Javier aprovechó su posición para grabar un video con el teléfono bajo, casi a ras del suelo.

—Como pueden imaginar, estamos en uno de los sitios más emblemáticos del centro histórico. —Elena adoptó expresión y tono eruditos—. Al frente tenemos el maravilloso Museo Avellanos —señaló la severa fachada gris de una casa de una sola planta—, uno de los más importantes del país, con una colección muy completa de documentos sobre el proceso de independencia que nos separó de ustedes: el centro mundial del aburrimiento —sonrió maliciosa y señaló la fila de escolares que

atravesaba las sólidas puertas de madera—, y si caminan hacia la plaza de toros se van a encontrar con el Club Aristocrático, el más exclusivo de la ciudad, el del arzobispo estorbando, que olvidé mostrarles en el recorrido de hace unos minutos, y no fue un acto fallido ni un arrebató de conciencia social, no, fue un olvido que espero me disculpen. —Hizo una venia—. Mil gracias por su atención y me encantará responder a sus preguntas y aceptar cualquier tipo de propina que quieran dispensarme.

Mariana la aplaudió un par de veces, sonriendo:

—Muchas gracias.

—De nada, madam. —Bebió un trago generoso—. Como ustedes lo pueden notar, todo es menos espectacular en vivo y en directo que en los televisores de alta definición —aludió a las pantallas que colgaban de las paredes amarillas. En una disputaban el balón dos equipos italianos de fútbol, en la otra, una presentadora maquillada y peinada para parecer de mayor edad hablaba superpuesta a una imagen de la Casa Blanca—. Y también un poco más sucio, más desordenado. Más autóctono, aunque tal vez no —concluyó.

—Exagerada —dijo Mariana, divertida, y levantó su vaso—: eres una guía muy servicial.

—Y muy bien enterada de lo que pasa en este país del Sagrado Corazón de Jesús.

Cansado de la conversación de las dos mujeres, Javier se disculpó y fue hasta el baño. Era grande, con instalaciones sanitarias que pretendían parecer antiguas y estuco veneciano rojizo en las paredes. Tomó dos fotos desde la puerta y se metió en uno de los reservados. Navegó internet y reprodujo una escena que le había gustado días atrás: la de Freya Isles, supuestamente fornicando con el mejor amigo de su hijo. Envejecida a punta de maquillaje, también llevaba el cabello corto, cerrado sobre la mandíbula, con seguridad una peluca. Javier se masturbó en silencio y limpió su pene con papel higiénico. Después se lavó las manos muy despacio, decidido a librarse del olor del semen.

Mensaje para Carlos Ricardo: “Lo hice aquí”, y adjuntó las fotos.

Dos parejas maduras, los cuatro muy gordos, trataban de subirse en uno de los carruajes tirados por mulas blancas, sin volcarlo. Al final se acomodaron y uno de los hombres, consciente de que todo el mundo los miraba, levantó su sombrero texano y saludó, como si agradeciera la atención que les habían prestado.

—Tu inglés debe haber mejorado mucho desde que vives en Miami.

—Sí y no. Más bien no. Vivir en Miami es como vivir en un barrio de La Habana o de cualquier otro puerto latinoamericano. Lo que sí he aprendido es a cocinar en microondas y a hacerle una o dos cositas a la comida congelada para que no quede tan horrible. Mi inglés mejora cuando visitamos a los padres de Kimberly, en

Baltimore. Mi conducta también: parezco monja de clausura. Hasta me pongo más lesbiana —guiñó el ojo.

—Los suegros son un lío.

—¿Y ahora cómo te la llevas con los tuyos?

—Bien. Cada vez nos reunimos menos. Durante el primer año nos veíamos mucho, pero después no tanto. El doctor Guzmán quiso decidir sobre mi vida, controlarme, como hizo siempre con toda su familia, y tuve que poner límites. Yo siempre he creído que Alejandro no terminó agronomía porque él no se lo permitió; necesitaba que le ayudara en sus negocios. Pero nunca lo trató como a un verdadero socio, no lo dejó progresar. Es un hombre muy injusto —se lamentó. Mariana siempre tenía presente una anécdota que le contó Alejandro: siendo él casi un niño, su padre hizo una maniobra equivocada mientras conducía y un taxista lo increpó. En lugar de disculparse, sacó de debajo del asiento una pistola y lo amenazó. El taxista se asustó y su padre dijo, satisfecho: “Así hay que tratar a esta gente”. Esa era la imagen que Mariana tenía de su suegro—. Hoy por hoy lo único que le acepto es la afiliación al club, para que Javier pueda ir a nadar. Además, en algún momento insinuó que lo que había pasado era culpa mía, que yo debía conocer a alguien que conocía a alguien que pensó en la posibilidad del secuestro. La policía investigó; fue muy incómodo para mis amigos y mis compañeros de trabajo. —Miró a Javier—. La mamá nunca llegó a eso, es una dama muy fina, pero se ponía a llorar apenas me veía; era muy penoso. Es una mujer que colabora con obras sociales y al principio creyó que repetirlo en televisión una y otra vez podía contribuir a la liberación de Alejandro, pero los meses pasaron, y los años, y nada. —Se amargó su rostro. Cerró los ojos unos segundos—. Siempre me pide que le siga siendo fiel a su niño. A Javier lo quiere tratar como a un bebé. Una vez se le fue la mano con el diazepam y el vodka; la salvaron de milagro.

Elena abrió mucho los ojos.

—¿Y tus cuñadas?

—Son muy distintas todas. Me odian más las que son mayores que Alejandro. Creo que también sienten que les quitó a su niño. De todos modos tienen sus propias vidas, con sus problemas. Hasta Ángela, que ahora resultó diabética y se lo anda diciendo a todo el mundo de manera muy dramática: “Ya sé de qué me voy a morir” —imitó su acento—. Ya no puede tomar ginebra. —Levantó su vaso, sonriendo.

—Y menos con jugo de maracuyá, como acostumbábamos nosotras. No es una mezcla muy ortodoxa.

—Ese fue un período muy divertido de mi vida. La pasábamos muy bien, no te lo voy a negar.

—Sería el colmo que lo hicieras; yo fui testigo de lo bien que lo pasaste. Éramos terribles.

—Sí. Es difícil de creer que fuéramos nosotras.

Elena asintió:

—Ahora lo que tenemos que lograr es que a este muchacho no se le olviden sus quince.

—Estamos aquí, y pasando un día maravilloso, gracias a ti. Sus quince no los va a olvidar nunca.

—Pero podemos volverlos aún más i-nol-vi-da-bles —pronunció cada sílaba—. ¿Sabes qué hacía mi padre con mis hermanos?

—Me imagino —se tardó Mariana en contestar.

—Exactamente: los llevaba donde las putas. Creo que mucho antes de cumplir los quince. Y él sabía de putas. Debieron conocer a las más refinadas, y a las más bonitas.

—Yo no voy a llevar a Javier donde las putas, ni donde las más refinadas ni donde las más bonitas. Ni voy a dejar que tú lo lleves. ¿Está claro?

Elena se rio:

—No estaba pensando en eso.

—¿No? —Mariana trató de recordar si Alejandro le había contado cómo fue su iniciación sexual.

—No.

—¿Entonces en qué?

—En algo mucho más sofisticado, más exótico, más cool. Y con mucho menos contacto físico. Nada. Estaba pensando en proporcionarle un buen espectáculo —dijo abriendo los brazos con lentitud.

—¿Un buen espectáculo?

—Sí. Uno que además disfrutemos nosotras dos.

—¿Qué se te está ocurriendo? —preguntó Mariana, preocupada.

El choque del herraje de las mulas en el empedrado se hizo patente cuando la papayera que se había tomado el patio con sus instrumentos y su apariencia festiva terminó su interpretación.

—No pongas esa cara, que no es para tanto.

Mariana se recostó en la silla y entrecerró los ojos:

—¿De qué estás hablando exactamente?

—Del mejor de los shows. —Elena posó el índice de su mano izquierda sobre los labios, como para significar que no quería que le llevaran la contraria.

—Es una broma, ¿no?

Elena sonrió.

—Dame un minuto. —Apoyó las manos en los descansabrazos, pero durante unos segundos no se levantó. Finalmente lo hizo, con expresión divertida. Miró en varias direcciones, como si buscara a alguien. Antes de retirarse de la mesa, sacó las gafas oscuras del bolso y se las puso.

Mariana apuró su vaso hasta el fondo, incluso se metió un trozo de hielo en la boca y comenzó a moverlo con una brusquedad que hizo pensar a Javier que había bebido más de la cuenta, que estaba molesta, o ambas cosas. Elena parecía caminar

siguiendo un ritmo musical. Habló con uno de los vigilantes y, segundos después, se deslizó entre los grupos que colmaban la Calle de la Constitución, hasta un puesto de frutas que se recostaba a las rejas del Club Aristocrático. El diálogo con la mujer gorda, que se interrumpía cada que alguien se acercaba a comprar una tajada de piña o tiras de mango biche cubiertas con sal, lo terminó Elena con un apretón de manos. Subió los escalones de dos en dos. Se sentó sin decir nada, sosteniendo una sonrisa pícara.

—¿Y bien? —se impacientó Mariana.

—¿Qué tan mundana te sientes hoy?

—¿Mundana?

—Mundana, sí. Cosmopolita, desinhibida. Liberal —acarició las palabras—. ¡Obscena! ¡Hot!

—Elena: te repito que no pienso ir a un prostíbulo, ni dejaré que lleves a Javier.

—No vamos a ir a un prostíbulo.

—¿Y entonces?

—Vamos a contratar un show erótico.

El rostro de Mariana se elevó unos centímetros, las cejas muy juntas.

—¿Un show erótico?

—Sí. Uno muy bueno. Es a domicilio.

—Estás loca.

—¿Por qué?

Mariana negó con la cabeza, más pronunciada la arruga en su frente.

—No me gusta la idea.

—Eso lo entiendo, pero tú no eres la que está cumpliendo quince años. —Elena miró a Javier.

—Pero tengo al menor de edad a mi cargo —declaró Mariana con una voz que por momentos se ponía gangosa. Pensaba en qué opinaría Alejandro de la situación, en si otra vez tendría que sentirse padre y obrar en consecuencia.

—En eso tienes razón —Elena asintió varias veces—. Te voy a contar qué es lo que ofrecen y decidimos, o decides, ya que tú eres la adulta responsable, a cargo del adolescente —se burló—. Hay varios shows, con parejas, tríos, cuartetos, una orquesta sinfónica, si quieres. Llegan hasta donde uno pida, o más bien —hizo una pausa—, hasta donde uno pague. La mujer me recomendó uno que dice que es el más bonito, el más estético —precisó—. Es una pareja muy joven, chico y chica, que son bailarines. Con cuerpos espectaculares —aguardó un comentario que no llegó—. Ahh, y además se supone que son hermanos —pronunció la última palabra muy despacio.

—¿Hermanos?

—Un gancho publicitario bien retorcido, lo admito. Muy digno de nuestra idiosincrasia. Lo cierto es que son jóvenes y tienen montada una coreografía que la mujer me dice que es muy... estética. Son mulatos —agregó.

—¿Y qué incluye la coreografía?

—Lo que tú quieras y pagues. La más simple es una en la que hacen el amor de forma, digamos, normal, como si fisgoneáramos a nuestros vecinos. Pero pueden ser más imaginativos...

Mariana levantó las manos.

—No me expliques más.

Elena sonrió, misericordiosa.

—Todo es un montaje, nada más que un montaje —repitió con un gesto que quería ser tranquilizador—. Es como ir a una obra de teatro con muchos desnudos. Tú eras muy aficionada al teatro cuando estudiábamos.

—Al teatro, no a la pornografía. ¿Tú quieres regalarle eso a Javier? —pronunció con una combinación de asombro y desprecio.

—¿Y por qué no?

—Porque no.

—Good reason.

Mariana respiró profundo, como si necesitara hacerlo para tranquilizarse. Se mordió los labios.

—¿Te gustaría ese regalo?

Javier quería decir que sí, pero dudaba de la conveniencia de hacerlo. La situación era embarazosa y podía terminar siéndolo más, con erección incluida. Trató de que su rostro se viera lo más neutro posible.

—No me digas que no te gustaría —terció Elena—; he visto cómo has tomado fotos y videos durante todo el día, y estoy segura de que te mueres por ver desnuda a una de estas mulatas.

Javier sintió que se sonrojaba todavía más. Tragó saliva y enfrentó a Mariana:

—Estoy cumpliendo quince años.

—Todavía no los has cumplido; naciste a las once de la noche, y me hiciste sufrir mucho. Eso te hace todavía más menor de edad. —Fue obvio que Mariana trataba de controlar su mortificación—. No. —Cruzó los brazos afirmándose, defendiéndose.

—Es que no es nada —insistió Elena—. Si lo piensas bien, es una tontería. Eres médica. Sabes que el sexo es una actividad natural desde que el feto está en el vientre materno. Es la moral de los curas la que complica las cosas.

Mariana negó con la cabeza, los labios apretados. Años atrás había sido débil ante las propuestas de Elena. No quería sumar un nuevo arrepentimiento.

—Si lo piensas bien es una tontería.

—No es una tontería —reviró Mariana.

—¿Es o no es una actividad natural?

Mariana tardó unos segundos en asentir:

—Sí, pero es una actividad natural en privado —enfaticó—, sin público. Sin nosotros como público.

—A Javier le gustaría. Y será en privado.

El gesto de Mariana dejó muy en claro que no compartía el giro que Elena le había dado a su argumento.

—No me vas a convencer —dijo en voz baja y miró a Javier. Recordó, sonrojándose, que una semana después de comprobar que estaba en embarazo, Alejandro le propuso que grabaran un video de educación sexual para la hija que esperaban —al principio estaban seguros de que tendrían una niña—. “Somos jóvenes y bonitos y nunca tendrá mejores profesores”, argumentó, divertido. Mariana aceptó lo que entendía como un reto, como un juego. Se desnudaron mutuamente, alternando el uso de la cámara y una narración que pretendía ser científica. Hicieron primeros planos de sus genitales, acompañados de explicaciones anatómicas que los hacían reír, y se las ingeniaron para mostrar caricias, unas pocas porque rápidamente se olvidaron del objetivo de la grabación. Dos veces más intentaron continuarla, pero siempre se dejaron llevar por el deseo. Terminaron borrando el material que tenían. Lo que sí hicieron durante los primeros años de la vida de Javier fue bañarse los tres juntos, sin privarse de caricias menores, con pretensiones educativas.

—¿Entonces no? —preguntó Elena.

—Ene o.

—Estás de vacaciones. De vacaciones —exclamó—, y yo también. Sorry. What happens here, stays here.

—Como en Las Vegas.

—Como en Las Vegas.

Mariana negó con la cabeza otra vez. Su sonrisa era amarga.

—¡God! —exclamó Elena, exasperada.

Mariana miró un largo rato a Javier.

—¿Cuánto vale?

—Eso no tiene la menor importancia; yo invito. La tía Elena invita —extendió el brazo hacia Javier sin llegar a abrazarlo—. Es mi regalo de quince.

—¿De verdad quieres ese regalo? —preguntó Mariana.

Javier no respondió.

—Lo estás presionando —protestó Elena—. Es solo un sublime deseo.

Mariana se tomó la frente y cerró los ojos durante unos segundos. “Sublime deseo”. Aunque nunca lo había visto masturbándose, sabía que Javier lo hacía con frecuencia, quizá con demasiada, y lo consideraba normal. El técnico que reparó su computador meses atrás había afirmado, malicioso, que las fallas se debían a la visita de páginas poco seguras. Prefirió obviar el comentario. Nunca habían tenido una verdadera conversación sobre sexo, pero creía que sus actitudes eran suficientemente significativas. Muchas veces, al ver películas juntos, comentaba las escenas subidas de tono sin prejuicios, con la intención de ser científica, liberadora. Y también era muy abierta en la vida real, y al comentar las situaciones de su profesión.

Tal vez Alejandro lo hubiera hecho mejor.

Sin dar ninguna explicación, se paró y caminó vacilante hacia los baños.

—Estoy segura de que esto no está bien —Mariana bebió de su trago. Se oía resignada—, pero si es lo que quieres... Si es lo que quieres... Y no está bien, ni aquí ni en Las Vegas ni en ninguna otra parte. No está bien en ningún lugar del mundo —repitió y elevó el índice izquierdo. Se quedó así, como paralizada, durante unos segundos—. Perfectamente. Lo único que exijo es que todo se haga de manera que no implique riesgos para ninguno de nosotros.

Elena no disimuló su extrañeza:

—¿Riesgos? ¿Qué quieres decir?

—Son personas que van a entrar a tu apartamento, que van a saber dónde vives y cómo, e imaginarán cuánto tienes en el banco. Eso no me gusta, es peligroso. Nos pueden atacar, nos pueden robar. Te pueden chantajear después o hacerte otra cosa. —Pensó en la palabra secuestro, pero evitó decirla.

Elena meditó unos segundos:

—Tienes razón. Es sensato. La mujer —levantó la mano derecha hacia el patio— tiene fama de confiable, pero no te quito la razón. Podemos tomar algunas medidas de seguridad... —Se quedó pensando—. Si te parece bien, los podemos llevar a la cabaña que tenemos en la vía a Esmeralda, no al edificio. No es tan lejos.

—Pero que vayan vendados.

—¿Vendados?

Mariana asintió, determinada.

—No sé si lo acepten —dijo Elena, fastidiada—. Ellos también se están arriesgando.

—Si trabajan en esto, te aseguro que diariamente van a cuartos de hotel de mala muerte, y a los barcos que llegan al puerto. Deben conocer bodegas, camarotes inmundos. Y los contratan personas mucho más peligrosas que nosotras. Las vendas no deben de ser raras en su oficio.

Javier recordó varias escenas que había visto en internet. ¿En un video vendaban a Rihanna?

—Es probable —dijo Elena, dispuesta a convenir con casi cualquier cosa—; sí, pero es difícil saber quién es peligroso y quién no.

—Míranos —Mariana señaló a Javier.

Elena sonrió.

—Supongo que tienes razón. Todo se puede arreglar con dinero, no te preocupes. ¿Something else?

—La mujer va a quedar conociéndote. Y quién sabe quién más.

—¿Los mando matar?

Mariana la fulminó con la mirada.

—Cada vez paso menos tiempo aquí —afirmó Elena—. Kimberly y yo nos vamos a darle la vuelta al mundo en tres semanas, quién sabe por cuántos meses. Además, a este sitio solo vengo para cumplir con mis obligaciones de guía turística, que no son

frecuentes, y lo más probable es que no vuelva a tener clientes tan espléndidos como ustedes en muchísimo tiempo.

Mariana asintió de nuevo, y buscó con los ojos el trago de ginebra que ya se había tomado.

—¿Hablo con la mujer? —preguntó Elena.

—Si insistes en que ese sea el regalo. —Mariana estaba recordando a Estela, la menor de sus tías paternas, que una tarde, poco después de que cumpliera los quince años, le había dicho, en medio de una calle peatonal atestada: “¿Te das cuenta de que toda esta gente picha?”, y no se lo había dicho casualmente: en la familia era objeto de discusiones y hasta de burlas la pudibundez de los padres de Mariana y cómo se habían podido complementar dos personalidades tan reservadas, tan poco expansivas. Algunos decían que tal vez por eso habían tenido una sola hija. El comentario no le molestó tanto como el verbo: pichar. Era tan vulgar. Alejandro contaba la anécdota cada que tenía oportunidad, lo que alguna vez generó roces entre los dos, aunque siempre tuvo la prudencia de no mencionar nada relacionado con el sexo en frente de sus suegros, “El matrimonio más casto del mundo”, se mofaba. Mariana era consciente de la represión de la que había sido objeto y de que la información sobre sexo la adquirió por su cuenta y de la manera más fría: a través de textos científicos, pero no le gustaba admitirlo, aunque estaba segura de que eso había hecho que supiera más sobre el tema que la mayor parte de sus contemporáneos, practicantes o no, pero solo desde el punto de vista teórico. Cuando Ángela, entonces ya toda una mujer a pesar de sus dieciséis años, les pidió prestado el apartamento para celebrar el cumpleaños de su novio, Sergio, un estudiante de periodismo, cocinándole ella misma, se presentó una discusión. Alejandro, sin pensarlo mucho, le dijo que sí. Mariana exigió que examinaran los pros y los contras de su decisión, y se topó con evasivas que se desviaban siempre hacia lo mal que iba a comer “el pobre Sergio” y el desorden en el que iba a quedar la cocina. Para no parecer mojigata, Mariana aceptó que las hormonas se adelantan a veces, pero la madurez del cuerpo no implica la de la mente, argumentó. Se guardó para sí la convicción de que quizá esas niñas que se desarrollan rápido nunca volverán a ser tan atractivas, víctimas de una trampa que les tiende la naturaleza, que las condena a la obesidad. Sus alegatos terminaron impacientando a Alejandro: “No me importa si mi hermana picha o no. Es su cuerpo y sabe muy bien cómo protegerse”, enfatizó con cierta aspereza. Nunca supieron qué pasó en aquella velada, ni descubrieron pista alguna que permitiera suponer que Ángela y Sergio habían pasado por la cama. Después de dos años, terminaron su relación sin mayores traumatismos, tan pocos que Sergio siguió siendo visitante asiduo de la familia Guzmán. “Esa pichadita salió bien, ¿no crees?”, comentaba Alejandro a veces, cuando el tema de las relaciones sexuales adolescentes salía a flote. Con los años, Mariana se habituó a expresiones como “tirar”, “coger”, “follar”, al “fuck” de las películas, pero no al autóctono “pichar”. Y eso era lo que iban a hacer los protagonistas del espectáculo que le proponía Elena: pichar.

—Si es una cosa que te molesta tanto, no lo hacemos. Forget it. No quiero estropear el paseo, ni a Javier sus quince. —Miró al muchacho—. Más bien resuélveme una duda: ¿has vuelto a ver al doctor Becerra?

Mariana enrojeció y cerró los ojos. Era obvio su enojo.

—Okey. ¿Qué les parece si damos otro paseo por el sector?

—¿Y el regalo de Javier? —preguntó Mariana unos segundos después—. Celebrémosle los quince como se los merece. Habla con la mujer.

—No. De verdad. No es necesario, Mariana, en serio —dijo Elena, arrepentida—. Ya se me ocurrió otro regalo. Mejor no, de verdad.

—Dale los dos regalos.

Elena no supo qué responder.

—No me molesta tanto. Hagámoslo.

—¿Estás segura?

—Estoy segura. Puedo soportarlo. En vacaciones puedo soportarlo —explicó Mariana—. Es solo que es vulgar. Sórdido... Miserable. Pero soy médica, sé cómo funcionan las cosas... Fisiología. —Abrió los brazos, fingiendo despreocupación—. No es tanto el problema, tienes razón. Es una profesión, como cualquier otra. Me explotan más a mí y me pagan menos; ¿has visto lo que les pagan a las actrices porno? —recordó un informe radial de días antes—. Es un espectáculo y ya me tomé mis buenas ginebras... Me puedo sentir cosmopolita, y mundana. Y sucia. Todo el mundo picha. Perfectamente.

Aunque Javier conocía la anécdota, se sobresaltó al oírla hablar así.

—¿Really?

—Que sea una cantidad sensata.

—Lo será —afirmó Elena, dubitativa.

—Solo pongo una condición: que no lo toquen.

—Yo no quiero que me toquen —dijo Javier, alarmado.

—Nadie te va a tocar, ni yo —sonrió Elena, incómoda—. Tampoco nos van a tocar a nosotras, lo prometo.

—¿Es ilegal?

—Supongo que sí. Aquí lo hace todo el mundo, sobre todo los extranjeros, y nunca les pasa nada. No creo que nos vayamos a topar con dos policías adolescentes encubiertos.

—¿Son menores de edad?

—Es una estrategia de venta.

Mariana negó con la cabeza varias veces:

—Javier también es menor de edad.

Elena miró al cielo, convencida de que volverían al comienzo de la discusión, lista para declararse derrotada.

—Pasa en todas partes... Tengo pacientes que se prostituyen y no se han graduado del colegio. Creo que ni saben leer. Pasa en todas partes —repitió para sí

misma.

Elena aguardó unos segundos:

—¿Entonces?

Mariana asintió una única vez y pidió otra ginebra con un movimiento de la mano izquierda:

—Esto es una maldita locura —suspiró—. Habla con la mujer. Que sean personas bonitas, y jóvenes. Y limpias.

—Es lo primero que voy a exigir. —Elena se levantó muy despacio, como esperando otra objeción.

La muchacha vestía camiseta de manga sisa y una falda de bluyín amplia, con bolsillos, que le llegaba a medio muslo. Era delgada y del hombro le colgaba una cartera marrón. El cabello, que en su estado natural debía ser rizado, lo traía liso hasta los hombros; parecía húmedo. Al muchacho lo cubría una camiseta esqueleto blanca. Una pantaloneta de Los Ángeles Lakers sobrepasaba sus rodillas. Ajustado a la cintura llevaba un bolso marsupial negro. Un reloj plástico abultaba en su muñeca izquierda. Parecía ser quien acordaba las condiciones del trato con la mujer del puesto de frutas, que manoteaba sonriendo, inclinando el cuerpo para hablarles.

—Son ellos —dijo Mariana, como si anunciara una tragedia—. ¿Todavía lo quieres hacer?

Javier dudó. Lo había sorprendido mientras se preguntaba si la pareja había bajado del tranvía que apenas abandonaba la estación, iluminado por el rojo final de la tarde.

—Sí —contestó al fin. Pensó en agregar que él no iba a hacer nada.

—Ya vienen —afirmó Elena. Pensaba en que el regalo tradicional: una camisa, unos zapatos, un sombrero típico, le hubiera evitado muchísimos problemas, pero por ningún motivo iba a desistir ahora. Kimberly la reñía con frecuencia por voluntariosa, por su deseo de propiciar lo imprevisto, de escandalizar.

—Tú hablas —casi gritó Mariana y bebió de su ginebra.

Elena asintió. La pareja subió las escaleras cogida de la mano. Se acercaron con timidez, como si temieran alguna protesta por parte de los meseros. Javier pensó que todo era parte de la actuación. Se sentía participando en un juego de rol.

—Buenas tardes —saludó el muchacho con voz aflautada. Usaba gafas metálicas con lentes delgadas.

—Buenas tardes —respondió Elena.

—Es que —el muchacho se rascó la cabeza rizada como si pensara en lo que iba a decir— Genoveva nos dijo que ustedes están interesados en contratarnos. En un show —especificó.

—Quizá. Sí —confirmó Elena—. ¿Les explicó que tenemos condiciones?

—Sí. Estamos habituados a eso... —Se quedó esperando un comentario—. Si ustedes nos explican, tal vez podamos llegar a un acuerdo. Mi nombre es Bruno.

“Nombre de perro”, pensó Javier. “No es su verdadero nombre”. “Rol de Bruno”.

—¿Quieren sentarse?

—Gracias —respondió el muchacho y empujó la espalda de su compañera hacia el puesto que estaba libre. En seguida pidió al hombre que leía en la mesa de al lado que le permitiera retirar una silla. La displicencia de una mano velluda lo autorizó a hacerlo.

Elena esperó a que se sentaran para hablar. Incluyó la cabeza:

—Por razones que no vale la pena explicar, nos interesa que ustedes estén vendados —resumió, incómoda. Durante los veinte minutos que habían esperado a la pareja, la conversación con Mariana había sido difícil, llena de reclamos. Se arrepentía de una idea que en un principio consideró divertida y apegada a un cierto ritual, a una tradición machista, por supuesto, pero que todo el mundo toleraba sin mucho sonrojo. “Don Jacobo”, maldijo mentalmente, como lo hacía con frecuencia, también de viva voz—. Tampoco queremos que hagan llamadas —concluyó, con deseos de agregar que querían asegurarse de que no tuvieran armas.

—No tenemos ningún problema con eso —dijo la muchacha, pronunciando las palabras a gran velocidad—. Ustedes parecen gente decente. Y nos van a pagar muy bien.

—Somos gente decente —intervino Mariana.

La muchacha la miró sin hacer ningún comentario, sus labios gruesos entreabiertos.

—No los venderíamos todo el tiempo, solo durante el viaje —aclaró Elena.

—¿El viaje? —preguntó el muchacho.

—Sí. El recorrido por la ciudad. Les pondremos unos apósitos oculares, como los que usan los oftalmólogos. Y unas gafas oscuras —anotó Elena como si se tratara de un detalle muy estético—. Se podrán quedar con ellas.

La pareja se miró. Tras unos segundos, la muchacha levantó los hombros con desparpajo.

—A veces nos piden que nos vendemos durante el show —dijo y frunció la boca en gesto de aprobación—. No hay problema, desde que nos paguen lo que pedimos. Lo que sí debe quedar claro es que no quiero que él me toque —señaló a Javier.

—No hay ninguna razón para que la toque —afirmó Mariana, inconforme con todo y consigo misma.

—El show lo hacemos solos. No queremos que nadie nos toque. Somos artistas.

—Me parece bien —sonrió Elena y respiró profundo.

—¿A qué hora quieren que nos veamos y dónde?

—¿No puede ser ya?

—Claro, por supuesto —vaciló la muchacha y miró a su pareja—. ¿También nos van a amarrar?

—No —se apresuró Elena.

El muchacho sonrió.

—Si no nos amarran, las podríamos ahorcar. O golpear. Somos de lo peor, peligrosos —se burló.

—No es divertido —replicó Mariana.

—Va a ser divertido, señoras. Van a quedar satisfechas.

—Él también —sonrió la muchacha, maliciosa—. Si no es abuso, me gustaría tomarme un whisky.

—Con gusto. —Complacida por el cambio en el tono de la conversación, Elena levantó la mano hacia el mesero—. ¿Y usted?

El muchacho pareció pensar:

—También me gustaría un whisky.

—¿Con hielo?

La muchacha asintió por los dos.

Elena pidió las bebidas. Un gesto del mesero la hizo pensar que conocía las actividades de la pareja, que tales reuniones eran para él una rutina.

—¿La tarifa sigue siendo la misma que acordé con ella? —Elena señaló hacia el puesto de frutas.

—Sí. Si el show les gusta pueden regalarnos un diamante que les sobre, una esmeralda usada, unos gramitos de oro, o darnos una buena propina —sugirió el muchacho, meloso.

—¿Y les pago a ustedes o a ella?

—A nosotros.

—¿Ustedes le pagan a ella?

—Su porcentaje. Sí, por supuesto.

Elena terminó su ginebra y se levantó.

—Voy a comprar los apósitos y las gafas. —Se terció el colorido bolso de cuero, que imitaba un maletín escolar.

—Que sean autoadhesivos. Cuatro pares, por lo menos. Te esperamos —dijo Mariana, con una firmeza de voz que indicaba que se hacía cargo de la situación.

Javier trató de olvidarse de lo que estaba pasando. Un mensaje nuevo le permitió enfocar la atención en el celular. “Lo hice en el sauna del club”, había escrito Carlos Ricardo, y como justificándose, agregaba: “En la piscina me persiguieron unas tetas divinas y un culo impresionante”. Javier se preguntó a qué se refería con eso de que lo persiguieron. “El sol te está causando alucinaciones”, le contestó. Era consciente de que Daniela tenía nalgas y tetas hermosísimas, y de que querría lucir un bronceado perfecto durante la pijamada. La interrogó: “¿Estuviste hoy en el club?”. Respuesta instantánea: “No. La pijamada nos tiene muy ocupadas”. Javier sonrió: “¿Cuándo haremos una pijamada tú y yo?”. La réplica fue un chiste común: “En el año verde”. Era un no rotundo. Casi de inmediato recibió otro mensaje: “El año verde comienza cuando regreses”, acompañado de una selfie de Daniela en ropa interior blanca, solo

un ojo y una de sus magníficas cejas, su nariz pequeña y recta, la boca de labios más bien gruesos, una axila perfectamente afeitada, los senos agrandados por el ángulo de la foto, el abdomen plano, sin excesos musculares, el lunar encantador, discreto, la tanga mínima, distante.

Mariana bebió lo que quedaba de su ginebra e invitó a la muchacha a levantarse:

—¿Vamos?

Una voz sin gracia pronunció “Happy Birthday”, antes de que una orquesta que tenía algo de circense atronara desde los altoparlantes. En una mesa lejana cantaron y aplaudieron poniéndose de pie.

Mariana zigzagueó entre la gente. La muchacha la siguió al baño público y se detuvo frente al espejo unos segundos, arreglándose el cabello, corrigiendo la pestañina. Una mujer de mediana edad se lavaba las manos, el cuello ladeado como si eso le permitiera escuchar mejor por el audífono del celular.

Mariana esperó frente a uno de los reservados, hasta que la muchacha entró. Cerró la puerta con dificultad y sacó los apósitos del bolsillo:

—¿Te los puedo poner ya?

—Claro —replicó. Había abierto las piernas y retrocedido con mucho cuidado, para no tocar el borde de la taza del sanitario, que no olía bien. El bolso lo acomodó sobre la cadera.

Mariana se detuvo: gotas de sudor descansaban sobre las cejas de la muchacha, depiladas para formar una línea muy delgada. Buscó el dispensador de papel higiénico.

—Disculpa. —Incómoda, se agachó para tomar una porción, preguntándose por qué la estaba tuteando—. Voy a secarte un poco.

—Claro. —La muchacha levantó el rostro como si se dispusiera a que la maquillaran, en una actitud que implicaba burla.

Mariana se inclinó hacia un lado para botar el papel húmedo.

—Voy a pegarte el primero —dulcificó la voz mientras lo hacía. Concluyó que la tuteaba porque la estaba tratando como a una paciente a la que realizara un procedimiento médico—. ¿Bien? ¿Cómoda?

—Comodísima.

—Vamos con el segundo. —Maniobró más rápido—. ¿Bien?

—Cieguísima.

—Perfectamente. Ahora te voy a poner las gafas oscuras y vamos a salir. ¿Te parece?

—Claro —pronunciaron los labios gruesos, sin labial. Pese a la rudeza de la voz, subyacía un matiz infantil.

Mariana contempló el resultado, satisfecha. Las manos de la muchacha reacomodaron las gafas para que quedaran un poco más bajas sobre el puente nasal,

con lo que descubrió el borde superior de los apósitos. A Mariana no le gustó que lo hiciera, pero en seguida concluyó que no tenía importancia. Prestó atención a los sonidos del baño público y abrió la puerta. Tres mujeres se acicalaban el rostro, dos de ellas conversando animadamente, riéndose mucho. Con delicadeza levantó la mano izquierda de la muchacha y la puso sobre el dorso de su antebrazo derecho.

—Apóyate con confianza —dijo, y sin dejarse turbar por los ojos que las seguían a través del espejo, la guio hacia fuera del reservado—. Gira un poco a la derecha —le indicó.

La muchacha corrigió su posición casi sin levantar los pies del suelo. Usaba sandalias plásticas.

—Avancemos. —Mariana dio cinco pasos cuidadosos y se estiró para abrir la puerta. La muchacha seguía con docilidad sus desplazamientos.

En el corredor se cruzaron con un par de adolescentes. Uno de ellos mencionó, para que lo escucharan, que no tendría inconveniente en hacerse cargo de la cieguita.

Elena, Javier y el muchacho esperaban en la mesa. A Mariana le molestó que parecieran relajados.

—¿Cómo les fue? —preguntó Elena mientras se levantaba.

—Perfectamente —respondió Mariana y le habló a la muchacha casi al oído—: Mi amiga te va a llevar al parqueadero. —Liberó su antebrazo—. No hay problema —agregó.

Javier pensó que ese diálogo era una completa estupidez. Roles. En el televisor empotrado en la estantería del bar, Rihanna acariciaba al cantante de Maroon 5. Carlos Ricardo y él lo odiaban.

—Estoy esperando —dijo la muchacha, que resentía la falta de apoyo, lista para agarrarse de algo.

—Aquí estoy. —Elena tomó el puesto de Mariana. La muchacha se adaptó al cambio de altura.

Las vieron caminar sobre las losas rojizas y perderse hacia el parqueadero. Uno de los vigilantes se quedó mirándolas con algo más que curiosidad.

—Hacer lo mismo dos veces se va a ver muy raro —dijo Mariana, mientras se sentaba.

—¿Y entonces? —la desafió el muchacho.

Mariana tardó unos segundos en conseguir que la atendieran. Pidió otra ginebra y miró a su alrededor, buscando al personal de seguridad. Con las mesas llenas y escaleras y balcones atestados de turistas que se arremolinaban bajo los faroles encendidos, parecía más interesado en ayudar en la atención de los clientes que en su labor policiva. El volumen de la música había aumentado y algunas parejas intentaban bailar en medio de la aglomeración, incomodando a quienes circulaban por el establecimiento, en especial a los meseros, cada vez más atareados.

—Te vas a poner uno de los apósitos aquí. Y las gafas. El otro te lo pones cuando ya estemos en el parqueadero.

El muchacho la miró de frente, burlón:

—¿Todo esto es necesario?

—Te estamos pagando bien, ¿no?

—¿Se da cuenta de que soy miope?

Mariana lo miró.

—Muy pocas dioptrías —dijo y de inmediato se arrepintió de la pista que acababa de dar.

—¿Qué es eso de diotría? —preguntó el muchacho, sin pronunciar la pe.

—Una medida de óptica —respondió Mariana.

El muchacho no replicó.

—Deme el apósito. —Se quitó las gafas y las guardó en un estuche que sacó de su bolso marsupial.

Mariana se lo entregó.

—Y las Rayban. ¿No estamos jugando a los espías?

Mariana las deslizó sobre la mesa.

El muchacho las revisó.

—No son originales. Lo que haya pagado su amiga por ellas, la engañaron —afirmó desdeñoso.

Mariana levantó los hombros, indiferente.

—Ya estoy viendo muy poco —parpadeó el muchacho.

—Hazlo —insistió Mariana.

Apartó la silla sin levantarse, provocando un chirrido molesto, y se agachó. Segundos después adelantó el cuerpo para que Mariana se cerciorara de que el apósito estaba bien colocado sobre su ojo izquierdo. En seguida se puso las gafas oscuras.

—Perfectamente. Voy a pedir la cuenta. —Mariana se revolvió en su sitio hasta que consiguió que uno de los meseros la mirara. Su mano izquierda simuló escribir sobre la derecha—. Ya está —dijo satisfecha.

El tranvía frenó con mayor estridencia de la habitual. Javier giró la cabeza y comprobó que no pasaba nada malo. Por la portezuela vio descender a la muchacha de apariencia nórdica. Se veía muy borracha, los ojos azules entrecerrados. Un joven de raza negra, más bajo que ella y con el pelo cobrizo en rastas, avanzaba las manos hacia su cintura. Se besaron sin recato y permanecieron entrelazados, acariciándose, mientras los transeúntes los evitaban como si estuvieran apestados.

Mariana se empeñó en reunir el dinero suficiente para pagar, incluso para ofrecer una propina generosa, sin necesidad de usar las tarjetas de crédito. Aliviada por no tener que dejar sus datos, volvió la billetera a su bolso y se despidió del mesero.

—¿Nos vamos? —se paró.

El muchacho la imitó. Caminaron hacia el zaguán. La mulata que recibía a los clientes los despidió con una sonrisa que a Javier le pareció maliciosa. Roles. Aprovechó para valorar su busto.

Bajaron las escaleras. El parqueadero, iluminado por farolas altas que despedían un resplandor violáceo, estaba lleno. Mariana vaciló, mirando a todos lados:

—¿Recuerdas dónde está? —le preguntó a Javier.

—Sí.

—Ponte el otro. —Le entregó el apósito al muchacho.

Tras unos segundos, se quitó las gafas con gesto de cansancio y se las pasó a Javier. En seguida cubrió su ojo derecho.

—Me revisan, por favor.

Mariana no esperaba que dijera eso. Se acercó y repasó los bordes plásticos con su índice izquierdo. El muchacho usaba una loción que creyó reconocer.

—¿Todo bien?

—Sí. No veo nada —afirmó irónico—. ¿Me ayudan?

Javier le entregó las gafas y se paró a su lado. La mano se aferró a su antebrazo izquierdo con mayor fuerza de la que esperaba.

—Derecho, hacia la costa —dijo.

Mariana miró al frente y oyó el breve toque de pito que hizo Elena. A las luces intermitentes del Jetta las acompañaba un sonido sordo, que se cortaba para repetirse en seguida. Javier procuró avanzar más rápido.

—Cuidado —dijo el muchacho. Con dificultad coordinaban la marcha oblicua a la que los obligaba el poco espacio que había entre los vehículos estacionados.

Mariana se inclinó por la ventanilla y le sonrió a Elena.

—¿Por qué se demoraron tanto? Los guardias ya me están mirando raro. Hasta me pinté los labios.

La muchacha, sentada a su lado, ni siquiera giró la cabeza, el bolso en su regazo.

—Casi que no me entregan la cuenta —respondió Mariana.

—Entren, entren —los apuró Elena.

—Voy a abrir la puerta —le dijo Javier al muchacho, en un volumen de voz que lo hizo pensar que lo estaba tratando como si también fuera sordo. Lo jaló hasta acomodarlo a la distancia justa. Usaba zapatillas de tela azul con suela de caucho, muy deteriorados los contrafuertes.

—Córrete un poco más. ¡Move! Que quedes en el centro —dijo Elena.

—Lo estoy haciendo.

—Tu hermana está a mi lado. —La miró apenas un segundo y encendió el motor —. ¿Cómodo?

—Sí, señora.

Mariana dio la vuelta y se sentó muy recostada a la puerta, dejando un espacio libre entre ella y el muchacho.

—Okey. Nos vamos a demorar una hora y cuarto para llegar a los... A nuestro destino. —Elena quería que pensarán que iban para Los Hatos—. ¿Qué música les gusta?

—La que tenga. Algo animado, sexi —sonrió la muchacha bajo las gafas oscuras.

Elena buscó en la carpeta del automóvil y escogió una colección de éxitos de los ochenta. Dire Straits acometió *Money for Nothing*. Sabía que vendría Madonna: *Material Girl*. El aire acondicionado comenzaba a enfriar el interior, muy caldeado.

—¡Shit! No cancelé el parqueadero.

—Dame la tarjeta. —Mariana abrió la puerta.

—¿Tienes el recibo del restaurante?

—Sí —respondió, alejándose hacia la caseta de pago.

La empleada comprobó algo en la pantalla y deslizó el plástico por la ranura del computador.

—Gracias por su visita. —Retomó la lectura de una novela de aventuras marineras.

Mariana regresó al automóvil casi corriendo y sonrió aliviada cuando se sentó.

—Todo perfectamente.

Elena inició la marcha girando hacia la derecha; una camioneta los precedió hacia la salida. Medio minuto después metió la tarjeta en el control automático. Un sonido sordo antecedió la elevación de la barrera, que pasó del resplandor rojizo al verde. “Vuelvan pronto”, repitió la grabación.

—Gracias, señorita —dijo Mariana.

Era un chiste privado entre Javier y ella, una tontería.

Elena trató de salir rápidamente del sector amurallado, pero varias de las calles estaban bloqueadas para que los turistas vagabundearan con tranquilidad. Algunos restaurantes habían sacado mesas a la calle y pequeñas formaciones musicales alternaban con las estatuas vivientes, los tragafuegos y las ventas ambulantes de licor, comida típica y cuadros color sepia de atractivos de la ciudad: la catedral, la Calle de la Constitución, el atardecer en Zapiga, la plaza de la Aduana, las diversas vistas del Higuero o de la sede del Cabildo. Las noches de viernes el tránsito de coches tirados por mulas blancas se multiplicaba, sobre todo el de los más pequeños, destinados a las parejas, muchos de ellos contratados por los hoteles para ofrecer a sus clientes un paseo romántico que podía incluir, a precios excesivos, sobre todo en San Valentín, botella de champaña, ramo de rosas y, en ocasiones especiales, un violinista. Alrededor de tres o cuatro plazas que la promoción turística había convertido en “imperdibles” se generaban los mayores trancones, agravados por malabaristas y gimnastas que aprovechaban los semáforos para ganarse unas monedas con espectáculos de apenas veinte segundos, que en sus últimas variantes incluían machetes y antorchas encendidas. En la oscuridad, pero visibles, permanecían los proxenetes y los expendedores de marihuana, cocaína y otras especias. Sobre una columna de mármol, la justicia sostenía su balanza de bronce. Cuatro ángeles parecían vigilar que el equilibrio en las decisiones humanas nunca se perdiera.

—Kimberly odia todo esto —dijo Elena, mientras pasaba al lado de un carrito en el que vendían chontaduros salados, bañados con jugo de limón y miel.

—Kimberly —repitió el muchacho, como si fuera un dato valiosísimo, el principio de una extorsión.

—Más vale que te quedes callado —le advirtió Mariana, irritada.

Javier pensó en entablar una conversación con Carlos Ricardo, pero decidió que se comunicaría con él cuando todo hubiera pasado y dejó el celular en modo avión. Daniela estaba más parca que de costumbre, absorbida por los preparativos de la pijamada.

—Creo que ya vamos a salir —anunció Elena, y se pegó del pito hasta conseguir que un grupo de personas de la tercera edad, en apariencia norteamericanos, desocupara la calle empedrada que los llevaría a uno de los baluartes de la muralla. Tras alcanzarlo, giró a la derecha y siguió el trazado irregular detrás de un carro de valores que en su puerta posterior exhibía las letras rojas de Fidanza—. A estas cajas fuertes ambulantes les abren todas las vías —afirmó.

Dos cuadras después el camión blindado subió sus ruedas izquierdas al andén, frente a un cajero automático.

—Lo van a llenar. Los viernes todo el mundo se cree millonario —dijo Elena y segundos después metió el Jetta por el espacio libre, apenas suficiente para el ancho del automóvil.

El paso rápido de dos taxis por una calle perpendicular, veinte metros más adelante, la hizo concebir esperanzas. Apenas viró, sonrió satisfecha y aceleró.

—¡Gotcha!

Salieron de la ciudad amurallada por un túnel tan estrecho que Javier concluyó que era parte de la construcción original española. En el campo aledaño, mal iluminado y sin rastros de hierba, veinte muchachos corrían de un lado para el otro tratando de pasar el balón entre los límites de unas porterías desvencijadas.

Elena frenó:

—Esperen me ubico. —Apagó la música y miró a un lado y otro—. Ya. De aquí llegaremos en pocos minutos a la circunvalar.

Javier se preguntó si ese era un dato involuntario o un nuevo engaño. Miró a la muchacha y le sorprendió que pareciera dormir. El muchacho, con las piernas separadas para conservar el equilibrio, inclinaba la cabeza hacia delante, como si intentara identificar las zonas por las que pasaban a través de los sonidos que captaba. Ese recurso, habitual en las películas, le parecía a Javier de lo más fantasioso. Varias veces Daniela lo había propuesto como juego en el bus del colegio, por una ruta que conocían a la perfección, y al abrir los ojos se daban cuenta de que estaban desorientados. Casi siempre hacían trampa, sobre todo Daniela, pero alguna vez Javier lo intentó con honradez, muy concentrado, recordando los relatos de Mariana, lo que él mismo imaginaba que habían sido las horas iniciales del secuestro de su padre. El fracaso lo llenó de angustia. Daniela lo abrazó, a tiempo para evitar que sus

condiscípulos se dieran cuenta de que lloraba. En las misas y las izadas de bandera en las que fue mencionado su padre, casi siempre logró contener el llanto.

La circunvalar era una avenida bien iluminada, con tramos que discurrían entre pequeñas colinas, algunas invadidas por ranchos de madera y tejas de zinc, y por la que los vehículos transitaban a velocidades excesivas. A Javier le llamó la atención que dos complejos compuestos por una casa enorme, extravagante, y construcciones adicionales, rodeados por cercas altas y con porterías tanto o más llamativas que las casas, se veían abandonados. “Narcos en fuga”, pensó. En uno se oxidaba una jaula gigantesca y no pudo evadir las imágenes de los miserables sitios en los que la guerrilla retenía a sus secuestrados.

—Hemos alcanzado nuestra velocidad de crucero —dijo Elena en tono festivo, imitando la voz deformada de un piloto de avión. Había conducido el Jetta hasta un desvío señalizado como “Esmeralda” en letras blancas sobre verde—. El tiempo en ruta es reportado como bueno, aunque podemos tener un poco de turbulencia por los baches del asfalto.

El muchacho rio sin ganas.

—Espero que disfruten de la atención a bordo —siguió Elena con el juego. Britney Spears ronroneó en el estéreo.

El ascenso casi en línea recta, que apenas exigía al motor, los llevó hasta una zona que combinaba túneles cortos y puentes construidos entre las estribaciones de la sierra que separaba la ciudad de la costa sur. El conjunto vial, construido por un consorcio barcelonés que convenció al gobierno de gastar un poco más para conseguir un diseño arquitectónico funcional pero también estético, que según sus proyecciones armonizaría muy bien con la exuberancia del paisaje natural, era motivo de orgullo para algunos, y de indignación para otros. Elena lo consideraba un despropósito, aunque tenía que admitir que se veía muy bien en fotos y videos turísticos. En sus recuerdos infantiles, la vía era sinuosa y se empinaba por entre un bosque lluvioso y oscuro, que siempre le produjo miedo. Algunas de las obras complementarias las había patrocinado la Compañía Carbonífera Tropical, Cocartro, y cada quinientos metros miraban, desde un anuncio gigantesco, las enormes pupilas de un tigrillo, sus rasgos dulcificados por los diseñadores, muy marcadas las líneas negras que en esta raza descienden desde la cabeza hacia los ángulos de los ojos, la nariz y la boca. Por encima de los rectángulos iluminados se elevaban las orejas, redondeadas. “Las acciones de la naturaleza son nuestra guía”, pregonaban las letras fluorescentes.

Con el aire acondicionado encendido y la música a volumen generoso, el interior del vehículo era una burbuja en la que nadie hablaba. Elena tarareaba a veces. Javier comenzó a notar que el talón derecho del muchacho subía y bajaba con impaciencia. Se preguntó qué contenía la bolsa negra. Cabía una pistola pequeña. La inclinación de la cabeza de la muchacha hacía pensar que seguía durmiendo. A veces imaginaba pasar la punta de la lengua por el vello que le cubría la nuca. ¿Se despertaría?

—La mansión de la derecha es de unos primos míos, descendientes del coronel Gregorio Stevenson, uno de los héroes de nuestras guerras civiles, famoso por su capacidad para disfrazarse de mujer —sonrió Elena por el retrovisor y guiñó el ojo—. Tenían una hacienda preciosa y los paramilitares se las quitaron. En un principio pidieron su colaboración invitándolos a reuniones y asados. Después los extorsionaron, les quemaron cultivos, les robaron reses, en fin, los obligaron a dejar improductivas las tierras. Y para colmo, cuando menos pensaron, resultó que la propiedad que habían heredado por generaciones ya no era suya porque en una notaría figuraba como dueño un fulanito de tal que nadie sabía quién era. ¡God! Lo cierto es que durante años no hubo poder humano que moviera a la justicia para que se las devolviera. Cada abogado que contrataron renunció porque lo amenazaban. La situación se puso tan horrible que se cansaron de morir de miedo cada que una motocicleta aceleraba y decidieron esperar a que las cosas se corrigieran solas. Y se corrigieron, aunque no solas, of course. Les costó, les costó mucho —hizo una mueca—. Hace unos meses les devolvieron las escrituras como deben ser, como fueron durante siglos, pero ahora tienen que probar que ellos no tuvieron nada que ver con el asesinato de unos campesinos que encontraron, con signos de tortura, en unas fosas comunes que hay en los límites de la hacienda, aunque todo el mundo sabe qué jefe paramilitar ordenó esas muertes y dónde está. ¿Te imaginas el viacrucis?

—Es increíble —dijo Mariana.

Después de superar el último repecho y atravesar dos falsas planicies entre picos montañosos, unidas por un recorrido en ese que Elena rectificó aprovechando la soledad de la vía, el descenso en curvas amplias, resbalosas por efectos de la llovizna, los condujo hasta una glorieta, en cuyo centro había una fuente programada para que abanicos y cálices de agua danzaran bajo juegos de luces, a la espera de un gran chorro que se elevaba a casi cincuenta metros de altura durante unos segundos, antes de desplomarse con brusquedad de catástrofe sobre la superficie de mármol. La rodearon y enfilaron por una planicie muy arbolada. Superaron el desvío que llevaba hacia Punta Mala, de moda entre los aficionados a los deportes náuticos, y tomaron la autopista del sur. El pavimento brillaba, mojado por el mar de leva. No había mucho tráfico y amplios sectores del alumbrado público se habían apagado; las líneas sobre la carretera parecían limitar un espacio inexistente. Elena conducía a alta velocidad, con las manos en la parte baja del timón, moviéndolo con delicadeza. A veces necesitaba que las plumillas repasaran el parabrisas, salpicado por el viento, muy cargado de humedad. En el cielo plomizo las descargas de luz eran amarillas y simultáneas, con brazos espasmódicos que se buscaban sobre el océano. Después llegaban los truenos, tambores apagados por la lejanía.

En algún momento del recorrido timbró el móvil de Elena —una melodía de Broadway— y desaceleró para mirar la pantalla.

—Es aquellita —buscó a Mariana por el retrovisor y cortó la comunicación—. Ella sabe que estoy manejando, no hay problema. Ya vamos a llegar.

Mariana asintió. El muchacho pronunció “Kimberly” en voz baja, recordándoles su buena memoria.

Cuando la autopista se apartó del mar, comenzaron a aparecer los avisos de neón de los moteles, las entradas a condominios y pomposos anuncios de las cadenas hoteleras internacionales. También afloraron pequeñas ventas de comida y licores, con sus mesas y sillas plásticas expuestas a la intemperie, el vallenato y el tropipop a todo volumen desde sus altavoces o desde las camionetas parqueadas en los alrededores. Elena disminuyó la velocidad. Cinco kilómetros después, doscientos metros antes de un peaje al que anunciaban avisos reflectivos y la intermitencia giratoria de unas luces amarillas, se desvió a la derecha por una carretera muy bien iluminada. Bajo el nombre de *Confín del mar* esperaba un puesto de vigilancia. Detrás se elevaban una docena de palmas de las Canarias, que respondían con elasticidad al embate del viento. Elena encendió la luz interior del vehículo para que la reconocieran y saludó con la mano, sin bajar la ventanilla. El guardia respondió tocándose la cachucha y accionó el motor eléctrico que abría los portones de madera.

—Un condominio —dedujo el muchacho.

Mariana miró a Elena con frustración, pero la tranquilidad de su rostro la hizo entender que era un dato inservible. Javier tarareaba *Are You Gonna Go My Way*, de Lenny Kravitz, una de sus canciones favoritas. En la parte exterior de dos de las casas comían y bebían sendos grupos, alrededor de mesas plásticas. Más allá, en un recodo frente al mar, quince adolescentes bailaban y gritaban al ritmo de un reguetón, todos en ropa de playa. Cada cincuenta metros un aviso advertía sobre la presencia de niños en la vía y la necesidad de transitar a menos de diez kilómetros por hora. Una pareja ya mayor caminaba por el andén a una velocidad que hacía pensar que estaban realizando sus ejercicios nocturnos, probablemente por recomendación médica.

Pocos metros antes de una barrera metálica pintada de amarillo y negro, Elena giró a la izquierda y parqueó frente a una casa con balcón en el segundo piso, bajo una buhardilla.

—Denme un minuto. —Tomó su bolso y descendió del vehículo.

—Qué misteriosa es la señora —dijo la muchacha con voz somnolienta.

—Es cuestión de seguridad —replicó Mariana.

—Señora: puede estar segura de que lo que nosotros hacemos no es inseguro para nadie.

—Ustedes no saben por lo que nosotros hemos pasado.

—Todos tenemos problemas —dijo el muchacho con entonación equívoca—. El problema de los Stevenson hubiera sido muy distinto si fueran pobres, como nosotros.

—Me imagino —dijo Mariana. Miró hacia fuera, como si estuviera interesada en las luces que se encendían en las ventanas de la casa, en el rumor del mar, en los incansables reclamos de los insectos y los batracios, en las músicas lejanas.

Elena abandonó la casa hablando por teléfono. Cortó a los pocos segundos y metió la cabeza por la ventanilla:

—Ya pueden salir. No se quiten los apósitos hasta que estén adentro. Be careful. —Parecía vigilar las otras casas, lista para responder a cualquier intromisión de los vecinos.

Mariana descendió.

El muchacho se corrió hasta el borde del asiento y asentó las zapatillas en el césped. Después levantó una mano. Mariana se la tomó y lo ayudó a salir.

—Todo es pasto, menos dos bandas de cemento que son para las ruedas del carro.

El muchacho asintió y se dejó guiar para rodear la parte posterior del Jetta.

—Ahora vas a subir a un camino de cemento y placas de cerámica. No parecen lisas —aclaró Mariana.

El muchacho elevó la pierna como si de verdad fuera a superar la altura de un escalón. La diferencia entre el césped y el sendero era mucho menor y cuando asentó el pie se desequilibró. De inmediato emparejó el otro pie y se quedó muy quieto, esperando nuevas instrucciones. Mariana lo tomó de los hombros.

—Gira unos noventa grados —le dijo, sin preguntarse si le entendía—. Camina hacia el frente.

Javier lo vio pasar y solo en ese momento se dispuso a ayudarle a la muchacha.

—No quiero que me toquen —exigió ella, sin moverse.

—No la voy a tocar. —Se quitó la cachucha y las gafas oscuras y las tiró al asiento trasero.

La muchacha abrió la puerta, bajó los pies y se estiró la falda:

—¿Qué hago ahora? —Se levantó y se colgó el bolso.

—Diez centímetros al frente suyo hay un camino de cemento. Solo tiene que dar el paso.

La muchacha adelantó un pie con decisión, después el otro, también levantó las manos. Pequeñas gotas de sudor se formaron sobre su labio superior.

—Ahora gire a la izquierda y camine hacia el frente... Gire menos. Así. Así —repitió Javier, poniendo autoridad en la voz. Trataba de no distraerse mirando los muslos que tanto le habían gustado desde que estaban en la Casa Gould.

Apoyado en la mano de Mariana, el muchacho entró en la casa. La muchacha lo hizo un minuto después.

Elena había cerrado las cortinas reflectivas y señaló a Mariana los espacios vacíos de tres cuadros que acababa de quitar, convencida de que esto la complacería. Con un gesto, le pidió que revisara si algo más delataba su identidad. Mariana caminó muy despacio, mirándolo todo. En la mesa de centro de la sala descubrió una placa conmemorativa que le entregó a Elena, quien articuló “Don Jacobo” sin que los sonidos salieran de su boca. También había un par de tabacos envueltos en celofán.

Mariana amplió el radio de su exploración y Javier la imitó. Entre la puerta y la sala había una especie de vestíbulo, en el que esperaba la pareja de muchachos, al lado de lo que parecía el baño. Contra las paredes se acumulaban, sin mucha armonía, cuadros, bibliotecas y vitrinas que debieron comenzar a estorbar en otras casas. El comedor era un alargado tablón, grueso y rústico, flanqueado por cuatro sillas del mismo tipo de madera. En el otro lado, y recostada a la pared de la cocina, había una banca tan larga como la mesa, en la que, con profundidades y trazos diversos, se habían labrado varios nombres. Elena la cubrió con un mantel. Un espejo de dimensiones parecidas a las de la mesa colgaba de la pared. Volutas de oro enmarcaban la superficie y se concentraban en el ángulo superior derecho alrededor del nombre “Ron Juan de la Cruz”. Un corredor a oscuras conducía a las habitaciones y las escaleras, situadas sobre la playa.

Mariana terminó su revisión ante el retrato de una monja de ojos grandes, con un enorme medallón de la Anunciación cubriéndole el pecho, y un libro en las manos. Habían aplicado colores pastel a la imagen, con una intención aparentemente artística.

—¿Y esto?

—La mamá de las Stevenson —respondió Elena, negándolo con la cabeza—. Tuvo dudas y renunció al convento.

Mariana se acercó a la pareja.

—Ya se pueden destapar los ojos.

Con un movimiento rápido, el muchacho se quitó las gafas oscuras y comenzó a desprender los apósitos, cuidando sus cejas. La muchacha hizo las cosas con más lentitud, usando las manos para protegerse de la luz.

—¿Quieren tomar algo?

—Sí —respondió la muchacha—. Quiero whisky.

—Yo también, whisky —dijo el muchacho. Ya más acostumbrado a la iluminación, recuperó sus gafas medicadas. Sus zapatillas chirriaban cuando giraba sobre las grandes baldosas blancas. Se sentó sobre el cojín forrado de naranja de una de las seis sillas de metal cromado de la sala—. Bonita su cabaña. Y su tía, la indecisa.

Elena no contestó. Abrió una de las vitrinas:

—¿Me ayudas? —miró a Mariana.

Sacaron cinco vasos anchos y bajos y entraron en la cocina. Casi de inmediato se escuchó el sonido de apertura de la nevera y, segundos después, unos hielos que entrechocaban. Javier permaneció en el vestíbulo, en actitud involuntaria de vigilancia, mientras la muchacha se entretenía mirando una colección de platos estampados con atractivos turísticos de distintas ciudades del mundo.

Las dos mujeres volvieron con cuatro vasos que pusieron sobre la mesa de la sala; en dos, el líquido recordaba los brillos del oro, en los otros era incoloro. Mariana cogió unos posavasos del comedor —paisajes impresionistas de París— y una caja de

madera con servilletas de papel, mientras Elena salía de la cocina con un vaso más y una botella de dos litros y medio de agua natural del Valle del Ivie. Javier se alegró de que también hubiera ginebra para él.

—Vamos a hacer un brindis —dijo Elena.

El muchacho, que ya había bebido de su whisky, se incorporó y levantó el vaso. La muchacha se acercó y tomó el suyo.

—Excellent. Bueno, es el momento de brindar por tus quince años. —Consultó su reloj—. ¡Felicitaciones!

—¡Felicitaciones! —repitió Mariana.

La pareja la imitó. La muchacha se acercó y besó a Javier en la mejilla. Elena y Mariana la imitaron, más afectuosas. El muchacho le dio un fuerte apretón de mano:

—Ahora sí eres todo un hombre, Alejandro —enfaticó el nombre—. Este whisky es mejor que el de Casa Gould.

—Perfectamente —dijo Mariana, y de una vitrina fue sacando vasos altos para el agua.

—¿Qué necesitan para hacer el show? —preguntó Elena. Había decidido no encender el aire acondicionado.

—Nada. Música. Nos gusta trabajar con música.

Elena abrió un mueble de madera, dentro del que había un equipo de sonido de microcomponentes, y comprobó la conexión a la energía eléctrica. El muchacho sacó de su bolso un estuche plástico con varios discos compactos. Escogió uno y se lo entregó.

—¿Dónde lo quieren hacer? —preguntó Elena, mientras cerraba el reproductor de cedés.

El muchacho miró a su alrededor.

—Puede ser aquí, es un buen espacio. Corremos la mesa y tal vez ustedes nos puedan prestar algo blando, una cobija, una colcha. También lo podemos hacer en alguna de las camas de la casa. Como quieran.

—¿Entonces lo pueden hacer aquí en el piso? —preguntó Mariana, en apariencia aliviada.

—Sí, claro que sí. Lo van a ver mejor.

Sin saber muy bien por qué, Javier asintió.

—Podemos organizar las cosas para que estén cómodos —dijo Elena, y caminó hacia el corredor. Encendió la luz y abrió un armario. Sacó cuatro mantas grandes color ratón y dos sábanas blancas—. Creo que con esto podemos armar el escenario —anunció en tono burlón, como si se refiriera a una obra de teatro, a una como las que ella y sus hermanos montaban cuando eran pequeños, casi siempre bajo la dirección de su padre.

El muchacho se paró y con la ayuda de Javier retiró la mesa de vidrio sobre hierro forjado, y tres de las sillas; las otras tres las ordenó a un lado. Elena le entregó las mantas a la muchacha, que las desdobló y las dispuso para conseguir una superficie

acolchada de casi cinco metros cuadrados de extensión. Enseguida la cubrió con las sábanas, alisándola lo más que pudo. Tales preparativos los hizo con el mayor cuidado, sin permitir que su falda se subiera demasiado, los muslos cerrados. El muchacho se sirvió un vaso de agua y se quedó mirando a Mariana, que contemplaba todo desde las vecindades de la cocina.

—Cuando quieran —dijo.

—Cuando ustedes estén listos.

—Voy por la tónica —dijo Mariana y entró a la cocina.

Pasaron casi dos minutos.

—¿Ocurre algo? —preguntó Elena.

—No. —Mariana regresó con dos botellitas de etiqueta amarilla en la mano—. Esto es lo que emborracha —dijo sonriendo.

—Eso dicen —convino el muchacho, bebiendo de su vaso de whisky.

—¿Van a actuar con esta luz?

El muchacho la miró, sin comprender muy bien la pregunta.

—Quiero decir... —Elena meditó unos instantes sus palabras— que es una luz ordinaria, no es una luz especial —concluyó con una expresión que mostraba muy a las claras que sabía que estaba hablando tonterías.

—¿Y ustedes tienen luces especiales? —sonrió el muchacho.

—Las únicas luces especiales que hay aquí son las del árbol de Navidad —anotó divertida—, y una linterna muy buena que tengo yo por aquí, para cuando cortan la electricidad esos hijueputas de la energía. —Elena se agachó y sacó del cajón de abajo de una de las vitrinas un cilindro plástico con tubo incandescente en su parte central, un foco que parecía potente en uno de los extremos y media esfera roja en el otro—. Cuando tengo esto en las manos se me quitan todos los miedos, y la batería es recargable. —Accionó el control: tras el parpadeo inicial, la luz blancoazulosa estabilizó su brillo—. Ustedes deberían tener también sus luces.

El muchacho reprimió un gesto de impaciencia.

—Yo creo que es mejor que se acomoden —dijo mirando su reloj plástico.

Sin desprenderse de la linterna, Elena recogió su ginebra y se sentó en una de las sillas. Mariana la imitó. Javier se ubicó a su derecha.

—Quiero entrar al baño —dijo la muchacha.

—Ahí. —Elena señaló la puerta entreabierta que había en el vestíbulo.

Durante los minutos que la muchacha permaneció encerrada, el muchacho caminó de un lado al otro, como si intentara relajarse. También hizo estiramientos del tronco y las extremidades. Elena aprovechó para encender un Pall Mall. Cuando la muchacha volvió, un perfume barato saturó la sala. Se quitó las chanclas y se paró en un extremo de la superficie que había dispuesto. El fucsia brillaba en sus labios. Miró a su compañero y asintió.

—Somos Bruno y Gina y esperamos que les guste el espectáculo —dijo el muchacho. Descargó el bolso marsupial sobre la mesa y buscó el control remoto. Se

quitó las gafas y puso a funcionar el reproductor de discos compactos. Mientras volvía al improvisado escenario, solo se oyó la estática del equipo. Desprovisto de las zapatillas, se paró frente a la muchacha con cierta solemnidad y cinco segundos después el sonido de un saxofón inundó la sala. La melodía —un éxito de George Michael— era interpretada sin afán, apenas acompañada de la percusión, una cadencia que podía considerarse sensual.

—Felices quince —Elena impuso su voz mientras sonreía para Javier.

CUATRO

*¿Que no he de ver tu semblante,
que no he de escuchar tus ecos,
que no he de gozar tus brazos,
ni me ha de animar tu aliento?*

Sor Juana Inés de la Cruz

Se desnudaron despacio, tratando de seguir el ritmo de la música. Parecían interesados en saber dónde iban quedando sus ropas. Cuando la muchacha se quitó el sostén, descubrió unos senos que, al mirarlos de lado, parecían triangulares, largos los pezones. Los abdominales del muchacho mostraban los volúmenes del ejercicio regular. Tenía poco vello corporal, pero además se lo afeitaba. El pene caía seis centímetros sobre los testículos, bastante oscuros. Durante unos segundos dejó que la pantaloneta y el bóxer azul le trabaran los tobillos; después, con un movimiento al que quiso dar gracia, los lanzó hacia Elena, que no hizo ningún esfuerzo por atraparlos. Una cicatriz, apenas una línea clara, atravesaba en diagonal el muslo derecho. Tras un acercamiento en el que parecían medir los pasos, se dieron un beso largo, solo con los labios, imitando la ternura. A pesar de ser delgado, el cuerpo femenino era más blando. Sus inspiraciones hacían que las costillas se destacaran. Sonrió con malicia cuando el muchacho le bajó la tanga roja adornada con pequeños encajes. Apoyada en los hombros masculinos, levantó los pies con presteza. Retrocedió como si pensara que su pareja necesitaba espacio para reincorporarse. En seguida lo atrajo y su mano derecha acarició la poderosa espalda y se detuvo en las nalgas, altas y firmes, que palmeó cuatro veces, el ceño fruncido, simulando enojo, para terminar su camino en el pene y concentrarse en deslizar delicadamente el prepucio sobre el glande. Mientras tanto, la boca del muchacho recorría, chupaba, besaba el cuello, ceñido por una delicada cadena de oro. El cuerpo de la muchacha respondía arqueado, buscando los labios que lo buscaban, sensible a la mano que descendía hasta su cadera y se alargaba entre los glúteos. Las pieles, dispares en sus tonalidades de café, marrón, habano, ocre, jugaban a rozarse, mezclarse, adherirse, en un movimiento que cambiaba la posición de los pies, sus apoyos sobre la cubierta blanca, elevando los talones, más claros que el resto de los pies, también de epidermis más gruesa. Un énfasis del saxofón hizo que la muchacha se volviera, rindiendo la nuca con la cabellera apartada sobre el hombro derecho. El pene se había apartado de los testículos; el prepucio era de una tonalidad achocolatada, mientras el glande y el surco que lo limitaba, y la zona aledaña, más amplia en el dorso que en el vientre, eran claros, tanto que podían considerarse carmesís. El reptar de una vena rompía la regularidad de la superficie brillantada. La lengua del muchacho recorrió la punta de las vértebras femeninas, bajando por el canal de la espalda, hundiéndose entre las nalgas. Las manos de la muchacha, oscurecidas por el sol, huesudas, se apoyaron en sus rodillas mientras la cabeza subía, los ojos fijos en el techo, un jadeo asordado en la boca. Durante medio minuto sostuvieron la posición, luego el muchacho desdobló las rodillas con lentitud, y extendiendo los dedos hacia los senos, acomodó el pene entre los muslos femeninos, sin intentar ni fingir la penetración. El rostro de la muchacha descendió; un suave movimiento de la cadera hacia adelante y hacia atrás, que parecía dar placer a los dos, hizo patente su aceptación del contacto, también que su mano izquierda buscara la pelvis masculina para atraerla. El vaivén ganó velocidad, obligando a los músculos a contraerse y relajarse en un juego de

sombras que tenía su propio ritmo. Cuando el coito parecía inminente, ambos se enderezaron, volvieron a situarse frente a frente y juntaron las manos a la altura de los pechos, como si hubieran acordado un intermedio. Entonces fue la muchacha la que se agachó y con los gruesos labios abiertos buscó el pene erecto; lo besó dos o tres veces con desapego y después le pasó la lengua por el vientre. Sus lengüetazos se alargaron, cargados de saliva, una humedad que volvía a su mentón. Con los ojos cerrados, movía la cabeza para probar la flexibilidad del falo. Corrigió su posición sobre la sábana y elevó la mano izquierda para acariciarse los pezones, que ganaron turgencia. Sonriendo, apartó la cara y, con una mirada que pretendía ser lasciva, elevó el brazo derecho hasta que su pareja pudo tomarle los dedos y lamérselos. Así permaneció un minuto; después los volvió a su entrepierna e inició una caricia que acompañó con el corto bascular de la cadera. Su mano izquierda fijó la posición del pene, y con los párpados casi cerrados lo introdujo en su boca y comenzó a chuparlo con suavidad. El muchacho, con la pared abdominal siempre contraída, separó más las piernas y agarró la cabeza femenina como si tuviera la intención de guiarla, pero no se percibía tensión en sus antebrazos. En algún momento pareció interesarse en la melodía del saxofón, que pasaba de una pieza musical a otra sin apenas transición, sostenida por el continuo de una percusión electrónica. La muchacha dejó de acariciarse y se concentró en la felación. Pequeñas gotas de sudor se formaban en el borde de sus cabellos, que apartaba a cada rato, como si no quisiera que ocultaran sus maniobras. Trataba de dar descanso a sus rodillas, deslizándolas sobre las sábanas o poniéndose, por breves períodos, en cuclillas. En un determinado momento se detuvo, levantó la cabeza y la giró para mirar a Elena, Mariana y Javier. Sonrió con la boca llena de fluidos y sus ojos negros, muy grandes, se quedaron fijos, como si no quisieran perder detalle de la imagen que contemplaban.

CINCO

En un consultorio médico juegan pico de botella Elena, Mariana, un hombre muy velludo y Javier. Mariana y el hombre están desnudos y son penalizados por Elena, que solo conserva puestos los aretes y el collar de esmeraldas. Mariana debe afeitarse el pubis del hombre; al hacerlo, le ocasiona una erección tremenda. Parada al lado de la camilla, no deja de mirar a Javier, que eyacula antes que el hombre sin rostro. Alguien los está grabando con un celular.

Tras ahuyentar las imágenes del sueño, Javier deseó que su erección remitiera sin tener que masturbarse. Mover la cabeza le causaba vértigo, así que no quería pasar a orinar al baño del otro lado del corredor. Ya se había bebido la botella de agua —“¿Dónde quedaba el Valle del Ivie?”—, pero seguía con sed y la sensación tumefacta de las paredes de su boca tampoco disminuía. Le hubiera gustado anular los sonidos que llegaban del exterior, especialmente el de la sierra de jardinero que torturaba sus tímpanos. Por fortuna ya le dolían menos las sienes.

Todo era más soportable con los ojos cerrados.

Había tomado demasiada ginebra la noche anterior.

Recordaba que se sintió más o menos bien hasta el momento en que Elena encendió la esfera roja y la dirigió hacia la pareja, que en ese momento del espectáculo estaba tendida sobre las sábanas, dedicada al sexo oral. Inicialmente se mantuvieron de lado, pero después el muchacho se dejó caer y la muchacha lo cabalgó, levantando la cadera hacia el lugar donde estaba Elena, que un minuto después accionó la luz más potente, muy blanca. Javier creyó que uno de los dos, quizá ella, manifestaría disgusto, pero ni siquiera demoraron sus lengüetazos y succiones. La erección de Javier, que ya completaba varios minutos de duración, se hizo insostenible cuando el muchacho separó las nalgas femeninas y abrió el sexo húmedo, limpio de vello, nítido el contraste entre la piel achocolatada y la mucosa — las faringitis a repetición lo habían habituado a esa palabra—, patente la herida. La vagina y el pene formaban un mecanismo similar al de las máquinas creadas por el hombre: pistón y camisa. Eje y rueda. Filo y vaina. El sistema venéreo.

Una sensación de asco comenzó a ascender desde su abdomen y con cuanta velocidad pudo, se levantó de la cama y corrió hasta la puerta. Estaba seguro de que tenía la boca llena solo de aire, pero sabía que debía apurarse. Casi de puntillas atravesó el corredor y entró al baño. El frío de la baldosa no impidió que se arrodillara frente a la taza del sanitario. Procuró vomitar sin hacer ruido, silenciando las arcadas. No sabía qué horas eran y quería imaginar a Elena y Mariana dormidas. Cuando sintió que ya había expulsado todo el líquido amarillento que irritaba su estómago, se limpió los labios con papel higiénico. Se impuso respirar despacio, tomar aire por la nariz y botarlo por la boca, los ojos entrecerrados. El alivio nació desde una parte de las entrañas a la que no sabía dar nombre. Entonces su vejiga volvió a presionar. Para no soltar dos veces el agua ni ver su propio vómito, se sentó y orinó como las mujeres.

Permaneció sentado unos minutos, convenciéndose de su bienestar. A través de la celosía llegaban los sonidos de la calle, el tránsito de los vehículos y la voz potente, de locutor antiguo, de un hombre que se ofrecía para realizar cualquier tipo de reparación doméstica. Tornillo, tuerca. Puntilla, orificio. Destornillador, herida.

Se levantó despacio, cuidando el equilibrio de la cabeza, y soltó el agua. El torrente, menos ruidoso de lo que esperaba, cesó con una especie de silbido. Solo en ese momento se miró en el espejo: salvo los ojos irritados, su aspecto no era tan lamentable como había temido. Comprobó con los pulpejos de los dedos que el incipiente bigote que había afeitado dos días antes aún no recurría. Meses atrás consultó en Google cómo hacerlo y qué máquinas usar. Revisó la pijama en busca de manchas de vómito, pero no detectó ninguna. Desde el apartamento no llegaban ruidos. Decidió lavarse los dientes, empeñado en dejar su boca limpia. Al sabor de la menta se agregaba un gusto metálico, y sus encías parecían más sensibles. Se enjuagó y abrió la puerta con cuidado: el corredor seguía vacío. Lo cruzó y se encerró en la habitación.

Como si fuera una novedad, registró el olor del alcohol mezclado al del papel viejo. Se agachó para recoger su pantalón corto; una ampolla de apenas una onza de capacidad cayó de su bolsillo. La recogió y, sin pensarlo mucho, la destapó. El aroma dulzón y apremiante le reavivó las náuseas. Volvió a su lugar la tapa de caucho rojo. Se había apoderado de ese perfume cuando fue al baño a masturbarse. Desde antes de que a la muchacha la desnudaran del todo, manejó la erección abriendo los muslos y adelantando la cadera en la silla, para conseguir más espacio dentro del pantalón. A pesar de que sus ojos rehusaban apartarse de la piel morena, varias veces espió el comportamiento de Elena, que había cruzado las piernas y se inclinaba hacia adelante, el overol separado de su espalda, el vaso en la mano. Parecía divertirse. Mariana, en cambio, permanecía muy recta, sentada en medio como si alguien los hubiera regañado minutos antes. Javier percibía su incomodidad.

Sabía que al regresar a casa conversarían. No en el aeropuerto. No.

Mientras escrutaba a la mulata, se detenía en los pezones con los que imaginó jugar en el momento en el que pasó por su mente que si alguien monta un espectáculo sexual, también está dispuesto a prostituirse, y que Elena se esforzaría en convencer a Mariana de permitirle acostarse con ella, sin la participación del muchacho, por supuesto, ni su vigilancia, acabó su ginebra con tónica. Gina, buen nombre para una puta en un juego de rol. Imaginó la escena, las reticencias de Mariana, la desfachatez de Elena, el disgusto del muchacho —o su aprobación—, el gesto interesado, ambicioso, de la muchacha, quizá también su expresión de deseo, consecuencia de la posibilidad de acceder a un cuerpo joven y limpio, y no tener que incitar las caricias de las manos percutidas de los jubilados europeos y norteamericanos, la difícil penetración de un miembro viril gastado, del que además tendría que alabar su potencia, ni lidiar con la brusquedad de los marineros, alimentada por la soledad. Esa fantasía incipiente reforzó la realidad que estaba viviendo y se masturbó en apenas

segundos. Después, recogió con papel higiénico las gotas de semen que polinizaban el piso del baño, soltó el agua y se paró frente al espejo, como para comprobar la neutralidad de su rostro. Sonrió sin saber muy bien por qué, se lavó las manos y salió. Lo esperaba un nuevo vaso con ginebra y tónica. Bebió sin agradecer ni decir nada, evitando el contacto visual con Elena o Mariana. La muchacha seguía arrodillada, con las manos apoyadas sobre la sábana; el muchacho, con una erección que Javier juzgó de buenas proporciones —y lo avergonzó realizar tal cálculo—, se situó detrás de ella y tras un movimiento de la mano derecha que no vio directamente ni en el espejo, pero que supuso algún tipo de maniobra de apertura, la penetró despacio. La muchacha levantó la cabeza con los ojos cerrados y la boca abierta, en un gemido que la música no permitió escuchar o que ella nunca articuló. El muchacho agarró las caderas femeninas, buscando el equilibrio, y comenzó un movimiento más hacia adelante que hacia atrás, que a Javier le trajo a la cabeza la palabra émbolo, con la que se había familiarizado desde niño. “El émbolo de la jeringa”, recordaba la explicación de Mariana a su padre, cuando le enseñó a aplicar inyecciones. Alejandro evitó hacerlo todas las veces que pudo. No quería clavar la aguja en la piel de su hijo. La pareja aceleró sus contactos y Javier se dio cuenta de que podía llegar a tener una nueva erección. Moviéndose despacio, atento a lo que pasaba sobre el improvisado escenario, fue y se recostó en un ángulo de la mesa de comedor. Aunque nunca la miró, sabía que los ojos de Mariana lo estaban siguiendo.

“Émbolo”, susurró Javier y dejó el recipiente de perfume sobre la mesa de noche. Abrió el armario y buscó en su morral el cable alimentador de energía de su celular y lo conectó a la corriente. Dudó unos segundos antes de encenderlo. Diez y treinta de la mañana. Había cuatro llamadas perdidas de Daniela, tres de la noche anterior. De Carlos Ricardo solo había dos. Revisó los mensajes: ninguno urgente. Daniela quería saber si estaba en una discoteca y con quién, pero sus palabras no parecían reflejar ni disgusto ni sospecha. Lo más probable era que su única preocupación, en el momento de comunicarse, fuera el desarrollo de la piyamada. También revisó el breve video que la carga de la batería le permitió realizar la noche anterior: el comienzo de la desnudez, la búsqueda de los pezones, el reflejo de la luz en las nalgas femeninas, la imposibilidad de un primer plano de la herida. Mucho temblor incómodo, instantes de resplandor rojizo, el impertinente aviso de *Plantas contra zombis* exigiendo la continuación del juego.

Se dejó caer en la cama y cerró los ojos. Buscaba el vacío, que la inmovilidad le permitiera anular las sensaciones, las imágenes, tal vez dormirse. Por un momento pensó en bajar a la piscina y flotar inmóvil, insensible dentro del agua. Evocó las tardes con su padre en el club. “Cabeza abajo y rodillas estiradas. No pares la patada”, repicaban las palabras en su memoria. Como pasaba con muchas de las experiencias compartidas con Alejandro Guzmán, comenzaba a dudar de si en verdad las habían vivido juntos o solo las inventaba. También así, como una ficción, el cuerpo de la muchacha se multiplicaba en su cabeza en alta definición, enfocado

desde ángulos desde los que no la había visto, recreado más cerca, con mayores detalles, detenido como si posara para fotografías de estudio, vívido en el espejo de la imaginación. El efecto era abrumador, enajenante. Un sonido que tardó en identificar como el de unos patines se deslizó hasta sus oídos y trató de que en lugar de perturbar, lo arrullara. Recordó que su padre siempre añoraba patinar, y cada vez que Javier tenía que cambiar de par, lo acompañaba a comprarlo y lo emocionaba ver los diferentes modelos. En algunas oportunidades, cuando había uno de su talla, se planteaba comprarlo para salir juntos los fines de semana, como hacían algunas familias, pero Mariana se oponía: “Ya no tienes veinte años y una caída...”. Alejandro esgrimía que mientras patinó, y más de una vez alargó el relato de sus audacias de infancia y adolescencia, no sufrió nada distinto de peladuras, y que ahora sería más precavido y usaría rodilleras, coderas y casco. “Solo rodar en el patinódromo, quemar calorías”. “Hay que cuidar las rodillas y los tobillos para la vejez”, sonreía Mariana con suficiencia, segura de poseer el argumento definitivo.

Javier se levantó y miró por la ventana: siete niños muy bien uniformados jugaban pero también parecían esperar a alguien, tal vez a su entrenador. La marca de una productora de alimentos, Parrochetti, se destacaba en sus espaldas. Los más avezados forzaban las ruedas plásticas contra el cemento con sus maniobras. Pensó con un dolor que llevaba meses, tal vez años procesando, que su padre ya no llegaría a la vejez, que su padre ya no había llegado a la vejez, que su padre ya no necesitaría ni las rodillas, ni los tobillos, ni los ojos, ni el corazón, ni los riñones, ni la cadera, ni el pene.

Ni sus hermosas manos.

Una sensación de incomodidad en la parte baja del abdomen le advirtió que debía volver al baño.

Javier tendió la cama, metió la ropa sucia al morral y revisó el celular: ni Daniela ni Carlos Ricardo habían vuelto a llamar. Lo desconectó sin que la batería estuviera totalmente cargada y, tras mirar a todos lados, sin saber qué era lo que buscaba, salió al corredor y caminó hacia la sala.

Elena lo saludó levantando un vaso lleno de líquido anaranjado, una delgada línea de espuma en la superficie. El vestido azul pálido no llegaba ni a sus codos ni a sus rodillas. Estaba descalza, las uñas de manos y pies pintadas de verde oscuro. Apagó la colilla que descansaba sobre el borde del cenicero de cristal.

—Ven para acá —dijo en voz baja y palmeó el cuero de la silla. Sobre la mesa había un plato con fresas cortadas longitudinalmente, expuesta la estrecha cavidad central. También estaba la caja de los apósitos oculares de la noche anterior—. ¿Cómo te sientes?

—Bien.

—Ahora sí tienes quince años.

Javier se quedó pensando en si tal afirmación implicaba algo más que lo obvio.

—Me estoy poniendo viejo —comentó.

—Eso es bueno, sobre todo a tu edad. —Miró hacia el corredor—. Mariana tiene más dificultades que tú con la ginebra.

Javier había escuchado ruidos en su habitación. La imaginó caminando de un lado a otro, crispada, el ceño adusto, “pensando”, como dijo muchísimas veces mientras atravesaba una y otra vez el apartamento, después del secuestro de Alejandro, tratando de distraer la angustia. En esa época también era frecuente que pasara horas y horas viendo los videos que guardaban en el computador y los celulares, casi todos de celebraciones familiares, unos pocos registros de la habilidad de Alejandro para montar a caballo. Aunque reía a veces, siempre terminaba llorando, desesperada, yendo de pared a pared, sin objeto.

—En realidad yo me siento muy mal —se refirió a su propio estado.

—Yo también estoy que me muero —mintió Elena y levantó el vaso—. ¿Quieres? Es cerveza mezclada con una bebida de aloe vera. Es lo mejor para recuperarse de una noche como la de anoche. ¿Te sirvo? Very good taste.

—Sí, gracias.

Elena atrajo hacia sus pies unas chanclas de paño y se las calzó. Caminó hasta la nevera y sacó una jarra.

—¿La quieres con hielo?

—Sí, por favor.

El sonido de los cubos rodando desde el dispensador duró apenas un segundo.

—Te tengo un regalo... Un recuerdo. —Elena se estiró y tomó de uno de los aparadores del bar una cajita negra con una cinta y un moño rojos impresos. Con ambas manos ocupadas caminó muy despacio, como si todo se le pudiera derramar. Dejó la cajita sobre la mesa de centro.

—Gracias. —Javier recibió el vaso.

—Es la tanga de la muchacha. La recogí con unas pinzas de pelo —su expresión era de asco—, y el empaque es de un juguete, lo dejó botado una de mis sobrinas. ¿Sabes que es de Victoria's Secret? Definitivamente es una pareja fina. Deben ganar bien. —Pasó un trago de la mezcla y tomó media fresa—. La puedes guardar, lavarla, regalársela a un amigo para que la huela. No sé —sonrió.

—Gracias —repitió Javier, como si eso lo librara de las escenas que estaban pasando por su cabeza. Había imaginado a Carlos Ricardo con la nariz metida en la tela. Trató de recordar el color de la tanga, pero no pudo. Lo que permanecía en su memoria era el movimiento de los muslos, que con sus volúmenes ocultaban el sexo afeitado, y la manera en que las piernas, marcadas por pequeñas cicatrices más oscuras y más claras que la piel morena, habían salido por los agujeros de la tanga, con un apuro que desmentía la lentitud de ese saxofón que, por lo menos en su recuerdo, nunca dejó de sonar. Trató de vislumbrar en qué parte del precario escenario había quedado la prenda durante el resto del espectáculo, y no lo consiguió.

Las acciones posteriores (los aplausos de Elena, que él imitó, la muchacha corriendo hacia el baño, el muchacho limpiando su pene con pañuelos de papel, el silencio de Mariana, la recolección de las sábanas y de las mantas, que quedaron sobre una silla, el pago en efectivo, sus propios pasos indecisos) se dibujaban en la bruma alcohólica, deformadas e inestables como en un sueño. Una cosa tenía clara: él había apagado las luces y cerrado la puerta, asegurándose una y otra vez, con la obstinación de la ebriedad, de que no podía volver a abrirla.

—¿Ella se la regaló?

—No, claro que no. Esa niña lo único que quería era vestirse, nada más. Debe ser más bailarina que cualquier otra cosa. Es posible que en el bolso tuviera otra; sus clientes habituales deben ser muy fetichistas. Como don Jacobo. Era un pobre diablo —añadió—. ¿Crees que de verdad sean hermanos?

Javier no esperaba esa pregunta.

—¿No pensaste en eso? Yo sí. Los miré con cuidado y me parecieron muy distintos. Además, se veían de la misma edad.

Javier prefirió seguir callado. Los ojos de la muchacha eran grandes y brillantes, en contraste con los del muchacho, que lo hacían ver somnoliento. Tal vez fuera la influencia de las gafas. Sus bocas también eran diferentes y los hombros de la muchacha se veían más altos, casi más anchos, aunque era obvio que hacía menos ejercicio. Ella, además, tenía el dedo gordo de los pies grande y apartado de los otros cuatro, un detalle que le llamó la atención durante el espectáculo porque cuando buscaba estabilidad sobre las sábanas extendidas, sus piernas tenían algo de pata de pájaro. Por algo que le había escuchado a Mariana, creía que ese tipo de características distinguen a las familias. Todo el mundo decía que él era muy parecido a Alejandro, y las fotos y videos lo atestiguaban, pero no sabía si compartían alguna marca específica, una seña física que hubieran podido heredar de su abuelo. ¿Por qué nunca pensaba en una correlación genética con su abuelo materno?

Javier probó la bebida que combinaba la frescura de la cerveza con el tránsito fácil de los cristales de aloe. A su mente volvió la posibilidad de que la muchacha tuviera el sexo desnudo mientras regresaban a la ciudad, allí, en el asiento de atrás, otra vez vendada, la cartera sobre sus muslos. ¿Qué contendría?

Gina.

El trayecto por la carretera humedecida por el mar, que se metía en las playas y al impulso del viento saltaba sobre taludes rocosos y barreras de hormigón, se presentaba incierto en la mente de Javier. Recordaba que en algún momento el agua golpeó al Jetta y Elena maldijo. Después, cuando cruzaban por entre las colinas, los reflejos que producían los faros en las estructuras metálicas y las líneas de la carretera le hicieron concebir que viajaban por el aire, limitados por barreras luminosas que flotaban y que en cualquier momento podían derivar, como lo hacen las boyas. Los ojos del tigrillo de Cocartro parecían maliciosos bajo la lluvia.

—Por esta desviación —Elena frenó y aceleró el Jetta, mientras continuaba con lo que parecía una nueva estrategia de desinformación— podemos subir uno de estos días a Socorro. Es a media montaña y han conservado muchas casas e iglesias del siglo XIX. Tiene una vista formidable del Valle del Ivie y de la costa. Hace como veinte años un terremoto acabó con el centro histórico, y cuando lo reconstruyeron utilizaron un diseño prehispánico para los andenes y las plazas, los círculos y rombos que los indígenas acostumbraban en sus joyas y sus ropas, indígenas que ya no existen porque los terratenientes de la región, incluido mi bisabuelo Stevenson, se aseguraron de extinguirlos. Sus habitantes son muy católicos y se creen de mejor familia que los Borbón y fabrican un ron delicioso. Debe ser por eso que el paisaje es tan impresionante.

La pareja ni se inmutó, adormilada. Para acompañar el retorno, Elena había elegido una colección de boleros que tarareaba como si temiera despertar a sus pasajeros, lo que terminó convirtiéndose en una especie de arrullo. Desde uno de los giros del descenso se veían las filas blanca y roja desplazándose por la avenida de la costa, difuminadas por la neblina.

—Es un brebaje horrible —Elena levantó su propio vaso—, pero reúne dos condiciones imprescindibles para recuperarse de una noche de copas: hidrata bien y tiene un poquito de alcohol, apenas el necesario para que el cerebro deje de protestar. ¿Sabes que nos duele la cabeza porque al cerebro le gusta el alcohol y se enoja porque no le damos más?

Javier la miró incrédulo.

—Mariana te lo puede explicar mejor que yo, ella era muy buena estudiante y le encantaba la fisiología. A mí solo me encantaban ella y la ginebra. Te quedo debiendo las fotos. Quedaron muy bien. —Apuró el resto de su bebida.

Javier no fue capaz de ubicar en una cronología más o menos lógica el momento en el que Elena lo había arrastrado hasta el lado de la muchacha, todavía desnuda, y le había tomado varias fotos. Cohibido por la reiterada advertencia de que no quería que la tocara, se paró a su lado con los brazos cruzados, empeñado en permanecer firme, orgulloso de ser capaz de evitar el contacto. La muchacha le recostó muy levemente el cuerpo y apoyó una mano en su antebrazo. Su piel ardía. En sus uñas, pintadas de rosa, unos finísimos trazos negros simulaban un ojo. Después, Javier lo recordaba, Elena le pidió que le tomara unas fotografías con la pareja. Lo apenó pensar que no podía responder por la calidad de esas imágenes.

—Si quieres —se levantó Elena— les puedo poner una leyenda. Algo como: “Recuerdo de mis quince”, por ejemplo, y te las mando al correo. Tus fotos van a ser mejores que las mías. Las mías son con una torta de varios pisos —levantó las manos—, y mis hermanos, y tres primas que se creían más bonitas que yo, y que ya en esa época me caían mal, y que ahora parecen un cuadro de Botero, cada una —infló las mejillas—, muy sonrientes ahí, todos abrazados. Todo el mundo se ve feliz, hasta yo, que lo que estoy es disimulando la tristeza. Y mi pobre madre... Ya casi va a cumplir

doce años de muerte —reflexionó unos segundos—, aniversario de seda. Adecuado para ella que siempre fue tan delicada, tan fina. Bonito. Y trece años mi hermano menor, René. Pobre mamá: el dolor por su pérdida fue lo que la mató.

—¿Y cómo murió él?

—Un accidente de tránsito. Pasó tres semanas inconsciente, con respirador, mi madre muriendo a su lado. Siempre fue un tiro al aire, puro descuido. Él fue el que perdió las últimas acciones de la chocolatería. Las regaló, más bien. Un buena vida, un desastre, como don Jacobo, que no salió en la foto principal de mis quince porque ya estaba muy borracho, dormido en una tumbona al lado de la piscina. En las tuyas el borracho eres tú; es todo un avance.

Javier trató de sonreír.

—¿Qué aniversario son cinco años?

Elena dominó la turbación antes de contestar:

—Madera.

Javier bajó la cabeza y se comió media fresa. Estaba muy fría.

Tras hablar por teléfono con Daniela, Javier volvió a la sala.

—El único momento en el que yo de verdad sentí miedo —confesaba Elena— fue cuando el muchacho nos dijo que los dejáramos en la Plaza de la Aduana. Ese lugar mantiene lleno de turistas de día, y hay quioscos y vendedores, y mucha vigilancia. Y el edificio es bonito, parece un templo griego. Pero de noche. —Enarcó las cejas y revisó el balde plástico desde el que se erizaban los colores de las heliconias—. Por eso insistí en detenerme una cuadra antes, y en que les ayudaran a bajar todavía con los ojos vendados. Me sentí como una espía de película cuando pensé en que tenía que dejar las luces apagadas hasta que volteáramos en la esquina, para que no distinguieran ni el carro ni las placas.

Mariana asintió sin hacer ningún comentario.

—Y en Casa Gould me sentía James Bond secuestrando a unos espías rusos. No, más bien me sentía Maxwell Smart, ¡el temible operario del recontraespionaje! —se rio.

Mariana rio también, pero con una discreción que contradecía cualquier entusiasmo. Se había puesto una camisa blanca de mangas largas sobre una camiseta esqueleto verde. Su pantalón de lino era rosa, también sus sandalias.

—Como que te gustaba el Superagente 86.

—Me encantaba. Y la 99 me parecía muy atractiva. —Elena dibujó una silueta femenina con las manos. Su movimiento lo interrumpió un estruendo que atravesaba el techo—. Mis vecinos —se quejó—. Mis hermanos les vendieron a unos personajes. —Elevó los ojos—. Me rodean los marineros fracasados: arriba vive uno que tenía un yate muy bonito pero muy malo, tan malo que dicen que tenía voluntad propia y que casi lo arruina, antes de que él mismo lo hundiera para evitar mayores

desgracias. Aquí abajo se esconde un capitán que abandonó su barco a la deriva, seguro de que estaba tan dañado que iba a naufragar. Y no naufragó. —Abrió las manos—. Transportaba a refugiados de no sé dónde, que no le importaban a nadie, pero como sobrevivieron, les empezaron a importar a los periodistas. Pedían dinero en todas las esquinas, con carteles improvisados. El tipo no se deja ver nunca. The shadow le digo yo. Y más abajo hay otro capitán, ya jubilado, uno que dicen que era muy bruto, pero que la disciplina que le imponía a sus marineros siempre lo salvaba de todas sus tonterías. ¡Qué tal el trío!

—Maravilloso. ¿Y qué hay en la primera planta?

—Una sala múltiple enorme, capricho de René, que era un poco faraónico. Ahora la estamos alquilando para cumpleaños y primeras comuniones.

—¿Y arriba?

—Jardín y gimnasio. Los más inútiles del mundo. Pero hay un jacuzzi espectacular, rodeado de velos. A veces lo uso. Esta noche podemos subir, ¿les parece?

—Nos parece —respondió Mariana.

—Tenemos que avisar en portería para que lo preparen. ¿Qué les parece si desayunamos fuera? Aquí a tres cuerdas —señaló hacia el occidente— hay un Albergue Viola donde venden las mejores arepas de huevo del universo conocido. En ninguna otra parte en esta ciudad les agregan el chicharrón como debe ser: bien frito, crocante y en trocitos. Delicioso. ¿Go?

—Pero es muy tarde para el desayuno —dijo Mariana.

—Pero las arepas de huevo las venden todo el día. No se van a arrepentir. Y el mercado tradicional, que es muy vistoso, y que ahora se volvió turístico, queda casi enseguida. Y más abajo está Camino Real, un barrio que siempre fue pobre y que ahora es el centro mundial de lo alternativo, lo ecológico y lo artesanal porque pintaron todas las casitas de colores vivos. Todo muy gay. Supercool.

—¿Y por qué se llama así?

—Porque lo atraviesa el antiguo camino empedrado de los españoles. Hay tramos en otras partes de la ciudad, pero ahí está más conservado. Más auténtico —se burló—. ¿Vamos?

—Está bien —se levantó Mariana.

—Excellent —dijo Elena y los precedió hacia la puerta.

Bajaron en silencio. Mientras Elena se retocaba el pelo, aprisionado por el sombrero de iraca, Mariana se empeñaba en mirar un punto entre el techo y la puerta metálica. Javier concluyó que su cachucha del Real Madrid y sus gafas oscuras se habían quedado en el Jetta y dejó su cabeza descubierta.

Cuando salieron del ascensor, Elena se acercó a los casilleros y revisó dos sobres que había recibido.

—Impuestos. No me los deje olvidar cuando vuelva. —Se los entregó al portero—. Otra cosa: vamos a usar el jacuzzi después de las nueve. Que esté limpio, bonito:

flores y velas.

—Con mucho gusto, señora. —Abrió la puerta con una rigidez que pretendía ser elegante, y se retiró para que pasaran.

—Muchas gracias —dijo Mariana y reacomodó el sombrero para cubrirse mejor del sol. Se había puesto gafas oscuras.

—Hacia la derecha —inició la marcha Elena.

Dos niñas rubias salieron por la puerta metálica que se hundía en un seto alto y tupido, muy cuidado. En bolsos de fique llevaban sus raquetas de tenis. Javier permitió que Elena y Mariana se adelantaran unos metros, convencido de que necesitaban discutir lo que había pasado la noche anterior. “Todos cumplimos con nuestro rol”, concluyó para sí.

Después de que la pareja copuló durante unos minutos, se apartaron y la muchacha se arrodilló sobre la sábana. Mariana elevó las manos y separándolas muy despacio, dijo que ya era suficiente. Esa fue la palabra: suficiente. Elena no protestó. La muchacha se sentó, oculta la vagina entre los muslos, los senos aplastados contra las rodillas, y el muchacho, de pie, el pene muy erecto, se masturbó hasta eyacular con los ojos cerrados, como si lo considerara necesario para cumplir con el trato que habían hecho. A Javier lo incomodó el olor del semen, la polinización.

—Este es el famoso Hotel del Rincón. —Elena se paró frente a una reja de hierro forjado. Los amplios jardines, sembrados de palmeras, rodeaban una construcción de tres pisos con dos pequeñas torres coronando las columnas de la fachada principal. Gruesas cadenas heridas por el óxido sostenían la amplia cubierta que resguardaba la puerta de madera y cristal tallado—. Aquí se desarrollaron mis quince. Lo están recuperando por partes, porque había entrado en decadencia. —Su mano derecha se elevó, ceremoniosa—. Lo construyeron en los treinta y durante décadas fue la sede de las más fastuosas fiestas. La piscina es una belleza, con niños de mármol orinando los azulejos árabes o parisinos, i don't know. Is an icon. Dicen que las canchas de tenis son estupendas. Si no viene a gemir Sharapova, yo no pienso pisarlas.

Mariana y Javier se tomaron unos segundos para apreciar la construcción, que a ambos, quizá por razones diferentes, les recordó una canción: *Hotel California*. Una ráfaga dispersó las nubes y la crudeza del sol los obligó a apurar las cuerdas.

Las mesas del Albergue Viola ocupaban buena parte de la plazoleta del primer piso del Rincón Shopping Center, complejo cuadrangular con entradas en la parte central de cada uno de sus lados. Los corredores confluían en una rampa elíptica que arrancaba en los parqueaderos y se estiraba hasta el tercer piso, bajo una cúpula acrílica de treinta metros de diámetro. En pequeñas terrazas interiores enrojecían las poinsetias.

Elena saludó con familiaridad al mesero:

—Queremos arepas de huevo, de las rellenas con chicharrón, y una jarra de jugo de corozo. —Interrogó con la vista a Mariana y Javier—: Sí, de corozo.

—Muy bien —dijo el muchacho de baja estatura y piel muy blanca, uniformado de amarillo y negro. Puso frente a cada uno de ellos un individual de papel y se retiró.

—Es bonito este centro comercial —anotó Mariana.

—Very beautiful, pero está en decadencia. La estación de TransLitoral lo está revitalizando un poco. —Alzó la mano hacia su costado—. Fue el primero de la ciudad. Lo inauguró el presidente, no sé cuál, creo que Gamacho, a principios de los sesenta, y dicen que es una maravilla arquitectónica por la rampa y la cúpula. Ahora podemos subir a verla. —Señaló el techo de madera tallada—. Dicen que los Rolling Stones tocaron aquí cuando eran muy jóvenes, para una audiencia VIP. Una de nuestras actrices, ya una mujer mayor, ha asegurado toda la vida que pasó varias noches en la habitación de Mick Jagger, pero nadie le cree, aunque era muy bonita. ¡Bomb!

—¿Y este señor? —preguntó Mariana. En el ángulo izquierdo de los individuales de papel estaba impreso el retrato de un hombre maduro, de barba y bigote frondosos y mirada triste, armado con un sable.

—Es un héroe italiano, Garibaldi. Giorgio Viola, el fundador de esta cadena de restaurantes, luchó junto a él y le quiso rendir homenaje. Se convirtió en parte de la imagen corporativa. —Levantó los hombros—. En las sedes más grandes hay afiches con su historia y sus hazañas. —Se enderezó para facilitar que el mesero les sirviera.

Javier reactivó *Plantas contra zombis*; dos maniobras lentas lo pusieron a la defensiva y su casa terminó invadida por las huestes infrahumanas.

Comieron despacio, disfrutando de los sabores del huevo, la cebolla, el tomate, el chicharrón y el maíz frito, hablando de lo caluroso que se estaba poniendo el día. El jugo, de una coloración violácea intensa, era dulce y ácido. Triángulos de hielo flotaban en su superficie.

—Si quieren pasamos la tarde en la sede campestre del club. Era un convento de clausura con un pocito de agua termal, pero ahora hay cuatro piscinas, una de ellas olímpica. Esa es fría, por supuesto. —Elena se levantó—. ¿Qué tal nadan?

—Javier nada muy bien. Aprendió con Alejandro, que nada perfectamente, y con sus tías, que competían cuando eran niñas.

—Excellent. Y si llueve, nos recluimos en el spa, que es delicioso. Voy a pagar y les muestro algo.

Mariana retiró su vaso hacia el centro de la mesa y miró a Javier.

—¿Cómo estás?

—Bien, muy bien. Tenía sed. —Se terminó el jugo.

Desde la barra, colmada de hombres que parecían haciendo una pausa en su jornada laboral, Elena les hizo una seña para que la siguieran y comenzó a caminar. Se paró a esperarlos frente a una vitrina.

—¿A quién se les parece ese caballero tan bien vestido? —señaló el retrato de un hombre delgado que usaba gafas metálicas, una bata de baño abierta sobre el pecho entrecano. Empotrado en la pared lateral, parecía el trabajo de un pintor bisoño.

Mariana lo dijo por fin:

—¿Tu padre?

—Mi padre, sí. Y muy mal pintado. Esta tienda es de una de sus amantes, Marina Stevenson —recalcó—, pero dice que es andaluza, no escocesa. The bitch hizo ese adefesio en la intimidad de su cuarto, pero se le ocurrió la brillante idea de colgarlo aquí. Hace más de veinte años. Mi madre intentó comprárselo. Y ahí sigue. Ya convencí a su hijo, que por fortuna no es mi hermano, de que me lo venda cuando la mother fucker muera. Es una familia muy bonita. A las hermanas, que son cinco, las excitan los uniformes, y se la pasan alternando en la base naval. ¿Sabes cómo les dicen? Las infantas de Marina. —Sonrió—. Don Jacobo era cosa seria. Además, the damned witch guardó el manuscrito de la que muchos consideran la obra maestra de mi padre, su traducción de un canto de la *Ilíada*, del diálogo entre Héctor y Andrómaca. Toda una declaración de amor. Se lo recitaba a mi madre cuando llegaba borracho.

—¿Y de verdad es la monja que hay en tu casa de la playa?

—No, claro que no —rio—. Ese retrato es de sor Juana Inés de la Cruz, la escritora mexicana. René hizo la copia y la pintó así, con colores. A mí me gusta. René tenía su arte.

Mariana asintió y miró el resto de la vitrina: vajillas, cubiertos, abanicos, relojes, pequeñas cajas de madera con incrustaciones, libros empastados lujosamente, porcelanas y recipientes de cristal. El local, bastante amplio, estaba atestado de muebles antiguos. Cerca de la entrada había un caballo zaino de madera, de tamaño natural, muy parecido a Hipotenusa, la yegua que Alejandro nombró así para contrariar a su padre, cuando lo amenazaba con estudiar algo tan inútil como las matemáticas puras. A la mente de Mariana volvió el rostro sin lágrimas pero profundamente abatido de Alejandro cuando la yegua tuvo que ser sacrificada porque se le quebró una pata.

—The bitch es una de las anticuarias más famosas de la ciudad. Yo creo que por eso se acostaba con mi padre. Aquí hay cosas bellísimas, pero a mí lo único que me interesa es quitar ese retrato de ahí —enfaticó Elena.

Javier tomó una serie de fotos y se la envió a Daniela: le gustaban las antigüedades, sobre todo los abanicos y los relojes. La pared del fondo estaba cubierta por cuadros de veleros con marcos de madera muy trabajados. Todo brillaba bajo las lámparas, algunas enormes, cada uno de sus focos encendidos.

Mariana caminó hacia una tienda en la que vendían estilográficas. Pese a que el diseño de muchas delataba su antigüedad, todas se veían impecables. En las paredes, escrupulosamente blancas, había bocetos firmados por artistas reconocidos. “Grau 83”, leyó en el más cercano, un perfil masculino repetido en trazos verdes.

—¿Puedo servirles en algo? —se acercó una mulata de elevada estatura. El pelo recogido hacía que sus pómulos destacaran bajo la piel maquillada. Parecía usar un

sostén muy ajustado. La camisa blanca, abotonada hasta arriba, y el pantalón ancho y negro habían sido elegidos para desmentir la voluptuosidad de su cuerpo.

—Gracias. Vamos a mirar.

—Por supuesto, señora. —La mulata se apartó y se puso las manos en la espalda. Usaba sandalias doradas y las uñas de los dedos de los pies las traía pintadas de granate.

—¿Te gustan las plumas? —se acercó Elena.

—Sí, pero el que de verdad las adora es Alejandro. En casa tenemos más de veinte. Muy hermosas. Me regaló dos o tres, pero siempre las perdí en el hospital. No las aprecio tanto como él. —Se inclinó sobre uno de los mostradores—. Esta la tenemos —señaló una MontBlanc negra con una aguamarina oval en la punta del imperdible.

—¿Quieres comprarle una?

—No, ahora no. Estoy ilíquida —sonrió.

—Yo se la regalo.

—No, Elena, ya has hecho bastante —dijo con firmeza—, y quiero que nos lleves al club esta tarde.

Javier asintió. Esperaba ver en esas piscinas la aplicación de su teoría de la relatividad por parte de las mulatas que había visto por la calle, descuidos y actitudes que invitaran a la polinización.

—La vamos a pasar muy bien —dijo Elena—. Si necesitas máquina de afeitar, aquí a la vuelta hay una tienda donde venden unas buenísimas, muy delicadas. Corte perfecto. Y tienen las mejores cremas depilatorias, con unas fragancias sublimes. —Onduló las manos frente a su nariz.

—No, gracias. Yo mantengo afeitada —dijo Mariana, y se apartó para responder una llamada. Por la expresión de su rostro, Javier dedujo que se trataba de un número desconocido. Desde que habían secuestrado a Alejandro Guzmán, pero sobre todo durante los primeros meses, los teléfonos eran para Mariana una esperanza, pero también una fuente constante de tortura. Intentos de estafa, pistas equívocas, amenazas, insultos, silencios prolongados, locuras, incómodas muestras de solidaridad, entrevistas inoportunas. Hasta un brujo amazónico la llamó, prometiéndole resultados. Siempre se obligaba a contestar. Esta vez solo tuvo que desairar a la promotora de una entidad bancaria.

—Okey. ¿Quieren subir a ver la cúpula?

—Sí.

—¿Vamos por las escaleras eléctricas o por la rampa?

—Por la rampa —intervino Javier, que desde que entraron al centro comercial quería subirla.

—Excellent. Adelántate —lo invitó Elena.

Javier pasó del enlosado de la plazoleta a la superficie oscura, compuesta por tabletas de un material sintético, claramente antiguo, de la rampa. “¿Quieres bajarla

en patines?”, imaginó la mirada pícara de su padre, y se apoyó en la baranda de color rojo para examinar la transición que afrontaría en el parqueadero. Concluyó que el contacto con el cemento burdo no produciría nada distinto a un leve sobresalto. Imaginó a su padre saltando, triunfante, para evitarlo.

Elena y Mariana lo siguieron despacio, conversando muy animadas. Javier se detuvo en el segundo piso para ver la cartelera, rodeada de pequeños bombillos amarillos y rojos, del Teatro Dominic Cervoni. Promovía *Los cuernos de don Friolera* de Valle-Inclán y un concierto de piezas de Federico Chopin, interpretadas por un pianista inglés. Un aviso más pequeño anunciaba cocteles y la *happy hour* del bar, al lado de una pantalla que reproducía *Disturbia* de Rihanna, uno de los videos preferidos de Carlos Ricardo. Las fachadas del resto de los locales, casi todas tiendas de antigüedades y ventas de artesanías y de productos de escritura y dibujo, eran mucho más discretas, y en algunas era perceptible la decadencia. Una chica en cuclillas disponía sandalias plásticas en una vitrina; el nacimiento de sus nalgas quedaba a la vista, sin indicios de ropa interior. Al fondo del corredor había un acuario de casi tres metros de largo y dos de alto. En un cartel aledaño, dos niñas consultaban la lista ilustrada de los peces que lo ocupaban, mientras una mujer de mediana edad y rasgos indígenas las vigilaba con la actitud de quien se interesaba menos en sus conocimientos de zoología que en su capacidad para leer en voz alta:

—Pez ci-ru-ja-no de ve-lo —pronunció la niña con el cabello negro más largo, próxima a la tartamudez—. Pez ci-ru-ja-no a-zul del Pa-cí-fi-co.

La mujer la tomó del hombro y le sonrió, condescendiente. Miró a la niña de pelo corto.

—Pez cardenal piyama, pez cara de zorro, pez unicornio de aleta naranja —leyó con entusiasmo, orgullosa—. Pez lábrido de seis líneas, pez ángel flameado —concluyó satisfecha.

—Así se hace —dijo la mujer, levantando los dedos índice—, aprende de tu hermana. —Miró a la niña de cabello largo, y las dirigió hacia las escaleras.

Elena y Mariana se unieron a Javier y admiraron el maravilloso colorido de los peces, la elegancia de sus desplazamientos en el agua muy limpia, sus jugueteos por entre las burbujas, las plantas y las rocas.

—Me encanta el color de este. —Elena señaló un cirujano amarillo azulón que picoteaba la arena. La manchita blanca en la unión de cuerpo y cola parecía un círculo perfecto.

Mariana consultó la guía.

—A mí me gustan los cirujanos. Deformación profesional —se excusó, y sus mejillas se sonrojaron.

La llegada de un bullicioso grupo de turistas que tildaban de locura la posibilidad de que Cataluña se independizara de España hizo que se apartaran. Javier se detuvo frente a un local que ofrecía máscaras de carnaval y afiches antiguos. La tienda de al lado estaba llena de camisetas con motivos turísticos: fotos y dibujos del Higuero,ta,

vista de la playa y las murallas, codornices levantando vuelo en Plaza Mayor, un mapa simplificado del golfo y Las Isabelas, con faro incluido, detalles del complejo vial que llevaba a Esmeralda. Ninguna le gustó para Daniela. Decepcionado, apuró el último tramo de la rampa y entrecerró los ojos. La cúpula, sostenida por una telaraña concéntrica, era impresionante. Giró en redondo: el espacio, muy generoso, estaba limitado por un mostrador de cemento y una pared que no alcanzaba el techo y que parecía ocultar las oficinas de la “Fundación Holroyd para la cultura”, como se leía en letras metálicas negras, acompañadas de una estilización del Golden Gate de San Francisco. A los amplios ventanales los eclipsaban paneles de madera pintada de blanco, dispuestos en semicírculo para limitar un área de exposición.

Javier se apartó con la esperanza de ver la cumbre del Higuerota, pero la neblina ocultaba incluso su piedemonte. Fijó la vista en los alrededores y llamaron su atención los preparativos que se realizaban al lado de una de las canchas de tenis, rodeada por tupidos árboles recortados incluso en sus altas copas. Dedujo que en los jardines del Hotel del Rincón se iba a celebrar una boda.

Las voces de Elena y Mariana hicieron que una mujer de baja estatura, vestida con indumentaria que recordaba la de las azafatas, saliera de las oficinas y les explicara que acababan de desmontar una muestra de arte contemporáneo.

—No importa —dijo Elena—. La verdad es que subimos porque queríamos ver la cúpula.

—Entiendo... Este edificio es parte muy importante del patrimonio de la ciudad. Fue diseñado por un equipo liderado por Ignacio Gavira, uno de nuestros mejores arquitectos. La rampa la comparan con la del museo Guggenheim de New York. Denme un minuto.

Mientras Elena y Mariana intercambiaban miradas burlonas, la mujer volvió con tres voluminosos catálogos.

—Aquí está muy bien explicada toda la historia del edificio. —Se los entregó.

—Gracias. Vamos a caminar un poco, ¿okey?

—Háganlo, por favor. —La mujer se retiró.

Fingiéndose desorientación, Elena dio tres o cuatro vueltas sobre sí misma:

—Vengan. —Los arrastró hacia una esquina del salón—. Donde se ven esas grúas están convirtiendo las antiguas bodegas del ferrocarril en hoteles, tiendas, restaurantes, cines. El sector se va a llamar Puerto Moraga. Y aquí al frente... — señaló una bandera dividida en diagonal entre el rojo y el amarillo, con dos palmeras en el centro—. ¿No sienten latir los corazones de patriotismo? La embajada de su amada República de Costaguana. Si los he tratado mal, ya saben dónde pueden quejarse. ¿Nos devolvemos por las escaleras eléctricas? —suplicó.

Mariana y Javier la siguieron en silencio, indiferentes a la mansión de dos plantas y arquitectura neoclásica, rodeada por un jardín frondoso. Las escaleras no permitían más de una persona por escalón. Cuando llegaban al primer piso, Elena señaló una tienda, Women’s Happiness:

—Este es el sitio donde venden las máquinas de afeitar que te dije. Todo es first class. Van a moverlo a Los Hatos.

Se acercaron a la vitrina, muy iluminada, mientras Javier permanecía más atrás. Grandes afiches anunciaban perfumes y lociones, tratamientos anticelulitis, cremas depilatorias y máquinas de afeitar. Elena y Mariana se concentraron en una colección de relojes, collares y anillos, comentando sus virtudes y defectos. “Yo mantengo afeitada”, recordó Javier la afirmación de Mariana. ¿Qué usaría? ¿Crema o máquina? “Afeitada”. Máquina. Faltaban menos de dos meses para su cumpleaños. Podía preguntarle a Elena cuál era la marca de esas cuchillas tan suaves, tan maravillosas. “Yo mantengo afeitada”, se rio para sí. Las cosas que las mujeres hacen permanentemente para verse bien, para que los hombres las encuentren atractivas, le hacían gracia. “Afeitada”. Anotó en su celular el nombre de la máquina de afeitar objeto de un afiche en el que una cadera femenina, el pubis cubierto por las manos de la modelo, recibía una lluvia de pétalos de rosa. Estaba seguro de encontrarla en un almacén cercano a su apartamento, y si no era así, la pediría por internet. Era un buen regalo. “Afeitada”.

Concentró la vista en la publicidad de una marca de vestidos de baño. Creyó reconocer en el rostro moreno, de facciones pulidas, a la mulata que le había regalado el paquete con el condón. Sus muslos se abrían apenas lo suficiente para no arrugar la tela del bikini amarillo.

“Afeitada”. “¿Y para quién?”.

“¿Para quién?”, repitió la pregunta y sintió que se sonrojaba, que era un solo sonrojo. ¿Para sentirse bien? ¿Para sí misma? Había escuchado a Mariana decir varias veces que todo en el cuerpo humano tiene una función. “Función”. “Afeitada”. El vello púbico debía tener una función y Mariana era una médica que siempre les pedía a sus pacientes que no obstaculizaran las funciones de su cuerpo y que con frecuencia descuidaba la depilación de sus axilas. “Función. Afeitada”.

La campanilla de la puerta de la tienda tintineó y salieron dos mujeres. Tal vez porque había recogido su cabello bajo una gorra celeste, Javier tardó en reconocer a la rubia del avión. Lucía una camiseta blanca con rayas horizontales azules, pantalón y zapatos también blancos. La acompañaba una mujer de pelo negro y piel muy pálida, con una hermosura distante, dramática, como la de las actrices del cine mudo. Su vestido color miel parecía flotar, dejando a la vista unas piernas que se alargaban en los zapatos de tacón muy alto. Hablaban una lengua incomprensible. Cuando se perdían por el corredor, saludaron a un hombre de baja estatura, que usaba traje de lino y fumaba una larga pipa de cerezo. Su bigote, ya encanecido, elevaba sus puntas por encima de la corta barba que reforzaba la apariencia triangular del rostro. Cruzaron pocas palabras y se despidieron presurosas. El hombre levantó su sombrero, caballeroso, y venciendo la cojera ingresó en una librería de usados.

—Esa es la polaca —dijo Elena—, la esposa del dueño del restaurante donde estuvimos ayer, en Corbemar. Donde Cristiano. Es bellísima pero tiene un nombre

impronunciable.

SEIS

*¿Para qué queremos la brújula?
¿Qué clase de viajero es aquel
que no se extravía?*

Alberto Rodríguez Tosca

Javier habló más de veinte minutos con Daniela. Convencida de que sus preguntas buscaban provocar una conversación erótica, comenzó a describir las pijamas de algunas de sus amigas, agregando detalles que pudieran ser excitantes. Afirmó que la de María José, reconocida por el volumen de sus senos —Javier recordó el frustrado juego de pico de botella—, era muy escotada, y que ella les había asegurado que siempre se la ponía sin ropa interior debajo, lo que hizo que varias veces intentaran bajarle el pantalón, sin conseguirlo. También se inventó un complicado tatuaje en la parte baja de la espalda de Kelly, y que ya borracha les había confesado que estuvo a punto de permitir que el tatuador le implantara un piercing en el clítoris, uno de oro puro. El silencio de Javier hizo creer a Daniela que la escena había captado su atención y la alargó cuanto pudo, simulando disgusto porque empezaba a creer que se estaba imaginando demasiado a Kelly, acusándolo de infidelidad mental. Mencionó que algunas de ellas contaron cómo habían perdido la virginidad, pero que no le podía decir en qué circunstancias porque él era muy inteligente y podía deducir de quiénes hablaba. Agregó que muchas de estas revelaciones surgieron mientras jugaban verdad o reto girando un consolador de cristal de más de veinte centímetros de largo, y le pidió que intentara adivinar quién era su propietaria. Javier pensó en María Antonia pero dijo otros nombres. En realidad, recordó una escena en solitario de la actriz porno que se le parecía, Freya Isles. Daniela fingió pesar por no poder confirmarle de quién era, pero para compensarlo dijo que le iba a revelar un secreto, que habían hecho varias grabaciones, unas espontáneas y otras actuando.

Juegos de rol.

—¿Y cómo era tu pijama? —la interrogó Javier. Curioseaba los discos de acetato de la parte baja de la biblioteca: Sarita Montiel, José Alfredo Jiménez, Lola Beltrán, Tito Rodríguez, Agustín Magaldi, Margarita Cueto, Frank Sinatra, Tom Jones, Esquivel, Manolo Sanlúcar, Édith Piaf, Altemar Dutra.

Daniela lo entretuvo un buen rato explicándole las dificultades que había tenido para seleccionar la adecuada. Describió en detalle qué partes de su cuerpo resaltaban las tres finalistas. Admitió que una de ellas dejaba a la vista su ombligo y el lunar que tanto les gustaba a los dos.

—Pero no te voy a decir cuál usé.

—¿Por qué?

—Porque creo que te estás masturbando y quiero que sigas haciéndolo. Pero no quiero que acabes todavía.

Javier le aseguró que no lo estaba haciendo. Por un momento lo distrajo el redoblar de un helicóptero sobre el barrio.

—¿La puerta de tu cuarto está cerrada?

—Sí —mintió Javier.

—¡Es una biblioteca!

—Sí.

—¡Qué horror! Los libros me asustan.

—Es muy organizada.

—Lo que sí te voy a contar es que estoy decidida: cuando vuelvas te lo voy a chupar. Como te lo prometí.

Javier no supo qué responder.

—¿Te moriste de la emoción? Te lo voy a chupar muy despacio, con mucho cariño. Y voy a dejar que me chupes las tetas... ¿Sigues masturbándote?

—No me estoy masturbando.

—Te creo. —Se rio—. ¿Te imaginas lo contento que va a estar Javi en mi boca?

—La víspera del viaje habían nombrado a sus órganos sexuales Javi y Dani.

—Va a estar muy feliz. Y mi lengua en tus pezones.

—No me digas esas cosas —Daniela fingió una protesta—, que me van a dar ganas de que beses a Dani como me besas en la boca. Tal vez repase mi afeitado y te permita besar a Dani, apenas un minuto... ¿Te moriste? Mejor voy a cortar esta llamada. No quiero que riegues tu semen lejos de mí. Lo quiero todo en mi garganta, chorreando de mis labios.

Javier imaginó la escena. Polinización.

—¿Sabes qué compré?

—¿Qué?

—Un antifaz para que me vendas. Es negro, con bordados rojos y dorados. Muy lindo. Quiero que me acaricies sin que yo sepa dónde lo vas a hacer, pero no abuses.

—No voy a abusar.

—Te oyes como si te fueras a venir.

—No me estoy masturbando.

—Sí, claro, te creo.

—Créeme —pidió Javier en voz baja. Elena había estado a punto de entrar, y se había devuelto—. Hablamos más tarde.

—Bueno. Limpia todo bien cuando acabes. Y piensa en mí.

—Lo haré. Te quiero.

—Yo también te quiero.

Javier cortó la comunicación y se guardó el celular en el bolsillo. Serviría para disimular la erección. Después de unos segundos, caminó hasta la puerta y buscó a Elena. Estaba en la sala, ordenando las heliconias en un florero.

—Hola.

—Hola. ¿Te puedo molestar? —La voz femenina era un susurro.

Javier asintió. Elena desapareció un momento y regresó cargando una pequeña caja de cartón. Lo empujó hasta la biblioteca con actitud de conspiración.

—Hello —dijo con menor disimulo. Olía a cigarrillo—. En esta caja hay varios estilógrafos, algunos muy antiguos. Todos están en mal estado, pero son finos, debe ser posible recuperarlos. Eran de don Jacobo. Son los que finalmente no botó. Por eso no los volvió a usar, porque siempre botaba las cosas. Y después se acostumbró al computador y ya no quiso escribir a mano. Guárdalos muy bien, sin que Mariana los

vea, y se los das a Alejandro... —Detuvo a tiempo un comentario adicional—. No le digas nada a Mariana. Nada. Y tú tampoco te preocupes que no son tantos. ¿Okey?

Javier asintió.

—Si puedes, consigue quién los limpie, quién los repare. ¿Conoces a alguien que lo pueda hacer?

—Creo que sí. —Pensó en una tienda de artículos de escritura cercana a su colegio, donde iban muchas profesoras a las que el dueño cincuentón y malhablado les parecía sexi.

—¡Excellent! Escóndelos bien.

Javier asintió de nuevo. Creía recordar una escena en la que su padre desarmaba y lavaba un estilógrafo negro.

Elena le tomó la mano.

—Dile a Alejandro que se los regalo con todo el cariño del mundo.

—Se lo diré.

—Good. Very good. Y dile lo de la nueva boda. Aquí. Yo coordino todo. Yo pago todo. Va a ser una fiesta inolvidable, la mejor boda playera de la historia. Wonderful. Se va a volver viral. —Elena le apretó la mano y en seguida se la soltó.

—¿Qué son las monedas que tienes allí? —preguntó Javier, por hablar algo.

Elena se acercó al escritorio.

—Son los perfiles del Romeo y la Julieta locales. Él era el dueño o el director de *El Porvenir*, el periódico —aclaró—, y murió en la época de las guerras de independencia, cuando nos separamos de tu país. Se supone que fue un héroe. Ella era hija de don José Avellanos, el padre de la patria —se burló—, y de una de las Corbelán, o de las Moraga. Dicen que permaneció fiel a ese amor hasta que se llenó de telarañas y murió de vieja, después de agriarle la vida a sus familiares, en especial a las mujeres, sobre todo a las bonitas. En realidad no se parecen en nada a Romeo y Julieta. Martin Decoud y Antonia Avellanos —pronunció los nombres con ceremonia no exenta de ironía—. Han sido tema hasta de un vallenato. Dicen que ella era muy hermosa. Don Jacobo les escribió un poema atroz, que publicaron en *El Porvenir* un 3 de mayo, que es una de nuestras fiestas patrias. Después lo hizo copiar en un pergamino que colgó en el Club Aristocrático. Allá se está decolorando, en el rincón más oscuro de un salón al que no entra nadie. Una de las muchas cosas que no tenía don Jacobo era autocrítica. —Le entregó el estuche a Javier, que se quedó mirando el perfil femenino, preguntándose si la mujer a la que representaba le habría gustado. Concluyó que no.

—Son muy bonitas —dijo por cumplir.

Javier vio que la caja contenía siete estuches de estilos muy diferentes. La volvió a cerrar y sacó del armario su morral. Lo desocupó y la metió en el fondo, junto al catálogo sobre el centro comercial. Estaba seguro de que le gustaría a Daniela. En

una foto en blanco y negro del proceso de construcción, se veía la embajada de Costaguana.

Empezó a guardar la ropa sucia y en el pantalón de la noche anterior, descubrió el condón que le habían regalado en el aeropuerto. “Lo más importante es tener una única pareja estable”, leyó en el empaque. Se lo guardó en el bolsillo y cruzó la habitación y el pasillo para entrar al baño. Se encerró. El trasnocho había pronunciado las ojeras que había heredado de su padre. Una tercera orquídea se abría, mostrando manchas rojas sobre fondo blanco.

—Afeitada —dijo a muy bajo volumen.

Lo pensó un rato y no pudo adivinar quién era el amante de Mariana. Su memoria recuperó el pequeño espacio que tenían en el apartamento para secar la ropa, a dos pasos de la lavadora. ¿Sería verdad que las prendas íntimas de Mariana habían cambiado en los últimos meses? ¿En realidad había notado que sus tangas eran cada vez más pequeñas y más bonitas? Recordó un sostén particularmente delicado que acarició durante unos segundos, sin entender muy bien cómo se conjugaban las delgadas cintas que lo ataban. También se acordó de un panti cuya parte baja se abría por la mitad y que pensó en lo incómodo que debía ser, en el problema del roce. “Entrega inmediata: quirófanos”. Esas tres palabras se unieron en su mente. Si tenía un amante, ¿cómo sería? Prefería pensar que era una mujer, alguien sin émbolo. Le parecía más respetuoso, una relación con menos roce en su mecánica venérea.

“Entrega inmediata: gimnasio”.

“Entrega inmediata: baño turco”.

Consultó en su celular las redes sociales de Mariana. Pocos contactos, muy pocos seguidores. Mensajes profesionales, anodinos, terriblemente sin gracia. Algunas alusiones al secuestro de Alejandro Guzmán, oraciones, atardeceres. Ningún rostro definitivo. “¿@abcrra será el doctor Becerra?”, se preguntó. La imagen era la de un cachorro de fila. ¿Era lógico que un médico tuviera como mascota a un perro de una raza peligrosa?

Sacó el condón del bolsillo: “Todo el mundo picha”, se dijo mentalmente, y lo arrojó al basurero metálico. Se quedó mirándolo y durante unos segundos vio, desde una toma cenital, el rescate del cadáver de su padre: los uniformes grises y naranja, el fardo amarrado a la camilla, la vegetación aplastada por la potencia de las aspas del helicóptero, el nombre de Alejandro Guzmán pasando en la franja inferior de la pantalla.

—Todo el mundo picha —repitió en voz baja. Todo órgano tiene su función.

Asintió varias veces, sin dejar de mirarse a los ojos, y respiró profundo, convencido de que ya no tenía quince años.



